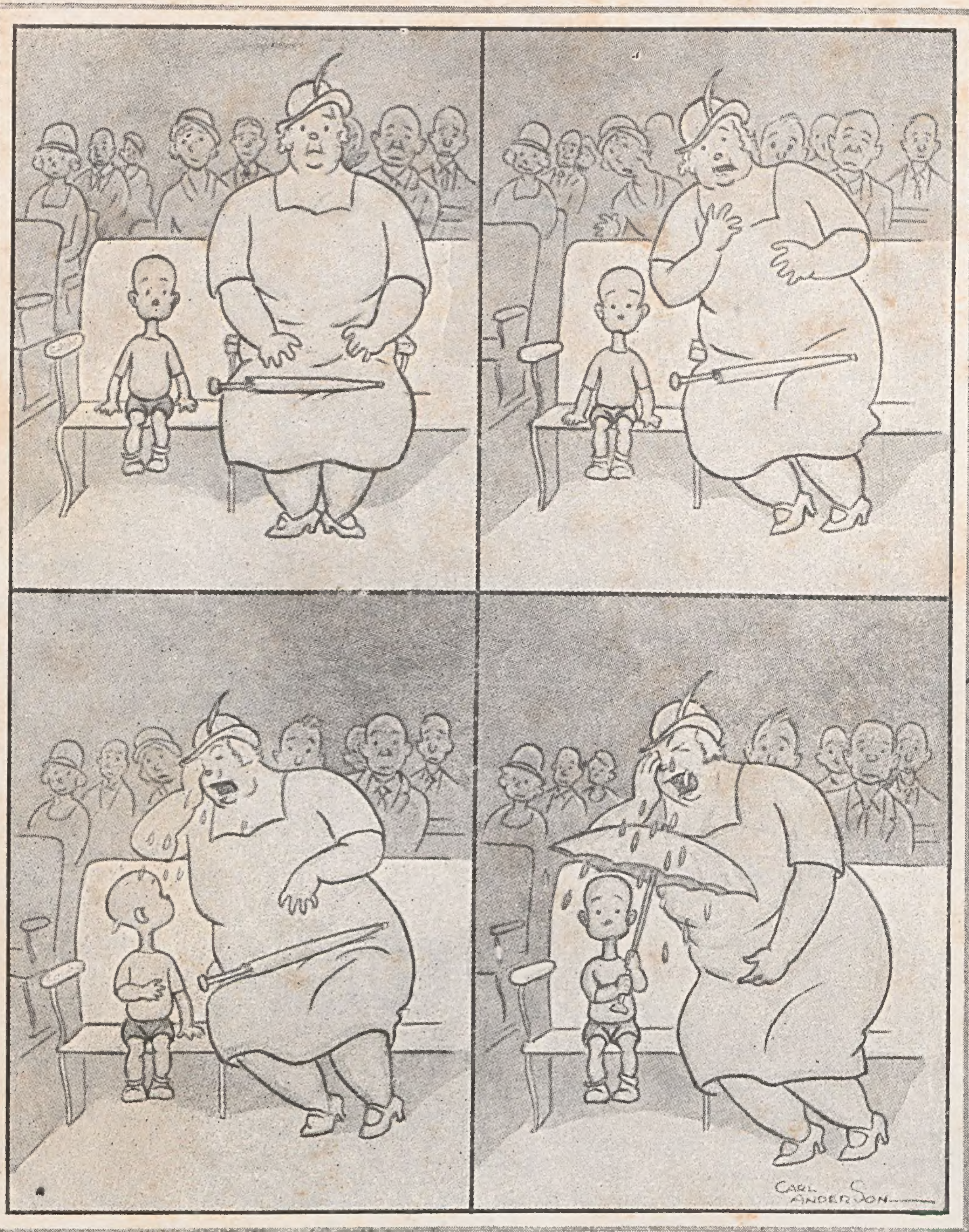
20 centavos en toda la República

PRIMAVERA
Por BARCLAY



Mundo Argentino

Año XXIV - N.° 1237
OCTUBRE 3 de 1934



¡TITO!

Por CARL ANDERSON (De "The Saturday Evening Post".)

LA ANECDOTA NACIONAL

LOS TOSCANOS DE SAENZ PEÑA

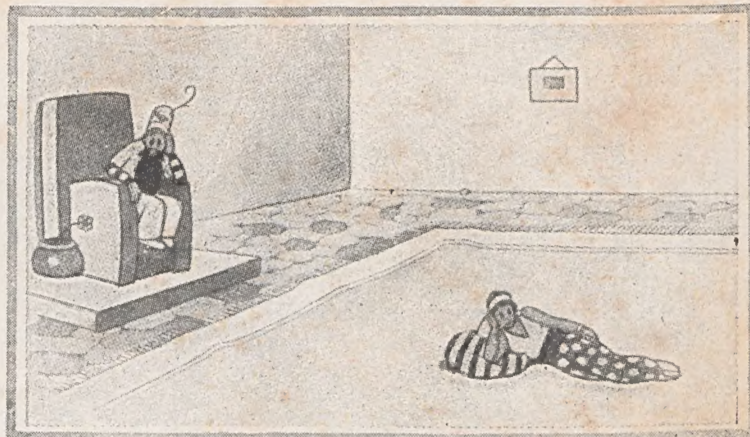
El presidente Roque Sáenz Peña, por sus usos, su educación y sus conocimientos era un gran hombre de mundo. Pero tenía un vicio de lesa aristocracia: ¡fumaba cigarros toscanos! Claro que lo hacía en la intimidad, pues en público mordía habanos.

En cierta ocasión, haciendo el elogio de los recios cigarros que le mandaban de Italia, especialmente "stagionati", dijo el doctor Sáenz Peña:

— Con los toscanos sucede algo parecido a lo que ocurre con el mate. Ninguna dama que se respete osaría ofrecer a las visitas "un amargo". Pero, retiradas las visitas, con las que ha tomado té, hay muchas señoras porteñas que ordenan:

— A ver, che, unos matecitos...

SALPICON



Síntomas de la época. El sultán equilibra su presupuesto.

(De "Judge", N. York.)

COPLAS

Cuando un árbol se doblega
combatido por los vientos,
si perdió la resistencia
tiene que verse en el suelo.

●

Al oleaje del mar
no vale darle la espalda.
¡Más pronto nos tragará!...

●

Todo es bueno en esta vida
cuando se sabe apartar
la verdad de la mentira.



El guía. — El célebre castillo de cuarenta y dos pisos, diez y siete fosos, setenta y tres mazmorras y treinta y cinco galerías que mandó edificar el rey Wamba.

— ¿Dónde, dónde está? No vemos nada.

— ¡Oh, gracias a que no le hicieron caso!

(De "Gutiérrez", Madrid.)

El COLMO de la INDIFERENCIA

El colmo de la indiferencia para con su propia mitad, fué la de un actor cuya esposa estaba gravísima. Cuando, a media noche, lo arrancaron al sueño para decirle que la pobrecita había muerto, el actor exclamó, sin inmutarse:

— ¡Ah, qué dolor mañana, cuando me despierte!

ADOLFO PADOVAN

PRECIOS DE SUBSCRIPCION:

Mundo Argentino Semanario Ilustrado	REPUBLICA ARGENTINA	EXTERIOR	
	CAPITAL E INTERIOR	TODA AMERICA Y ESPAÑA	DEMAS PAISES
1 año (52 números)..	$ m/n 9.—	$ m/n 11.—	$ m/n 15.—
6 meses (26 „)..	„ „ 5.—	„ „ 6.—	„ „ 8.—

Dirección y Redacción
RIO DE JANEIRO 300
U. T. 60, Caballito 1020 - 29

OFICINA DE AVISOS Y SUBSCRIPCIONES:
Avenida Diagonal
ROQUE S. PEÑA 655
U. T. MAYO (38) 2012, 2013 y 2031 al 2833.

Mundo Argentino

SEMANARIO ILUSTRADO

APARECE LOS MIÉRCOLES

Buenos Aires, 3 de Octubre de 1934



NUESTRO PROXIMO NUMERO

SUMARIO:

ARTICULOS Y NOTAS

HACE 53 AÑOS EL ESPIRITU DE LA RAZA FLORECIO EN OLEGARIO V. ANDRADE, GRAN POETA ARGENTINO, nota, por *W. Jaime Molins*, en que describe en famosos juegos florales realizados el 12 de octubre de 1881, del que fueron jurados nada menos que Bartolomé Mitre, Nicolás Avellaneda, Lucio Vicente López y otras ilustres personalidades. El acto laureal tuvo lugar en el teatro de la Opera, la sala aristocrática por excelencia, del que salió con el laurel sobre las sienes el gran poeta Olegario V. Andrade, y que puso en la picota a un audaz plagiario: Francisco R. Bránder, que también resultara premiado.

SEGUN LA ASTROLOGIA, EL JAPON CAERA EN EL CAOS MAS ESPANTOSO. Esto es lo que profetizan *Maurice Privat* y *C. Kernéiz* en esta nota. En efecto, estudiando el porvenir del Japón, éste aparece aun más trágico que en los pueblos de raza blanca, pues si los Estados Unidos hacen pensar en un océano revuelto por ciclones, el Imperio del Sol Naciente impone la idea de una enorme caldera hirviente, cuyo vapor deflagra silbando por todas las junturas, próxima a estallar.

COMO DIMOS CAZA A UN ELEFANTE PELIGROSO, nota, por *W. G. Adam*, en la que se relatan las peripecias de unos cazadores, y en la que además se prueba la docilidad del elefante, cuando está perfectamente domesticado, pues lo mismo sirve para recreo de los niños como para las rudas tareas de la tala de los grandes bosques.

CUENTOS Y NOVELAS

EL TIMIDO MARIO TIGRE, cuento, por *Jacquet Normand*.

¡AL FIN SERIA FELIZ!, novela corta de ambiente nacional, por *Haydee Celia Justo*.

TODO UN CABALLERO, narración, por *Elena S. Muñoz*.

LA DISECCION, cuento de *Demetrio Jaritos*, traducido del griego.

LA TAPERA DE ÑANCA, relato gaucho, por *Julio Poretti*.

Y LAS HISTORIETAS DE COSTUMBRE

FUNDADOR:
ALBERTO M. HAYNES

El XXXII CONGRESO EUCARISTICO

Por razones fáciles de discernir, el trigésimo segundo Congreso Eucarístico Internacional que se celebra entre nosotros es un acontecimiento de considerable importancia en el orden político social y económico.

Desde el punto de vista estrictamente religioso, la exégesis de este acontecimiento de tanta repercusión en el mundo católico ya ha sido hecha con fervorosa elocuencia. A la circunstancia de haberse elegido Buenos Aires como sede de este insigne congreso, las autoridades nacionales y provinciales, y el pueblo por intermedio de sus más expresivos órganos de opinión, han correspondido ampliamente, significando en esta forma su adhesión al culto oficial adoptado hace setenta y cuatro años por los beneméritos constituyentes de la nación argentina.

Esto prueba que permanece vivo el vínculo hacia una tradición tanto más hermosa, si se piensa que instituyó de paso la libertad de cultos para todos los habitantes del país con taxativa insistencia.

EN EL ORDEN POLITICO FINCA, PUES, LA IMPORTANCIA DE ESTE CONGRESO,

en la ratificación de aquella norma histórica, perfectamente compatible con la conquista de una de las más excelentes legislaciones en el orden civil. A la hora en que el restablecimiento de la abolida religión de estado promueve en otros países airadas manifestaciones y muchas veces convulsos desórdenes, el nivel de nuestra civilización espiritual se mantiene imperturbable.

Ya parece no discutirse la importancia de este factor en el terreno de la organización política, pero la verdad es que en la Argentina corresponde a los grandes estadistas de ayer — "pilotos de tormenta", — el mérito sobresaliente de haber resistido la marejada liberal, que en otras partes y en estos momentos aconseja — valga la expresión de los marinos habituados a las grandes borrascas — "recoger paño". Por lo que hace al...

...ASPECTO SOCIAL, REFLEJADO EN NUMEROSAS FUNDACIONES DE BENEFICENCIA Y ENSEÑANZA,

extendidas por todo el territorio, es de presumir que recibirá favorable impulso. Todo movimiento de opinión destinado a convocar a las clases pudientes para convertir sus afanes en obras prácticas de asistencia social es laudable. En este sentido el congreso que comentamos promoverá, sin duda, la emulación encaminada a seguir exteriorizando los más puros sentimientos cristianos mediante el establecimiento de nuevos hospitales, nuevas escuelas y nuevos asilos.

He aquí una preocupación que no puede delegarse exclusivamente en los poderes públicos, cuyos presupuestos más holgados apenas alcanzan a cubrir una parte de las obras por hacer que el país necesita.

La otra consecuencia social de este Congreso Eucarístico es la que resulta del hecho mismo de su realización en Buenos Aires. La Argentina atraerá sobre sí, durante estos días, la atención del mundo católico dispuesto a seguir a través del cable el cumplimiento de las ceremonias que constituyen su programa. Sin contar lo que significa para el conocimiento de nuestro rango en el continente el testimonio de los adherentes civiles y eclesiásticos venidos al congreso.

CUALQUIERA SEA LA CIFRA DE PEREGRINOS EL HECHO TIENE UNA IMPORTANCIA INNEGABLE,

por lo demás, desde el punto de vista económico. Es una de esas numerosas concentraciones, periódicamente indispensables para tonificar la actividad de las grandes ciudades, puesto que los beneficios materiales se reparten y alcanzan a todas las clases sociales. Es una posibilidad de animar el comercio y la industria solicitados por las necesidades de miles y miles de seres congregados para asistir a este fausto acontecimiento.

Celebremos, en consecuencia, las circunstancias que lo han hecho posible, formulando los mejores votos para que los forasteros del exterior y del interior del país se lleven excelentes recuerdos de la ciudad porteña, cuya tradición cordial y cuya consabida hospitalidad es ya un indeclinable atributo.



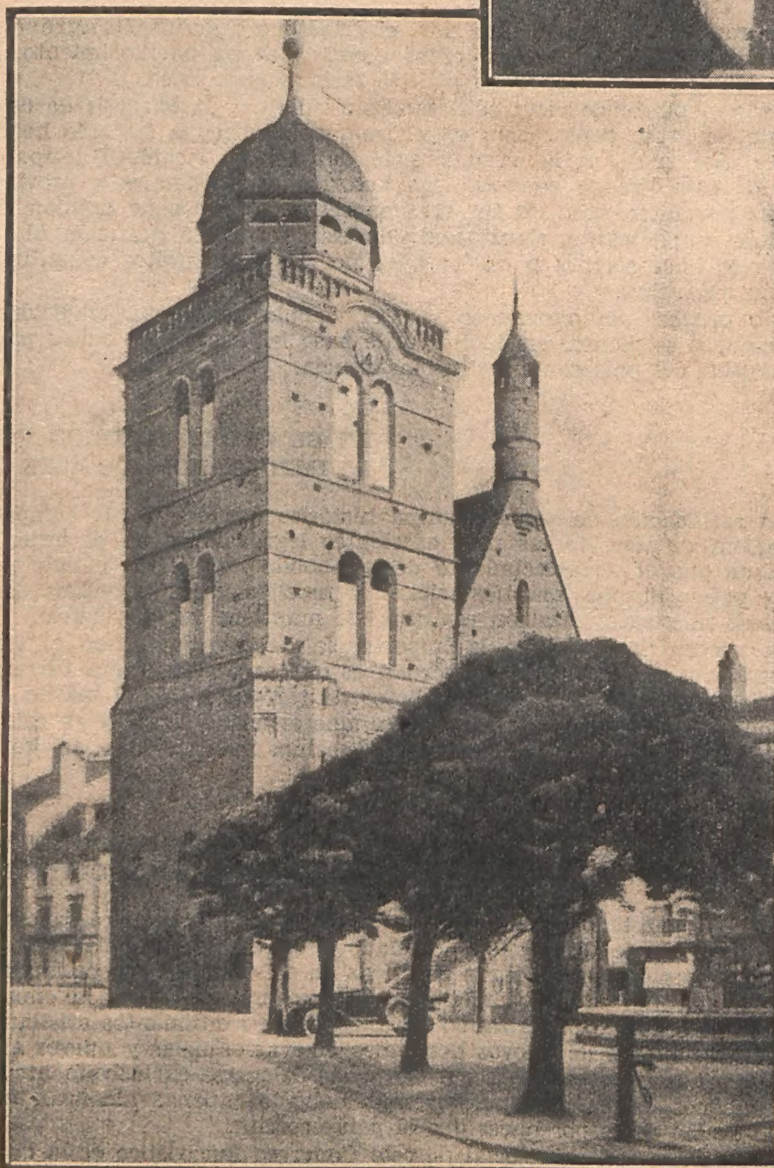
PARAY - LE - MONIAL, CUNA de



Casa donde nació la santa, en el año 1647.

A una pequeña población de Francia, que no habría sido nombrada, sin duda, fuera de ella a no ser por el feliz privilegio de estar relacionada con devociones, figuras y acontecimientos de profundo significado para la religión, le toca el honor de haber sido cuna de los congresos eucarísticos internacionales, una de las iniciativas que más amplio camino se han abierto en el mundo creyente. Paray-le-Monial es esa población, que apenas pasa de ser una aldea y no alcanza a ser una ciudad, y hacia la cual han convergido más de una vez las miradas de los católicos de todo el orbe y hacia la cual se vuelven en esta oportunidad también.

Tres devociones, o mejor dicho, una devoción sublime, una práctica piadosa y una obra mundial, han surgido de ese pueblito perdido en un rincón del gran país latino, que tantos títulos tiene ganados a la admiración universal. La devoción del Sagrado Corazón de Jesús, la práctica de la Hora Santa y la obra de los congresos eucarísticos internacionales. Y a ellas se vincula el nombre de dos mujeres que dieron testimonio de su fe con su perseverancia y su humildad: una de ellas, María Marta Emiliana Tamisier, actuó y luchó en el mundo por el triunfo de su idea; la otra, María Margarita de Alacoque, tuvo como centro de su acción el claustro de un convento, y fueron tan grandes las muestras y los carismas de gracia que Dios le brindara, que sucesivamente beatificada y canonizada, hoy es venerada en los altares con el título de santa que la Iglesia reserva a quienes dan señal indefectible de poseer virtudes en grado heroico.



Torre de San Nicolás.

¿QUE ES PARAY-LE-MONIAL?

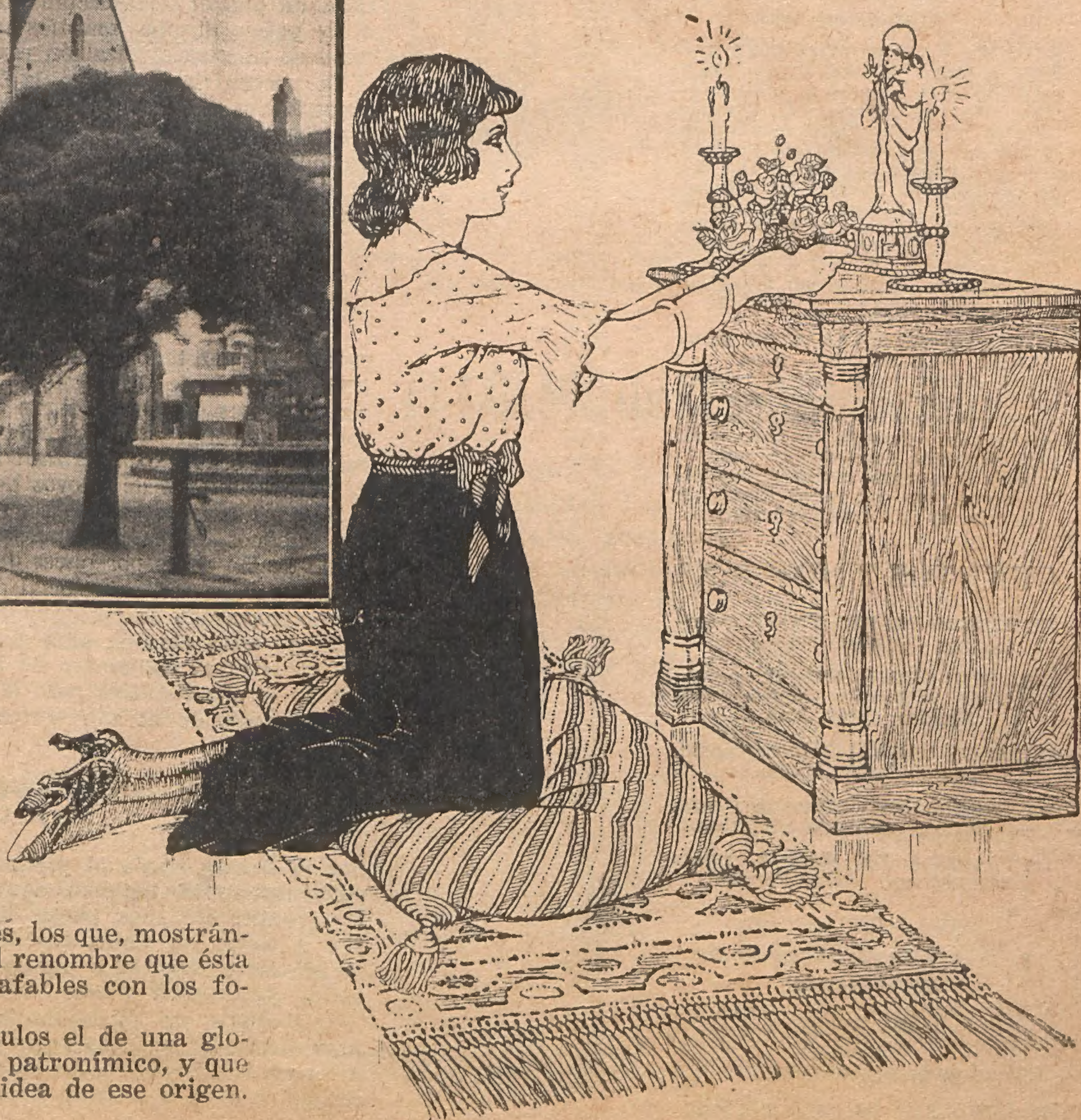
Geográfica y políticamente es muy poca cosa Paray-le-Monial. Cabeza de cantón del departamento de Saone-et Loire, situado en el Charollais, región del centroeste de Francia, cuenta en la actualidad con 6.000 habitantes.

Se levanta junto al canal del Centro y a orillas del Bourbine, afluente del Arroux, a cuya situación debe la plácida belleza de sus panoramas, que a su vez ha influído, sin duda, en la sincera bondad de sus habitantes, los que, mostrándose orgullosos del origen de su pequeña población y del renombre que ésta ha adquirido, son, sin embargo, muy hospitalarios y afables con los forasteros.

En efecto, Paray-le-Monial puede aducir entre sus títulos el de una gloriosa antigüedad. La palabra "le Monial" añadida a su patronímico, y que en francés antiguo equivale a "el monasterio", da una idea de ese origen.

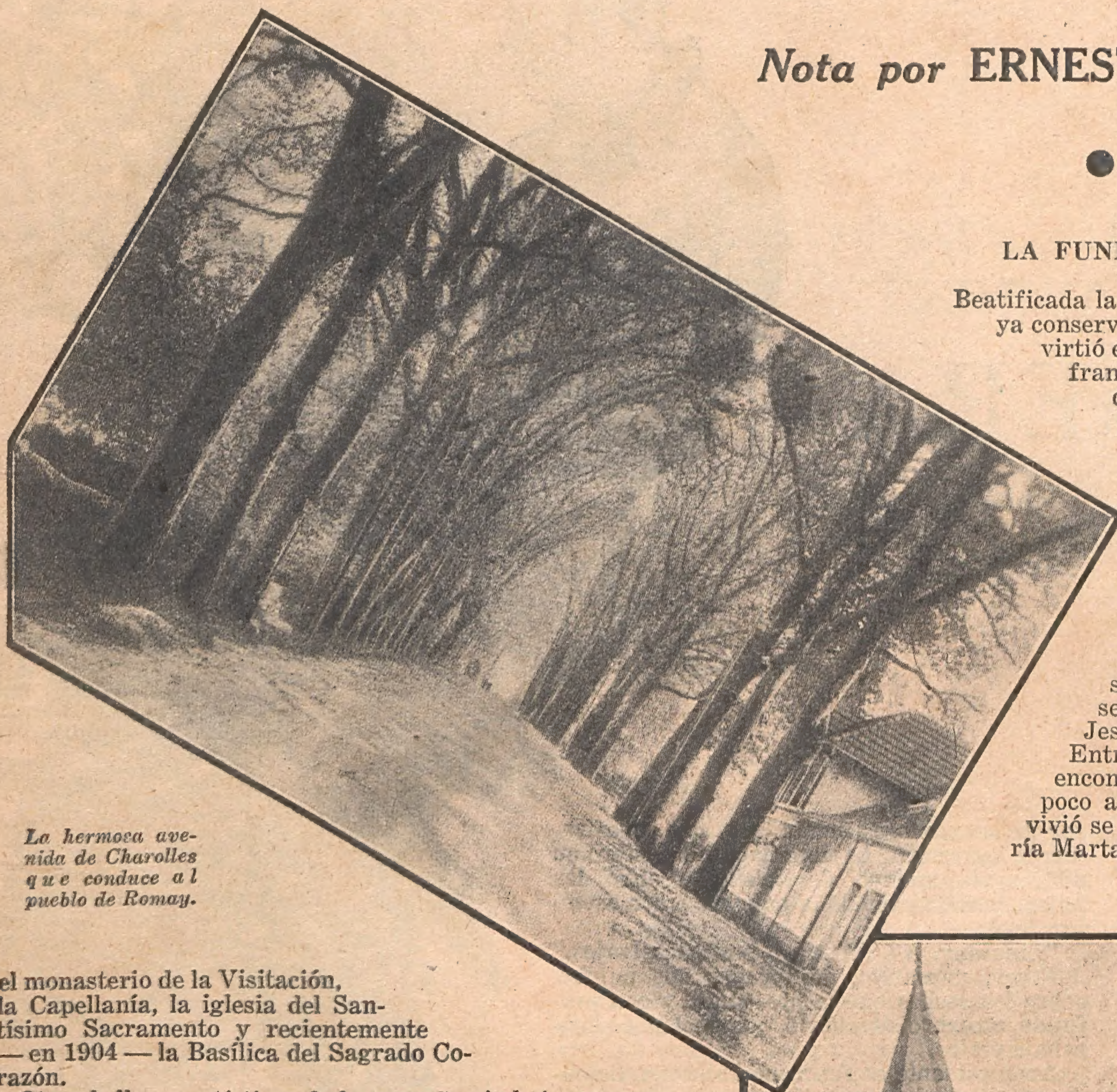
Ya en el siglo X encontramos citada a la población como formando parte del señorío de los monjes de Cluny, el famoso convento que en la Edad Media diera tantas luces y honra a la cristiandad con la figura de Bernardo de Cleraval y de tantas generaciones de frailes ilustres.

De la abadía fundada allí por los monjes cluniacenses resta la bella iglesia de estilo románico que todavía es admirada por los visitantes, y a la que se han añadido en el curso de los siglos otros monumentos arquitectónicos religiosos de inestimable valor, tales como



los CONGRESOS EUCARISTICOS

Nota por ERNESTO C. DRAGO



La hermosa avenida de Charolles que conduce al pueblo de Romay.

el monasterio de la Visitación, la Capellanía, la iglesia del Santísimo Sacramento y recientemente —en 1904— la Basílica del Sagrado Corazón.

Otras bellezas artísticas de la pequeña ciudad son su "Hotel-de-Ville" o Municipalidad, que data del siglo XVI, la torre de San Nicolás y varias residencias de familias del lugar.

SANTA MARGARITA MARIA DE ALACOQUE

Fué en el monasterio de la Visitación, fundado el 4 de septiembre de 1626, que medio siglo más tarde, entre los esplendores y los defectos que fueron la doble característica del reinado del gran Luis XIV, una joven monja se elevó sobre la nobleza y el orgullo de su cuna para realizar los actos más increíbles de humildad y de caridad cristianas, guiada por las apariciones y visiones que Dios otorgó a su espíritu purísimo y que poco después la llevarían, en medio de las mayores contradicciones y dificultades, a instituir el culto al Sagrado Corazón de Jesús.

Esa devoción, fundada por Margarita María de Alacoque en 1680, se halla hoy difundida por todo el mundo, así como la piadosa práctica de la Hora Santa de adoración al Sacramento, y a ella se debe también indirectamente la creación de los congresos eucarísticos.

La vida de la santa de Paray-le-Monial corre narrada en varios libros de profunda sinceridad y bello estilo, algunos de los cuales son ya populares entre los fieles argentinos, y no es el caso de recordarla aquí, sino, cuando más, de remitir al curioso lector y al piadoso creyente a esas obras, donde encontrarán uno y otro abundante material con que asombrar la mente, entretener el ánimo y encantar el corazón, tal es la hermosura y la gracia que se desprende de esas narraciones, encuadradas todas, por otra parte, en el marco de la más estricta verdad histórica y la más rigurosa comprobación documental.

(Véase en las páginas 56 y 57 más información gráfica correspondiente a esta nota.)

LA FUNDACION DE LOS CONGRESOS

Beatificada la inspirada monja en 1865, Paray-le-Monial, que ya conservaba sus restos con particular veneración, se convirtió en el centro natural de atracción de muchos fieles franceses y extranjeros, y fué, sobre todo, a partir de 1873 que se iniciaron congregaciones anuales al lugar, con especial visita al monasterio, a los lugares señalados por las visiones y a los sitios en que se guardaban sus reliquias y sus escritos.

Ese mismo año de 1873, el 29 de junio, se realizaba en la capilla de la Visitación un acto emocionante: en medio de las luchas religiosas que habían iniciado poco antes en Francia los enemigos de la religión y que habían de transformarse muy pronto en una tenaz persecución, doscientos diputados de su Parlamento hacían voto solemne de consagrarse y consagrar su patria al Sagrado Corazón de Jesús.

Entre los fieles que presenciaban esa ceremonia se encontraba una señorita, cuyo nombre se ha revelado poco antes de la guerra, a su muerte, pues mientras vivió se opuso enérgicamente y con éxito a ello. Era María Marta Emiliana Tamisier, en cuyo espíritu germinó la idea de instaurar grandes manifestaciones de fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, como medio de acercar a los pueblos.

Tampoco corresponde a esta crónica la descripción de la forma en que cobró cuerpo e impulso la feliz idea de la señorita Tamisier, pero entendemos que la rápida descripción que hemos hecho del lugar en que aquélla naciera, acompañada de varias notas gráficas que hemos solicitado al mismo convento de la Visitación de Paray-le-Monial, es doblemente oportuna en estas circunstancias.



La basílica vista desde los jardines de la casa de los capellanes.

LA *ESPADA* FLAMIGERA



COMO una visión de cuentos de hada sorprendía aquel desfile de gráciles jóvenes que velaban sus formas con sueltas chaquetas de colores vivos. Ceñían sus talles anchas fajas de color de la caléndula; algunas lucían desnudos sus bustos hermosos como estatuas.

Sobre sus cabezas sostenían, con majestuoso ademán, artísticas ánforas de plata, en cuyo interior se adivinaban flores, frutas y delicadas golosinas. Semejaban ser estas mujeres capullos de flores, cuyos velos agitados por el viento parecían formar sus pétalos, deslizándose ingrávidas por la ancha calle bordeada por copiosas palmeras.

¡Era un poema flotando en el ambiente!

Casi al unísono se oyó el ruido de varias máquinas cinematográficas que filmaban rápidamente la sugestiva escena, en manos de un grupo de turistas, que en irónica contradicción avizoraban la escena desde sus potentes automóviles. Y sus voces destempladas (llegar a Bali, la isla encantada, es un lujo) sonaron en el comentario burlón:

—Van a ese templo que tiene afuera sus idolillos que parecen sufrir de dolor de estómago.

—Llevan ofrendas. ¿Qué pedirán?

—Posiblemente un marido. ¡Hay tantas mujeres para tan pocos hombres!

—Y nosotros, ¿para qué estamos?

Sin oír los gritos, las bellísimas jóvenes seguían caminando, apoyando sus pies descalzos en el asfalto de la calle, sin levantar la vista, sin mover los labios.

Entre el jadear de los automóviles, la caravana de cuarenta y siete turistas continuó su marcha sin suspender sus bromas y sus comentarios. Al pasar el último de los coches, uno de los turistas, Enrique Niven, alto, delgado, buen mozo, de treinta años, detuvo sus miradas en la última de las jóvenes. Creyó haberla visto entreabrir sus labios e imperceptiblemente sus oídos alcanzaron a oír una sola palabra:

—"Binatang".

Rugían los motores y los autos devoraban las magníficas carreteras. Niven, abstraído, no vió el panorama verde almendra de los campos de arroz, ni despuntar el azulino claror de las cumbres montañosas que sucesivamente aparecían. Le dominaba por entero su diccionario malayo de bolsillo. Volvió las hojas, su índice señaló la palabra, y con asombro leyó:

"Binatang. n — Bestia o bestias salvajes."

Niven, pensativo, dejó vagar sus pupilas sobre los coches que le precedían, y con profundo asombro descubrió que recién comenzaba a verlos.

Amargamente se reprochó haber participado en aquel viaje mundial, y más aún, parecióle que a pesar de haber transcurrido tantos días en su compañía, recién aparecían a su espíritu crítico en su verdadera personalidad. A la cruda luz del día les vió tal como eran: toscos, burdos, quemados por los rayos del sol, llevando pendiente del hombro, sin distinción de sexo, la consabida cámara fotográfica, que no han dejado de funcionar un momento.

Estas gentes, animadas de un impulso de continuo movimiento, bromeaban y charlaban y practicaban el deporte, la bebida y el flirteo. Daban la impresión de realizar actos ajenos por completo a su vida.

Y en su estremecimiento, Niven pensó: "Y yo, ¿seré igual a ellos?"

Zumbaban los autos devorando la magnífica carretera. Todo aquel viaje había sido organizado cuidadosamente: estaban reglamentadas las diversiones en dosis diarias que en ninguna forma se podían alterar. Eran los poderosos de la tierra, su dinero les permitía costearse los más raros caprichos, y se habían apoderado, por decirlo así, de la isla entera de Bali, que, contra esta usurpación a sus misterios, puso en los labios de uno de sus ángeles una sola palabra que los catalogaba: "Binatang".

—Somos así — convino Niven consigo mismo.

Detuvieron los autos su marcha ante una cabaña en la cima de la sierra, y en la que la perfecta organización de la excursión había dispuesto una merienda. Al terminar, después de dirigir una mirada al panorama, con gesto de autómatas, volvieron a sus coches para reemprender la marcha. Ni un solo comentario personal se oyó de aquellos labios, les estaba vedado exteriorizar sus propios pensamientos.

La perfecta organización lo había previsto todo. Niven se detuvo, e impasible dijo a sus cuarenta y seis compañeros de viaje:

—Yo me quedo.

Sonrieron los demás, y entre el sonar de los "klaxon" partió la caravana automovilística. Al perderse sus ruidos, tomó del interior de la cabaña una silla, y apoyándola en el vano de la puerta, frente al pequeño jardín, dejó vagar sus miradas por el cuadro que ante sus ojos se ofrecía.

Allá a los lejos, rodeando los pueblitos coquetones, se discernía el verde y el azul de los bosques. A los lados, la superficie argentada y verdosa de los campos de arroz, y en lontananza, humeando inmenso y siniestro, el cono del volcán. Una niebla grisácea protegía y suavizaba las asperezas de la sierra.

Fumando se dejó mecer por sus ensueños. Allá abajo, por la carretera, pasaban carros tirados por bueyes, uno que otro campesino arreando vacas; los hombres, de aspecto simpático, cubrían sus cabezas con turbantes de colores vivos. Su gesto altanero, sus bigotes retorcidos les hacían parecer oficiales retira-



Por

BEATRIZ GRIMSHAW

dos del ejército. Niven había oído decir que su única ocupación era el cultivo de los campos de arroz, trabajo que si bien era duro, les dejaba tiempo para permitirse descansos apreciables.

Danzaban todas las noches, escuchando en éxtasis la música rara y complicada de los "gongs" que formaban las bandas de "gamelan". Dejábanse dominar por el ardor de las apuestas en las riñas de gallos, y eran en su mayoría admirables jinetes.

Fumaban y les dominaba la voluptuosidad de la droga encerrada en la nuez de betel, y sobre todo comían a toda hora. Y en amor... Ya podían aquellos hombres conservar su gesto altivo al saberse tan admirados por aquellas bellísimas mujeres. Le era permitido a cada hombre mantener una o dos de ellas.

Al pensar en ello, Niven no pudo detener un gesto malhumorado de envidia y amargura; no era justo, se decía, que estas gentes sean tan felices: no merecían este paraíso estas personas que no trabajaban lo suficiente. Años de duro e intenso trabajo les costaba a los de su raza el poder obtener la mitad de tantas cosas bellas. ¡Y él mismo! ¿No era acaso un ejemplo terminante? Era irlandés, el éxito le había colmado de bienes, desgastando al mismo tiempo su organismo y agotando sus mejores años. Se había decidido a este viaje de turismo, no por un impulso de extravagancia, sino por que se le ofreció un pasaje a un precio muy bajo.

Y aquí estaba después de tantos años de luchas intensas, sin la esperanza siquiera de poder disfrutar algún día esa felicidad que le era tan común a los habitantes de Bali. Era injusto: él se rebelaba contra ello. ¿Por qué era eso?

El sonido de unos pasos le sacó de sus cavilaciones. Volvió la cabeza hacia la cabaña y vislumbró, asombrado, una bonita cara de mujer. "La belleza nunca puede ser molesta" — se dijo. Y rápidamente se incorporó para observarla. Ninguna mujer blanca vestida podía igualar la gracia de las desnudas mujeres de Bali.

Enmarcaban su blanca cara sus cabellos de oro bronceado; iluminaban sus ojos destellos cambiantes y se perfilaba como roja herida la curva de sus labios. Toda ella diluía el encanto de su persona, que ninguna palabra podía expresar.

— ¿Dónde la he visto antes? — se preguntó.

La acompañaba un señor de edad de vaga semejanza a ella. ¿Sería el padre? ¿Pasarían la noche allí, al igual que él? Guiado por su curiosidad pudo leer en el libro de entradas, debajo de su propia firma — Enrique Niven — la de los nuevos huéspedes: J. H. Laverty y señorita G. Laverty, nacionalidad, británica; dirección, Londres.

— De incógnito — se dijo.

Ya no sentía el deseo de alejarse de la callada casa de descanso: era en Bali patrimonio exclusivo de los turistas el vivir apresurado, y hasta ese momento, en realidad, no habían hecho otra cosa.

Y, sin embargo, no podía dejar de preguntarse: "¿A qué vendrán?" ¿Qué había en Bali que atraía desde los más alejados confines de la tierra a estas gentes viejas y descontentas? ¿El panorama? ¿Las antigüedades? No, eso sólo no podía ser. Debía ser el espectáculo tentador de la felicidad de esas gentes.

¡Si las gentes del Norte eran felices, no lo demostraban, y aun así, casi nadie lo era tampoco! El mismo no lo era. Su vida se deslizaba en la penumbra de su trabajo monótono. ¿Y todo para qué? Para llegar a ser uno de estos turistas viejos, que se precipitaban en llevar a sus labios con manos temblorosas la copa de deleites que la vida les ofrecía, queriendo resarcirse lo que negaron a sus años viriles.

Y Niven, meditando, se sentía enloquecer. "¡Si pudiera encontrar ahora — se decía — encontrar esa barrera invisible que separa la simpática calma de esta gente, de esa raza inquieta y fea a la que pertenezco!" Ya tenía bastante dinero: podía dejar su trabajo y vivir modestamente olvidando todos los grandes adelantos, y ocultar su sed de felicidad en una riente casita, de mucho sol, muchas flores y excelentes meriendas.

La imagen de la mujer de los cabellos de oro, la incógnita que la vida acababa de depararle, se sobrepuso a las mujeres de Bali. Era imposible suponer que la bella desconocida pudiera unir su existencia en esta vida de gitanos.

Por influjo, sin duda, de la belleza que le rodeaba, del clima cálido y de los misterios de Bali, ardía ya en él esa llama apasionada hacia esa desconocida a quien acababa de ver. Alzó la vista y la vió retornar de su paseo, y como un rayo le deslumbró su verdadera personalidad: era la célebre cantante Genoveva Lavelle..

¿Ella aquí? ¡En el lejano Este, mientras la temporada lírica estaba en su apogeo! ¿Qué habría sucedido? No había leído los diarios; posiblemente se había casado con ese señor de edad, pero no..., eso no podía ser. Recordó haberlo visto aparecer en las revistas y diarios fotografiado al lado de Genoveva, y al pie una leyenda que decía: "Diego J. Lavelle, padre de la cantante." Se decía que la cuidaba tenazmente como un perro guardián.

Niven la adivinaba como llama intensa, y en el fondo de su alma surgió potente un romance que iba desplegándose floreciente. Al descender la noche, iluminado el cielo por el rojizo resplandor del volcán Batoer, Genoveva Lavelle y Enrique Niven eran amigos. Sobre todo para él era un placer el poder conversar en su dialecto natal con esa personita que le comprendía, aunque si bien debía confesarse un poquito avergonzado, que no pensaba volver a su patria.

La curiosidad le hizo inquirir el por qué de su presencia en Bali en plena temporada lírica. Ella le replicó sencillamente:

— Contraje difteria y perdí la voz, creo que para siempre. Y, naturalmente, vengo aquí en procura de emociones...

Con un movimiento brusco se volvió hacia él; la manta ciñó su cuerpo, oprimiéndola, y nerviosa, en un gesto malhumorado, ella la desechó.

(Continúa en la página 17)



CORREO CINEMATOGRÁFICO



Por KING

LONA ANDRE
GAIL PATRICK
VERNA HILLIE

Por la acertada interpretación y originalidad del dibujo, su autor, domiciliado en Boulevard Lehmann Nº 555 (Rafaela), recibirá el acostumbrado premio de diez pesos moneda nacional.



Por MATEO SEIF

COCKTAIL CINEMATOGRAFICO

Ofrecemos la presente sección a nuestros lectores, con la promesa formal de seleccionar las noticias que en ella aparezcan y contribuir a que las mismas tengan, con sus respectivos comentarios, el valor informativo y ameno necesario.

Hasta hace poco más o menos un año podía el Correo Cinematográfico permitirse el lujo de gritar defendiendo a Marlene Dietrich, una actriz de cuyos méritos nadie dudaba. Y además de gritar la colocaba en un lugar privilegiado, junto a las más grandes. Pero esto ocurría hace justamente un año, fecha en que esa mujer no había aún filmado "Capricho imperial", su último film, que coincidió con la revuelta producida contra ella en Hollywood, y que determinó una repentina baja de sus acciones en el favor del público. En verdad que injusto sería aceptar a la alemana a través del títere que fué en el mencionado film. Y resultaría absurdo seguir defendiéndola con el mismo calor que pusimos al asumir su defensa después de "El ángel azul", de "Marruecos" o de "Fatalidad".

No queremos con ello significar nuestro deseo de dar marcha atrás y volver la espalda a quien constituyó uno de los más sólidos pedestales de la cinematografía del Norte. Marlene Dietrich fué, y sigue siendo, una actriz personalísima y una verdadera joya del séptimo arte, que se halla, por desgracia, en camino de perder su pureza. Y lo triste del caso es que acabará por hundirse sin merecerlo, sin haber fracasado, y lo que es peor, sin saberlo. No otro puede ser nuestro pensamiento ante las nutridas informaciones que acerca de su vida artística nos llegan desde la meca. En suma, dícese que Hollywood conspira contra ella y que si el descontento prosigue acabará por hacer que desaparezca del primer plano que aún ocupa.

Fácil resulta adivinar, aunque los informes no lo digan, el por qué de esa reacción contra la estrella que hasta el presente nadie ha podido contener. Sus raíces, o mejor dicho, su punto de partida, se encuentra en el fondo del bolsillo de cada espectador y es lo que en Francia se llama "argent", en Alemania "geld", en Inglaterra "money" y en la República Argentina "dinero". Nosotros, por ejemplo, estamos habituados a ver a una Kay Francis, a una Helen Hayes o a una Ruth Chatterton por un peso cincuenta o, cuando mucho, por dos pesos. Y aun así, sabemos que entre los que las secundan figuran nombres de gran prestigio, tanto en el sexo femenino como en el masculino. Esto ya es un aliciente. Además, vamos a verlas sin esperar nada extraordinario y pensando que, a fin de cuentas, ninguna de las tres estrellas pertenece a ese sitial privilegiado que puede ocupar una Garbo, una Dietrich y hasta si se quiere, una Hepburn.

Es decir, entonces, que al penetrar en el cine lo hacemos en un estado de ánimo benevolente. Para nuestro fuero interno reconocemos que no podemos en aquel momento exigir algo magnífico. El reparto del film, el precio de la butaca y la situación de la actriz se han confabulado para ahogar una protesta que ya no encuentra razón de ser. Vemos el film y, tal como lo preveíamos, nada grande hemos visto. Salimos del cine con dos pesos menos en el bolsillo, pero sin haber sido defraudados. Poco esperábamos y poco recogimos. Y eso es todo. Pero...

PRIMERAS RESPUESTAS llegadas a la TERCERA PREGUNTA de nuestra ENCUESTA

Las presentes corresponden a la siguiente pregunta:

¿Cree usted que el cine ejerce, en general, una influencia perniciosa sobre la infancia?

• •

Harto sabido es que el futuro de las naciones cimentará su base en la tendencia de las nuevas generaciones. Y siendo la niñez el elemento destinado a intensificar creencias y reedificar mañana lo que hoy se yergue en mala base, gravita sobre todas las épocas y sobre todos los pueblos el problema social de su mejor orientación. Psicológicamente considerado "el niño no es un ser inferior ni un primitivo con relación al adulto. No es un adulto en pequeño, es una unidad que se crea y evoluciona bajo el influjo del ejercicio y por la imitación." ¿Dónde mejor entonces que en el mal cine ha de encontrar el escenario ficticio que aparte de desvirtuar su raciocinio en esbozo hiera su imaginación tan susceptible de ser impresionada?... Y la imaginación del niño como todas sus tendencias y aptitudes debe ser encauzada y educada evitando la degeneración de ella en dos extremos: la atrofia o inhibición creadora por su restricción absoluta y la hipertrofia, que siendo obra de una libertad desmedida degeneraría en malsanas sugestiones. He aquí las causas que me hacen aceptar la hipótesis de su influencia perniciosa sobre la niñez, que nada sabe de abstracciones ni generalizaciones morales. El cine como orientación mundial no sólo debe llenar exigencias científicas y artísticas, sino también humanas, forjando y perfeccionando a la par historias y cerebros.

Aurelia Ottone
San Martín (Mendoza)

El cine, a pesar de todo lo fantástico que encierra en sus películas, no podría nunca desviar el dulce y cariñoso sendero de la infancia; no podría jamás ejercer la metaformosis en esos tiernos y sanos instintos que han nacido por obra de la naturaleza... ni nunca cambiaría un carácter que se ha desarrollado con toda la pureza de la vida. Millares de niños acuden a los cines para extasiarse ante la pantalla, donde ven, henchidos de entusiasmo, reflejarse la gallarda silueta del actor favorito... el artista que con sus puños de acero derriba en un simulacro de lucha a sus semejantes. El cine es el plácido sueño de esas cabecitas que viven sin pensar en el futuro. Y por ello sería conveniente que se filmaran películas más fuertes, más impresionantes, capaces de sondear el alma de aquel que recién ha puesto el pie en el limen de la vida. Hay que llegar al corazón de los niños con obras que enseñen las luchas por la vida; que inculquen idealismos puros, con los que puedan llenarse esos cerebros vírgenes de sueños futuros, de esperanzas y de preparación para luchar en el mañana. El cine es un docente para la juventud.

José Putignani
Av. Génova 1841
(Rosario)

LA CUARTA PREGUNTA QUE FORMULAMOS A NUESTROS LECTORES ES LA SIGUIENTE:

¿POR QUE CREE USTED QUE EL CINE NACIONAL PROSPERA TAN LENTAMENTE? ¿POR FALTA DE DINERO, DE ARTISTAS, DE PERSONAL Y MATERIAL TECNICO, DE DIRECTORES, DE AUTORES? ¿O POR QUE?

Creo en la influencia beneficiosa del cine en la infancia, dado que las películas, casi en su totalidad, se dirigen hacia un fondo francamente moral. ¿El hombre adulto no resuelve sus problemas por medio de la experiencia? Pues bien; las películas son, para el niño, ejemplos ya resueltos de problemas que asimila paulatinamente y que puede más tarde aplicar con éxito en alguna dificultosa fase de la vida. Mas no precisamente diciéndose: "Voy a hacer, aquí, aquello que hizo tal o cual "astro" en tal o cual película", sino que la experiencia de lo que ha visto en la pantalla, uñida a su raciocinio, así se lo ordenan sin él mismo darse cuenta. Quizá no falte quien refute mi opinión argumentando que se han dado casos de delincuencia infantil por la influencia de las películas policiales. Muy bien. Pero ¿quién me asegura que esos mismos niños no hubieron delinquido sin asistir al biógrafo? Ellos copiaron los medios malos haciendo caso omiso de los resultados finales, porque en sus almas obtusas no cabía, por desgracia, más que el germen de la maldad. En cambio en un niño normal no puede ocurrir tal cosa, pues su propia cordura le induce a analizar, ante todo, los resultados. Y ya sabemos que, salvo en muy raros casos, el "hombre malo" de dichas películas nunca queda impune.

Guadalupe J. G. de Otero
Av. Mitre 518
Mercedes (San Luis)

¿Que si creémos que el cine ejerce perniciosa influencia sobre la infancia? ¡Naturalmente! Y, ¿cómo no creerlo si lo estamos viendo? Por otra parte, si la ejerce sobre los grandes, ya con discernimiento ¿no ha de ejercerla sobre los chicos, cuyo desarrollo mental se encuentra apenas en estado embrionario? Pero esto no es nuevo. Hace años que el cine viene minando en forma lenta, pero segura, el edificio de la cultura ciudadana. Se diría que está tratando de despertar en sus

(Continúa en la página siguiente)

Pero cuando en vez de ser Kay Francis o Helen Hayes las que vamos a ver es una Marlene Dietrich, las cosas cambian totalmente. En primer término se hace carne en nosotros la idea de que esa mujer es, si se quiere, algo más que estrella puesto que aún entre ellas ha logrado destacarse netamente. Tan privilegiada posición lógicamente habrá de facultarnos para exigir algo muy superior a lo común. Es tanto lo que de ella nos han dicho, y tan grande la exaltación que se le hizo, que ya es nuestro el derecho de exigir. Y cuando en boletería son tres en lugar de dos los pesos que pagamos, ese aumento de precio acaba por justificar plenamente nuestra exigencia.



SARI MARITZA, por Humberto Lozinsky, de Alta Córdoba (Córdoba).

Y pensamos entonces que ese film debe ser algo muy bueno; que el argumento será de primer orden, que ella habrá de admirarnos y que quienes la secunden lo harán dignamente. No admitimos ni la más remota posibilidad de ser defraudados. Recordamos las anteriores actuaciones de esa gran estrella, la enorme publicidad que su film recibió y los adjetivos con que las carteleras anunciaban su estreno:

—¡Un film estupendo! ¡Una joya cinematográfica! ¡Marlene Dietrich, la insuperable actriz, revela su portentoso talento! ¡Un argumento profundamente humano!

Y mientras barajamos estos adjetivos pensamos en los tres pesos que hemos pagado. ¡No podemos por menos!

Hasta que al fin vemos la película. Y lo que durante su transcurso no hemos querido aceptar porque sólo fué una sospecha, yérguese al final como una verdad triste y absoluta. La cinta ha terminado, las luces se encienden y la realidad se impone: nos han robado.

Sí. Eso mismo;

—N-o-s h-a-n r-o-b-a-d-o.

Lo decimos despacio para que se nos entienda mejor, y porque esa es la forma cómo pronunciamos tal frase al salir del cine donde nada hemos visto, ni a la estrella, ni al reparto, ni al argumento. Y entonces nuestra protesta, que ahora sí tiene razón de ser, se hace presente no sólo por el dinero, sino porque en cierto modo hemos sido ofendidos y desilusionados en forma deliberada. Se nos ha engañado con promesas fantásticas, con palabras que todos los días leímos en el periódico y escuchamos en la radio, y cuyo cumplimiento hemos creído alcanzar pagándolo a precio de oro ante el enrejado de una boletería.

Y eso que a nosotros nos sucedió en la República Argentina les sucede a los demás en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Estados Unidos y en todo el mundo civilizado. Y, naturalmente, es en este último país donde las protestas han recrudecido por ser allí donde se fabrican esos films que defraudan. Pero mientras aquí nada podemos hacer por no tener con quién trenzarnos, allí la reacción pública halla eco. "Capricho imperial" fué agriamente censurada por el público norteamericano, que no solamente presenció un film mediocre, sino que también hubo forzosamente de hacer extensiva tal censura a una mujer a quien mucho admira, Marlene Dietrich, por permitir que se le despojase de su "yo" humano para convertirla en un títere absurdo. Convengamos en que, aunque a ella no se le pueda responsabilizar de su fracaso, a alguien hay que achacárselo puesto que sólo así podrá encontrarse al culpable.

Por eso cuando en Hollywood fué estrenado "Capricho imperial" la indignación fué grande y se buscó al responsable, que, a la postre, no apareció por parte alguna. Y júzguese si no por el siguiente diálogo, que expresa en forma sintética el proceso de la búsqueda:

—Veamos, señores, ¿qué argumento es éste?

—Un argumento que gira en torno a la vida de Catalina la Grande...

—Pero es que Catalina la Grande nunca ha sido semejante...

—Sí. Pero el director del film dijo que era necesario cambiarlo porque Marlene...

—¡Y, sin embargo, Marlene fué la más perjudicada!

—Eso se debió a que los productores encontraron buena la idea del director.

—¿Y cómo la actriz consintió en ser un muñeco?

—Por que el director pensó hacer de ella un símbolo.

—¡Pero es absurdo hacer un símbolo de Catalina la Grande!

—Ya lo sé. Es que el argumento fué del agrado de Marlene.

—¿Y los productores?

—Entregaron la dirección a Von Sternberg...

—¿Y él los engañó a todos?

—No. Porque antes de comenzar el rodaje explicó lo que haría.

—¿Y ella consintió?

—Sí, porque creyó que el director...

—¿Y el director?

—El director creyó que con ese argumento podría hacer...

—¡Al diablo, señores! ¿Quién tiene la culpa de todo esto? ¡No nos perdamos en conjeturas estúpidas y sepamos quién es el culpable!

Pero el culpable no aparece ni aparecerá. Prueba de ello la tenemos en el hecho de que Marlene filma actualmente "Red Pawn" (aún sin título en castellano), con los mismos productores y el mismo director. El público, que no ha podido saber quién fué el responsable, dirige sus ataques contra ella. Y es que en "Capricho imperial" esos espectadores no fueron a ver a Kay Francis, ni a Helen Hayes, ni a Ruth Chatterton. Fueron a ver a Marlene Dietrich, estrella entre las estrellas, y salieron más defraudados que nunca. Y aunque la acusación es injusta, fué hecha. Así se marcó el punto de partida de un descenso que de no ser evitado significará la ruina total de un gran talento aniquilado nadie sabe por quién.



SPANKY (de La Pandilla), por Narciso Moyano, de Bialet Massé (Córdoba).

Encuesta cinematográfica

(Continuación de la página anterior)

millones de adeptos la bestia que todos llevamos oculta. Primeramente fueron las películas de cowboys, cuya exageración y fanfarronería alteró más de una vez, en forma casi directa, la tranquilidad de los hogares. Ahora les toca el turno a las de pistoleros... y a las otras. Para defendernos de la mala influencia que aquellas provocan en los espíritus tiernos aún, apelamos, a veces, a una buena zurra dada con mano segura o, en otros casos, damos participación a la policía. Pero de las otras, de las que son hechas a base de piernas desnudas y escotes crepusculares, cuando no con simples taparrabos, ¿quién defiende y libra a nuestros niños de la corrupción?

A. Giménez P.
Lavalle 366
Godoy Cruz (Mendoza)

Creo que el cine no ejerce una influencia perniciosa. Y si no lo creo es

(Continúa en la página 45)

La autora de esta nota es delegada inspectora del Patronato Nacional y Tribunal de Menores, y en el desempeño de sus nobles tareas ha tenido oportunidad de presenciar muchos episodios que revelan cuán grave es el problema de la mendicidad infantil en nuestro país. Por eso esta nota demuestra palmariamente la necesidad de reaccionar contra los explotadores de los niños que imploran la caridad pública y que los hacen víctimas de vejámenes, poniéndolos en la pendiente de la delincuencia.

DEBEMOS REACCIONAR contra *los* explotadores *de la* MENDICIDAD INFANTIL

dice BLANCA A. COSSAGNE SERRES

AL final de cada día son muchos los niños que con voz lastimera nos han tendido su mano implorando caridad. He contado hasta cuarenta y cinco en el transcurso de algunas horas de camino.

¿Qué porvenir espera a esos niños?

A muchos se les da unos centavos; delante de otros — los que no vemos por mucha prisa, o porque no nos mueven a compasión — pasamos de largo. Ellos quedan ahí, haciendo el aprendizaje de la vida, ejercitándose en el oficio despreciable de engañar para ganar centavos, de mentir para lograr compasión.



En la puerta de las iglesias se estacionan los menores mendigos, que siempre despiertan más compasión que los adultos.

Las mayores desgracias que pueden acaecer son pronunciadas por sus labios, plegados en un rictus de dolor aprendido. Aprendido, es decir, enseñado. Enseñado a fuerza de golpes y amenazas de nuevos golpes.

EL SISTEMA DEL EXPLOTADOR "CORCHO"

Presencié en una casucha de Liniers la enseñanza que un sujeto, de sobrenombre "Corcho", daba a un pobre chiquillo, a quien obligaba a mendigar.

Como el pobre niño no adoptara la expresión necesaria para pedir limosna con provechoso resultado, le retorcía las manos, y cuando más fuerte eran los dolores, lo obligaba a mirarse en el espejo, a fin de que fijara en su mente la expresión que debía tener su cara cuando imploraba limosna.

Este niño estaba cotizado en dos pesos diarios, porque todavía era aprendiz. Otros, ya de "oficio", lo están en cuatro, cinco o seis pesos diarios. Estos números son el índice que evidencia la mayor o menor "maestría" en el trabajo.

Cuando no logran reunir la suma fijada de antemano por los explotadores y regresan con menos de la cuenta, reciben soberanas palizas. El viejo "Corcho" acostumbraba a dar un latigazo por cada centavo que faltaba.



La cara de esta niña refleja la vida dolorosa que la obligan a llevar sus malvados explotadores.

Estos explotadores — canalla envilecida — quedan impunes en sus reiteradas faltas a la moral social, a veces durante largo tiempo, porque ponen toda su infernal astucia para evitar que se les descubra.

En algunos años de *trabajo* — es decir, de envenenar vidas jóvenes — labran la desgracia de muchos seres que más adelante pasan a aumentar el número de ladrones, "maffiosos", locos y suicidas. Impónese, pues, la necesidad de descubrirlos, de denunciarlos, de escarmentarlos.

CAMPAÑA CONTRA LOS EXPLOTADORES

Pediría a esos jóvenes con veleidades detectivescas que dedicaran sus energías a esa tarea: salvar vidas, descubriendo a explotadores de niños.

El método más seguro y eficaz es fácil, pero requiere paciencia: observar al niño mendigo, ganar su simpatía, seguirlo, aconsejarlo, llegar a su corazón.

Cuando el niño encuentre un ser que se interesa por él, que lo guía — o procura hacerlo, — que lo hace reflexionar y acaricia, se sincera poco a poco. Se mostrará desconfiado al principio, *muy desconfiado*, porque le enseñaron a ser así para alejar peligros de denuncia; después, cambiará paulatinamente, y la primera vez que se logre hacer que ría o llore *con sinceridad*, abrirá a la nuestra su almita angustiada. Pero eso se logrará si hemos puesto *conciencia* en el trabajo, si es que realmente queremos salvar a ese niño.

De lo contrario, si es por "sport", para pasar el tiempo, y por curiosidad estéril, no se hallará más que la barrera infranqueable que nos opondrá su espíritu prevenido.

Porque el niño — no lo olvidemos — es sumamente sensible a la *sinceridad* de los sentimientos que se le demuestran.

Hay muchas personas que van en busca de gloria, de laureles y aplausos sin saber cómo conquistarlos. Ahí, en ese honroso empeño de salvar al niño, encontrarán con creces lo que buscan.

DOS CLASES DE NIÑOS MENDIGOS: EL VOLUNTARIO Y EL OBLIGADO.

Es a la segunda clase que pertenecen la mayoría de los niños mendigos. Al denominarlos *obligados*, me refiero a la obligación que les imponen las personas adultas que los explotan — familiares o no — de mendigar en la vía pública.

Los otros, los que lo hacen voluntariamente, son los menos. A estos últimos es fácil reconocerlos, especialmente cuando recién se inician: están apurados, hablan rápido y con temor, y apenas notan que se vacila en darles una moneda, se dirigen a otras personas.

En cambio, el obligado nos sigue con obstinación y repite, aumentándolas, las desgracias que sufrió.

El voluntario no está tan sucio ni rotoso como el obligado. Se nota en él una mayor vivacidad y energía, se trasunta la existencia de una lucha interior de vida que se afirma. Observándolo en sus discusiones, se evidencia su amor a la vida, mantenido por el esfuerzo propio. En el obligado no sucede eso. Hay monotonía interior, falta de personalidad, cansancio producido por la rutina del trabajo impuesto de continuo. No existe la energía del



esfuerzo individual. Porque no tiene un objeto ni un fin propios.

Pide limosna porque si no lo hace lo golpean. Pide para otros. No trabaja para sí, ni por sí mismo, para satisfacer algún deseo propio.

El voluntario, en cambio, pide para lograr algo que se propone, tiene prisa porque persigue un fin inmediato: comprar cigarrillos, jugar a juegos de azar, etcétera.

No faltan los fines elevados: medicinas para la madre enferma, pan para los hemanitos. Pero estos casos no son frecuentes, porque el niño que ansía conseguir medicinas o pan para sus familiares demuestra tener sentido ético formado, y, en general, éste está íntimamente vinculado a la dignidad personal; por eso es que ese niño encuentra el medio de conseguirlos sin mendigar centavos en la vía pública.

Cuando los niños no son obligados a implorar solos la caridad pública, se les explota sirviendo de lazarillos a falsos ciegos o inválidos que andan pidiendo por las calles.

¿POR QUE DAMOS LIMOSNAS A LOS NIÑOS?

La rapidez con que se vive en nuestra época caótica impide considerar con la debida atención detalles importantes.



Este niño, después de haber recorrido la ciudad implorando la caridad para otros, duerme en el suelo, teniendo por cobijas tan sólo un montón de diarios.



Descalzo y semidesnudo para impresionar mejor a los transeúntes, este pobre niño se inicia en la triste escuela de la mendicidad.



Esta madre desvalida, con sus dos hijos, tiende la mano en la vía pública, cuando no lo hace al mismo tiempo la niña, que aprende así a hacerse una profesional de la caridad y a mirar con desdén el trabajo.



Prematuramente envejecido, con el gesto duro y la mirada fría de los que sufren la tortura del hambre, así aparece esta criatura por las calles.

Se habla de códigos penales, de "olas de crímenes" que requieren severas reprensiones; de cárceles, o, en el mejor de los casos, de reformatorios modelos; pero... no se va al **origen, a las causas generadoras**, al ***principio* de la cuestión.**

Estudiando las **condiciones** de vida de los delincuentes **antes de delinquir** seriamente, hallamos **siempre vagancia y mendicidad** en sus primeros años de infancia y pubertad, es decir, cuando más se requiere la orientación moral más severa y adecuada al temperamento.

Pudieron no ser delincuentes; pero lo son. Nadie se acercó a tiempo para impedir que lo fueran. Una intervención los hubiera desviado de la mala pen-

(Continúa en la pág. 45)

El mundo en la



LA REINA DE BELGICA EN ESTOCOLMO (SUECIA)

La reina Astrid de Bélgica, esposa del rey Leopoldo, fotografiada con sus hijos, el príncipe Baudouin y la princesa Josefina Carlota, en el jardín del castillo Fridhem, residencia del príncipe Carlos y de la princesa Ingeborn, donde ella pasó unas cortas vacaciones. Como se recordará, la actual reina de los belgas se halla emparentada con la real familia de Suecia, pues es hija de los reyes de esa nación.



EN MISIONES (REPUBLICA ARGENTINA) SE CAZAN GRANDES PUMAS

Todavía hay animales salvajes en Misiones. Este león americano, que mide sesenta y cinco centímetros de alto y un metro con sesenta de largo, fué cazado por el señor gobernador de Misiones, doctor Carlos Acuña, durante un viaje por él realizado al Iguazú.





SE LA CONSIDERA LA MUJER MAS HERMOSA DE LONDRES

Su nombre es Betty Thaw, y durante el concurso de belleza realizado en la capital inglesa para encontrar a la mujer más hermosa, fué quien obtuvo el primer premio. Hasta entonces trabajaba como ascensorista en una gran tienda, pero pronto será enviada a París en representación de Inglaterra para que allí intervenga en el concurso, del cual la vencedora obtendrá el título de "Miss Europa".

AMBULANCIAS AEREAS EN PARIS

Como es del dominio público, hace poco tiempo se realizaron sobre París diversas maniobras de aviación destinadas a comprobar la eficacia de algunas novedades últimamente introducidas en el ejército francés. Muchos fueron los presuntos heridos a quienes se transportó en ambulancias aéreas provistas de todo lo necesario para efectuar, en pleno aire, los primeros auxilios. Aquí se ve a una de ellas poco antes de recibir a uno de los "heridos".

fotografía y en el comentario

RADIOTELEFONIA Y HAMBRE EN MEJICO

Por las informaciones aparecidas en diversos diarios, ya conocerán nuestros lectores la huelga de hambre realizada por los empleados de la estación radiotelefónica X E A L de Méjico, a consecuencia de hacer cuatro meses que ninguno percibía su sueldo. Escenas como la que aquí ofrecemos fueron frecuentes, sobre todo entre las mujeres, a quienes el hambre voluntaria había debilitado enormemente. He aquí a una de las obreras, siendo atendida por una enfermera poco después de haber sufrido un desmayo.





PROGRESA LA TELEVISION EN FILADELFIA (ESTADOS UNIDOS)

Este señor es Philo T. Farnsworth, tiene 28 años de edad y desde los trece ha trabajado en un aparato televisor, cuyo intrincado funcionamiento le explica a su esposa. Con esta cámara televisora super sensitiva, Farnsworth ha fotografiado a la luna y transmitido éxitosamente tales fotos a un receptor de radio. Es esta la primera vez en el mundo que la televisión ha tenido una aplicación a la ciencia astronómica.



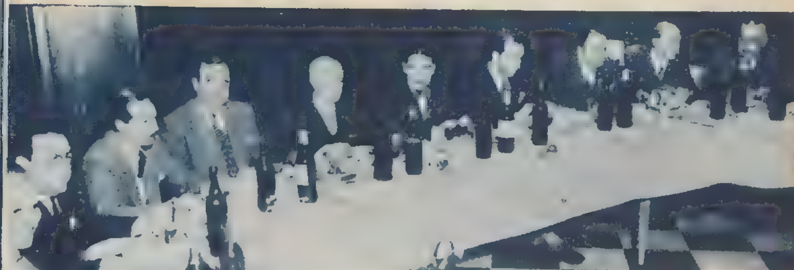
CASAMIENTO DE "ESTRELLAS" CINEMATOGRAFICAS EN CALIFORNIA

Por tercera vez el astro cinematográfico Adolfo Menjou contrae enlace. Katherine Tinsley y Katherine Carver fueron sus dos esposas anteriores con las que no pudo ser feliz, en vista de lo cual se divorció. Y como dicen que no hay dos sin tres, vuelve el galán a tentar suerte, esta vez con una colega, Verree Teasdale, con quien aparece aquí poco después de que el juez, a quien se ve en el medio, los declarase legalmente marido y mujer.



Llegada de los restos del profesor Víctor Mercante a la estación de Mendoza, procedentes de Los Andes, donde falleció mientras viajaba con destino a la capital federal.

NOTAS *de* MENDOZA



Cabecera del banquete que se llevó a cabo en el Club de Gimnasia y Esgrima, con motivo de la celebración del 43º aniversario de su fundación.



Parte del público que asistió a la reunión inaugural de la Junta de Estudios Históricos de Cuyo y que se efectuó en el colegio Agustín Alvarez.

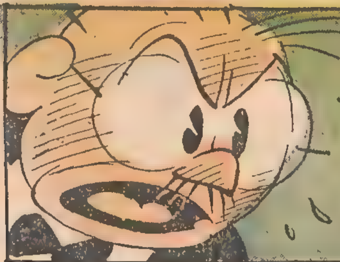


Los alumnos de la Escuela Superior de Comercio despidieron a su ex director con un banquete que se vió animado.



Grupo de alumnas de la Escuela Sarmiento que tomó parte en el festival patrocinado por ese establecimiento.

Fotos López Medina y Delpodio.

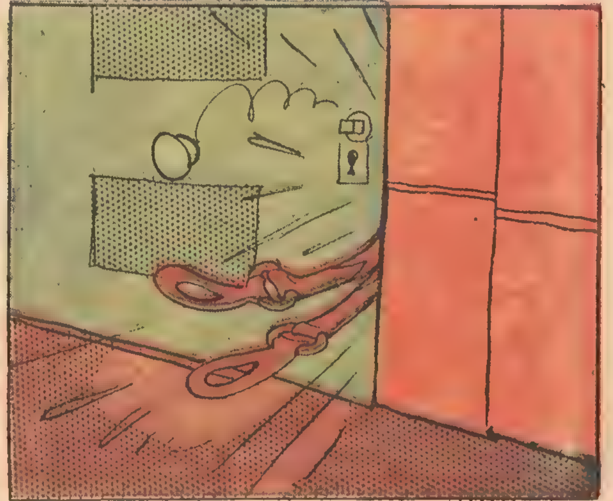


DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERNO

























TODOS LLEVAMOS EL DESTINO EN LAS LINEAS DE LA MANO

PERO MUY POCOS SABEN LEERLO

APRENDA USTED A HACERLO



SIETE EXPERIMENTOS QUIROSOFICOS

HE aquí siete manos, diversas todas. En sus palmas está inscripto el destino, pero sus poseedores ignoran la manera de desentrañar, aunque sea en forma parcial, el secreto de su futuro y los misterios del pasado. De ese pasado que escapa a la realidad del recuerdo, o que permanece obscuro en la conciencia. Se prestan estos ejemplos para realizar una serie de lo que llamaremos "ejercicios quirosóficos" destinados a nuestros lectores que están ya en condiciones de aplicar los conocimientos adquiridos. Veamos cómo.

Mano número 1. — Estúdiese, a grandes rasgos primero, esta mano. Su trazado es resuelto, de carnes firmes, los dedos se abren, categóricos, y presentan una forma intermedia entre la puntiaguda o mística y la espatulada o práctica. El centro de la palma es más bien estrecho con relación a las proporciones de las demás zonas. A primera vista es, pues, una mano más bien común, de persona normal, sensata, reflexiva, de buena salud y carácter regular. Veamos si las líneas lo corroboran. Obsérvese la línea de la vida. En su comienzo forma una horqueta, pues se ramifica de ella una raya en dirección al monte de Saturno. Todo esto está determinado por la letra B. Además, en el arranque de la línea vital se desprende otra, que corre horizontalmente por el monte de Venus hasta la mitad de la de la vida. Esto quiere decir que esta última está reforzada hasta los cuarenta y cinco años de edad. La línea saturniana pequeña, arrancando de la vitalis significa éxitos laboriosa y tardíamente logrados, malos parientes, disgustos de familia. La línea del corazón (A), ramificada así, gran espíritu, abatido por pesadumbres morales. La línea C, sobre el monte de la Luna. Naturaleza soñadora, inclinada profundamente a la poesía.

Mano número 2. — Está algo crispada. Gesto artificial que no permite de primera intención determinar nada valedero. La línea A de la vida, con gran isla en su final, indica muerte repentina. Es significativo el gran 4 que se forma con la saturniana, que sólo llega hasta la línea, tan larga, de la cabeza. Esta última manifiesta deseo de llegar a ser personaje, tener puestos honoríficos y tentar la oratoria política o sagrada. En cambio la B, que marca las dos ramas en que termina la del corazón, debajo del monte de Júpiter o aprisionándolo, implica la existencia de un alma noble, honesta y sincera, que no se valdrá de procedimientos poco decorosos para lograr el triunfo de sus planes.

Mano número 3. — Casi playa. Monte de Venus plano. Poca capacidad amorosa. Espíritu glacial. Escasa afectividad. Línea saturniana A bien determinada y fina: caprichos, egoísmo. Línea del corazón B corrobora todo lo anterior, pero sufrirá a consecuencia de sus pequeñas y propias perversidades. Línea de la cabeza C, escasa inteligencia, poca tolerancia, menos fantasía aún. En suma: una mano desagradable...

Mano número 4. — Algo regordeta y "como agobiada". Hombre trabajador, recto y voluntarioso. Línea A del corazón con dos ramas hacia el monte de Júpiter: honradez en sus negocios. Línea de la cabeza B, relativa inteligencia. Línea C, salud regular hasta los sesenta años. Hará viajes por negocios y acaso por placer. Llevará una vida matrimonial feliz, tendrá muchos hijos, determinados por las pequeñas rayitas que salen de la juntura de los dedos hacia los montes de Saturno y Júpiter, y acaso fallecerá de un mal cardíaco.

Mano número 5. — Características generales parecidas a las de la mano número 4. Físico y espíritu vigoroso. Tendrá muchos hijos, pero su salud será quebrantada y correrá peligro, no por causas biológicas y hereditarias, sino a consecuencia de preocupaciones y excesos de trabajo. La doble línea de la vida neutraliza este pronóstico malo (A). La línea (B) de la cabeza arranca de la línea (C) del corazón. Esto indica que esos dos órganos están íntimamente ligados en todo lo que puede determinar un estilo de vida en el dueño de esta mano. Sus sentimientos, sus costumbres estarán regulados por una admirable asociación. No hará fortuna.

Mano número 6. — Mano común. Fría. Inexpresiva. Monte de Venus estrecho y redondeado. Pocos y ligeros afectos. Vida regular. Quizá una infancia delicada (D). En cuanto a sus condiciones de inteligencia (C) no son muy extraordinarias. La línea de Saturno, corta y comenzando en el campo de Marte, luchas continuas y voluntad firme, pero sin mayor éxito. La línea del corazón (A), que está formada por dos ramas que se unen y se quiebran al mismo tiempo, denota indecisión y poco bienestar en todo lo que comprende relaciones o empresas en que este órgano es factor importante. La línea del sol (B) determina, como premio a la energía puesta en los afanes, una relativa holgura, al promediar la vida.

Mano número 7. — Regordeta. Cálida. Dedos cortos. Montes bien pronunciados. El de Venus no muy ancho, pero muy abultado. Temperamento sanguíneo, apasionado, cariñoso, pasional. Vida firme y sin enfermedades peligrosas. Buen corazón. Cabeza (A) poco reflexiva, dócil a los dictados del instinto y del temperamento desordenado. Si se casa tendrá muchos hijos y algunos disgustos conyugales.

COMO SE BUSCAN LAS ENFERMEDADES EN LA MANO

Uno de los capítulos más delicados de la quiromancía es el relativo a las enfermedades, pues nadie ignora que los seres humanos son sumamente aprensivos, y si muchos se oponen a que se examinen los rasgos de sus palmas, es por temor a revelaciones inquietantes con respecto a su salud. ¿No han notado ustedes que, apenas toman una mano, su dueño les pregunta si vivirá mucho? Por eso no hay que equivocarse, y ante la sospecha de que se está o se puede estar en error, lo más correcto y digno es no emitir juicio alguno. En la mano izquierda deben buscarse las enfermedades hereditarias que tienen su origen en la vía materna. En la derecha las que son ocasionadas por la vía paterna. No debe leerse tan sólo la línea de la vida. Es una equivocación muy generalizada. Todas las líneas de la mano tienen algo que ver con la función de vivir, y algunas mucho más que la línea misma llamada vitalis. Por esto mismo es que debe hacerse siempre un análisis integral, relacionando huellas, rayas y signos, y logrando conclusiones indubitables. En caso contrario, es preferible el silencio a la injusticia de una expresión inexacta.

CONSERVE ESTA PAGINA Y TENDRA EL MEJOR TRATADO DE QUIROMANCIA

La espada flamígera

(Continuación de la página 7)

En ese instante fugaz Niven tuvo la clara visión del verdadero espíritu de Genoveva Lavelle. Esa mujer estaba amordazada en su vida por las circunstancias, como minutos antes lo estuvo su cuerpo ceñido por el pesado manto. ¡Buscar emociones! ¿No había perdido acaso la suprema emoción de la cantante?

En la apoteosis nocturna de la soberbia naturaleza que la rodeaba, la pasión y el sentimiento que su alma atesoraba, rompieron su dique y se desbordaron.

No la rodeaba ningún amor. No conocía la cariñosa solicitud del marido. Su padre se había esforzado en mantenerla soltera a fin de poder percibir siempre las sumas fabulosas que ganaba. Tenía también la decidida intención de mantener intacta su fama, acariciando la esperanza de su posible retorno al escenario. Concisamente contestó a Niven:

íntima y era inoportuno: pudo asimismo reconstruir con suma facilidad el drama que dejaban entrever estas palabras, posiblemente las atenciones de un admirador casado, una mujer inquieta, desesperada... y un padre que le impedía a ella buscar sus emociones en sus propios sentimientos.

Transcurrió un momento de silencio. Un viento invernal silbaba alrededor del "bungalow". En esos mismos momentos, en el llano, bajo los influjos de la noche calurosa, caminaban las bellas doncellas de Bali, agitando en sus manos los abanicos, riendo y charlando, mientras los bailarines "lelong" transpiraban bailando a los sones que emitía la banda de gamelan.

Uno y otro clima tenía en su favor ese maravilloso país de Bali: en él sus habitantes podían disponer de frío o de calor, según sus propios gustos.

Niven quería ser loco: compraría un terreno y construiría su cabaña entre

La señora Isabel Monasterio de Gsell, autora de la novela "Estancia Los Sauces", ha sido víctima de un plagio por la señorita María Elvira Ladoux, quien, sorprendiendo nuestra buena fe, ha publicado en el número 1230 de MUNDO ARGENTINO, correspondiente al 15 del mes último, una narración titulada "Dispreciao", que no es otra cosa que una copia de la novela de la señora Monasterio de Gsell.

Es inexplicable que todavía haya personas que se dediquen a estos hurtos literarios y pretendan pasar por escritores, sin pensar que el plagiario tarde o temprano es descubierto y que el desprecio y el bochorno caen indefectiblemente sobre él.

Con estas líneas queremos dejar constancia de este hecho que somos los primeros en lamentar y que esperamos que no ha de repetirse.

—Quiere perder su prestigio. Quiere pasar la noche en uno de esos templos nativos.

—No comprendo.

Genoveva interrumpió:

—¿No conoce usted la leyenda de la mujer nativa que, desafiando las leyes de su país, pasó la noche en un templo nuevo sin consagrar, situado en el pequeño puerto más allá de Boeleleng? Hay una ley que veda sobre todo a las mujeres el hacerlo. Como no se conoce la razón de esta prohibición, ella, curiosa como toda mujer, quiso saberla.

—¿Y lo logró?

—¡Quién lo sabe! Por lo menos no pudo decirlo, ya que a la mañana siguiente fué encontrada sin vida.

—¿Qué le dije? —interrumpió el viejo.

—¿Y usted quiere hacer la prueba? ¿Por qué?

—Porque soy también mujer —le replicó.

Estaba ahora recostada en el suelo, envuelta en su manta, clavados sus ojos en Niven. Parecía una pantera joven extendida perezosamente en el suelo, dócil, larga y flexible.

—Iré —continuó ella; —quiero pasar la noche en el patio interior del nuevo templo que están construyendo a mitad del camino de Singharadja: hay dos templos casi juntos, y dicen las gentes que los han visitado que se ven en ellos desde las más hermosas imágenes hasta las más terroríficas.

—Bromean contigo.

—Si tú crees que no hay peligro, no tienes por qué oponerte. Si sigues fastidiándome en prohibirmelo, ya sabes lo que puede suceder.

El padre enrojeció.

—¿Ha tenido la audacia de seguirte?

—Tanto no sé, pero he oído que estaban en Java los dos y que seguían tan mal como de costumbre.

Niven se sintió molesto: comprendió que la conversación se había tornado

el bosque de árboles de "Banyan" y el arroz. "Basta de lucha." Dejaría la civilización detras de sí; no tendría automóvil: se divertiría nadando, cazando tigres de Bali, montando potros de pura raza, criaría gallos para las peleas y comería los delicados manjares malayos acompañados de vinos de palmeras al igual de la gente de Bali: dormiría los días calurosos y pesados, y en las noches de luna habría de pasear y danzar en el valle.

Compartir esta vida con una bella mujer ávida de emociones, y a la que estaba seguro de procurárselas, siempre que uniera su destino al suyo, significaba para él la mejor de las felicidades. En cuanto al rival casado, lo aplastaría sin remordimientos, como se aplasta una cucaracha.

A este extremo lo había cambiado el influjo de Bali. Unas horas habían transformado todos sus sentimientos.

Niven abandonó rápidamente estos ensueños y dijo:

—Si su hija toma algunas precauciones no creo que se le pueda hacer ninguna objeción, señor Lavelle.

—¿Y cuáles serían esas precauciones?

—Usted sabe que estos templos están construídos sin techo; son patios abiertos con sus paredes esculpidas y sus altares diseminados; no estaría encerrada y podría, por lo tanto, pasar la noche en uno de ellos, estando fuera usted y yo para acudir en su auxilio en cualquier emergencia —dijo Niven.

—¡Y yo con mi lumbago crónico! ¡No, muchas gracias!

—Bueno, yo solo, si le merezco confianza.

—Le tengo confianza a Jenny —dijo secamente Lavelle, —pero les repito que no me gusta el proyecto.

—Ya sabes que terminas por consentir todos mis caprichos si insisto lo suficiente, viejo cuervo —dijo la "prima donna" a su padre.

(Continúa en la página 21)



Nuestra imaginación muchas veces nos hace poner en ridículo, como le pasa al protagonista de...

Sombra Napoleónica

...que llena la mente con imágenes de grandeza, cree ver en un ser vulgar al mismo Napoleón Bonaparte.

NOVELA CORTA

***Por* BENJAMIN GIBBS**

NO salía de mi asombro al pensar que me encontraba en la Riviera, y eso que mi viaje no había sido repentino ni mucho menos. Durante meses había estado pedaleando una frágil bicicleta por esos caminos de Francia, o empujándola penosamente, cuesta arriba, por las empinadas cumbres de los Alpes Marítimos. Poco a poco me había ido acercando al Mediterráneo, según podía constatar cada vez que consultaba la guía Michelín. Sin embargo, cuando un día, al doblar la esquina de una calle, me topé con el azul intenso del Mediterráneo, quedé pasmado de sorpresa, como si el mar fuese lo que menos me esperaba encontrar en ese vecindario. He ahí el gran encanto de la jira en bicicleta, o a pie, a lo vagabundo; lo inesperado, lo asombroso, la sensación de aventura que lo acompaña a uno durante todo el trayecto...

No hacía muchas horas que había llegado pedaleando triunfalmente a la placita de Antibes, de donde salen los ómnibus... y mi larga etapa París-Mediterráneo quedaba cumplida. Había viajado apenas con una camisa y un cepillo de dientes, por no sobrecargar la bicicleta, y, por consiguiente, estaba con hambre de ropa decente, limpia. Desde París había remitido por tren de carga (lo que en Francia llaman muy acertadamente "petite vitesse") mi inmenso baúl de ropa. Fuí, pues, a la estación, encontré que mi baúl me esperaba tranquilamente en el depósito, y recibo en mano pude rescatarlo de las garras de los empleados del ferrocarril, que me miraban con no poca sospecha. Acto seguido tomé una pieza en un hotelito, abrí el baúl, y quedé extasiado ante tanta camisa limpia y tanto par de medias sin agujeros... Me bañé copiosamente, una vez que lo hube convencido al hotelero que no lo hacía por enfermedad, como él sospechaba, sino por la honesta mugre del camino; luego me vestí con ropa limpia, nívea, de pies a cabeza, y salí a pasearme por primera vez por la Riviera.

Estaba cayendo la tarde. El sol se ponía ya cuando tomé el ómnibus desvencijado que va a Juan-les-Pins. ¿Por qué iba a Juan-les-Pins, lugarcillo de escasa importancia, estando Niza y Montecarlo tan cercanos? ¡Qué poco me conocéis! En Juan-les-Pins fué que desembarcó Napoleón cuando se fugó de Elba y volvió a soltar sus águilas prisioneras por los cielos de Francia.

Estando en París, había ido al Panteón, había mirado cohibido la mole de piedra roja que guarda los restos del emperador, había visto el famoso sombrero negro, la espada... Me había empapado en cosas napoleónicas. Y ahora había querido posar mi pie donde lo posó él, en las arenas de la pequeña bahía de Juan-les-Pins. Era como una peregrinación, un deseo que por fin se iba a cumplir, como en los cuentos de hadas.

Ya se había escondido el sol cuando bajé del ómnibus y descendí hacia el mar. La noche iba cayendo poco a poco y el mar estaba tranquilo. De cuando en cuando, alguna ola manse se rompía a mis pies, dejando una orla de espuma sobre la arena. A mis espaldas, ya algo confuso y solitario a esa hora incierta, estaba el promontorio de Juan-les-Pins.

Yo miraba hacia el mar, impresionado. Con muy poco esfuerzo me podía imaginar una barca acercándose sigilosamente a la costa, llena de hombres armados, y en la proa, con los brazos cruzados y la mirada fija en la costa de Francia, el emperador Napoleón, comprimiendo en su pecho tremendas emociones al ver nuevamente la tierra que había dominado y cubierto de tanta gloria, y que iba a reconquistar con el solo graznido de sus águilas.

Si los espíritus de los que fueron se pueden pasear por los sitios queridos durante la vida, pensaba yo, ¡cuántas veces frecuentaría la pequeña playa de Juan-les-Pins el espíritu inquieto del emperador! Esta idea engendró otras por el estilo, y durante buen rato quedé sumido en reflexiones de ultratumba. Por fin, cansándome del tema, me daba vuelta para irme, cuando quedé como clavado en la arena.

¡Era él! Estaba parado a pocos pasos de mí, con los brazos cruzados, mirando fijamente hacia el mar. Se me erizaron los cabellos a pesar de la gomina y quedé paralizado, aterrado, mudo. Era Napoleón, no cabía duda. ¡El espíritu del águila se había posado sobre las arenas de Juan-les-Pins y contemplaba el pasado!

De puro susto me vino hipo. "¡Hip!", me salió involuntariamente. Entonces el espíritu pareció fijarse en mí y se acercó paso a paso. Estaba vestido con un largo capote gris, el famoso capote de la artillería. Llevaba la cabeza descubierta y la brisa agitaba sus cabellos ya ralos. En la mano llevaba algo negro, el famoso sombrero, sin duda. La sangre se me heló de pronto. El augusto espectro me estaba hablando.

—Señor —me dijo, en una voz sonora, extraña, —¿acaso el deseo de profundizar las cosas de la vida os ha traído al borde del mar?... Porque, en ese caso, el mismo impulso nos ha movido a los dos. Sin duda, ¿muchas veces os habréis maravillado de las chanzas que nos juega el destino?

—Este..., sí, a veces —atiné a decir, después de tragar mucha saliva, y luego pensé que debía haberle llamado "sire" o "majestad", pero él no notó mi grosera omisión.

—¡Quién me habría dicho a mí, por ejemplo —siguió diciendo el espectro, —que volvería a emprender la magna obra en que luché tantos años! ¡Ah, Francia, tierra ingrata y amada! ¡Quedé vencido, pero volveré a triunfar y no caeré más! Ya pronto deben llegar mis hombres en la falúa... ¡Y entonces!... Escuchad, joven, ¿no oís el rumor de remos que se acercan?

Miramos hacia el mar obscuro y escuchamos atentamente, pero no vimos nada, no oímos nada... El espíritu del emperador se paseaba inquieto por la arena. "¿Por qué no vendrán?", se preguntaba angustiado. "¿Por qué no vendrán?", y volvía a escudriñar las sombras sobre el mar.

A mí se me iba pasando un poco el susto. Viendo que, al fin y al cabo, el fantasma no me pasaba sus frías manos por la cara, ni crujía los dientes, ni olía a azufre (más bien me pareció percibir un ligero tufito a ajo),



diera serviros de algo, dibujar vuestras batallas, por ejemplo..., aquellas que ganéis; las otras no, se entiende...

Siendo hombre de método, siempre llevo tarjetas de visita. Saqué una y se la di. Me pareció que la tomaba con recelo y me miraba de pies a cabeza. "Calle Cucha-Cucha", leyó, y luego encendió un fósforo para verificar si no se había equivocado. A la luz del fósforo me pareció que había palidecido. "Cucha-Cucha", le oí murmurar. "Cucha-Cucha... ¡Gran Dieu! ¿Será posible?"

—Queda en Buenos Aires, majestad—le dije con unción, con ese aire porteño que se quiere dar corte. ¡Y la palabra "majestad" me salió con una facilidad y un gustazo!...

El emperador retrocedió unos pasos, como dominado por una inquietud repentina.

—No hay la menor duda —murmuró entre dientes;— no hay que llevarles la contra... Peligroso...

¿Qué estaría diciendo?, pensé alarmado a mi vez. ¿Me tomaría, acaso, por un espía realista, un delator? A lo mejor, me apuñaleaba ahí mismo, por las dudas.

y, en fin, no parecía ser de esos duendes llenos de malas intenciones que uno lee en los libros de cuentos, me fuí serenando y me puse a examinarlo con curiosidad.

Que era Napoleón, no cabía la menor duda. Es cierto que comparando sus rasgos con los de los retratos, se veía que los pintores lo habían favorecido bastante, cosa bien natural, si se piensa, pues ¿qué pintor se animaría a retratar a un emperador tal cual es, con verrugas y todo? En cuanto a figura, era bajito, e iba tirando a gordo, sin serlo exactamente. Además, me fijé con asombro en que no era trasparente, como suelen serlo los espectros; al contrario, parecía sólido y bien alimentado. Pensando que si persistía en mi mutismo, el emperador se podría resentir y creerme un idiota o un mal educado, me armé de coraje y le dirigí la palabra.

—Supongo que estáis contemplando la marcha sobre París con vuestras águilas. ¿No os parece tarea gigantesca?

—Las cosas son gigantescas o diminutas según el tamaño de quienes las emprenden — me contestó irguiéndose altanero.

—Sí, sí; claro, naturalmente — me apresuré a decir, viendo que se enojaba.

—Mis águilas — me dijo algo más calmado — han vencido grandes dificultades, han conquistado; es cierto que han sufrido reveses, pero han probado y probarán aún que en cuanto a valor real no hay nada que se les asemeje.

"¡Las águilas!", pensé conmovido. ¡Con cuánto entusiasmo hablaba el emperador de los símbolos de su grandeza! ¡Y qué extraño era también que yo supiera de antemano el fin catastrófico que iba a tener su empresa! El, en cambio, parecía ignorar, o haber olvidado completamente lo de los Cien Días, Waterloo, Santa Elena. Supuse que cuando los espectros vienen a rondar por el mundo para reconstruir sus tragedias, se posesionan de tal manera de su papel, que hasta se olvidan de lo que viene más adelante, en el entusiasmo del momento. Este es el caso entre los grandes actores, según me han dicho.

El emperador se había puesto a meditar en alta voz. "Juan-les-Pins — decía, — luego Nimes, Arles, Avignon... París, Berlín, Roma... ¡El mundo entero conquistado por mis águilas! ¡La Fortuna me cobijará nuevamente bajo sus alas, me llevará hacia nuevas cumbres!"

Yo cada vez estaba más conmovido. Al escuchar tales palabras de boca del emperador, hasta yo mismo olvidaba que todo esto ya había tenido lugar cien años atrás; Waterloo se me hacía cada vez menos real. Hasta llegué a hacerme vagas y dulces ilusiones de algún puestito público en París, gracias a una recomendación del emperador, o aquí mismo en la Riviera me habría conformado. Tenía que quedar bien con él.

—¡Ah, sire! — le dije con entusiasmo de verdad. — ¡No sabéis cuánto éxito os deseo en la magna empresa. Yo no soy más que un humilde artista de Buenos Aires; pero si pu-

—No temáis nada, majestad — me apresuré a decirle antes que fuera a suceder algo. — Yo soy vuestro más ardiente admirador; siempre lo he sido, desde que abrí por primera vez un libro de historia. Las palabras de Trafalgar y Waterloo me revientan. ¡Si hubiese vivido en vuestra época, habría luchado bajo vuestras gloriosas águilas!

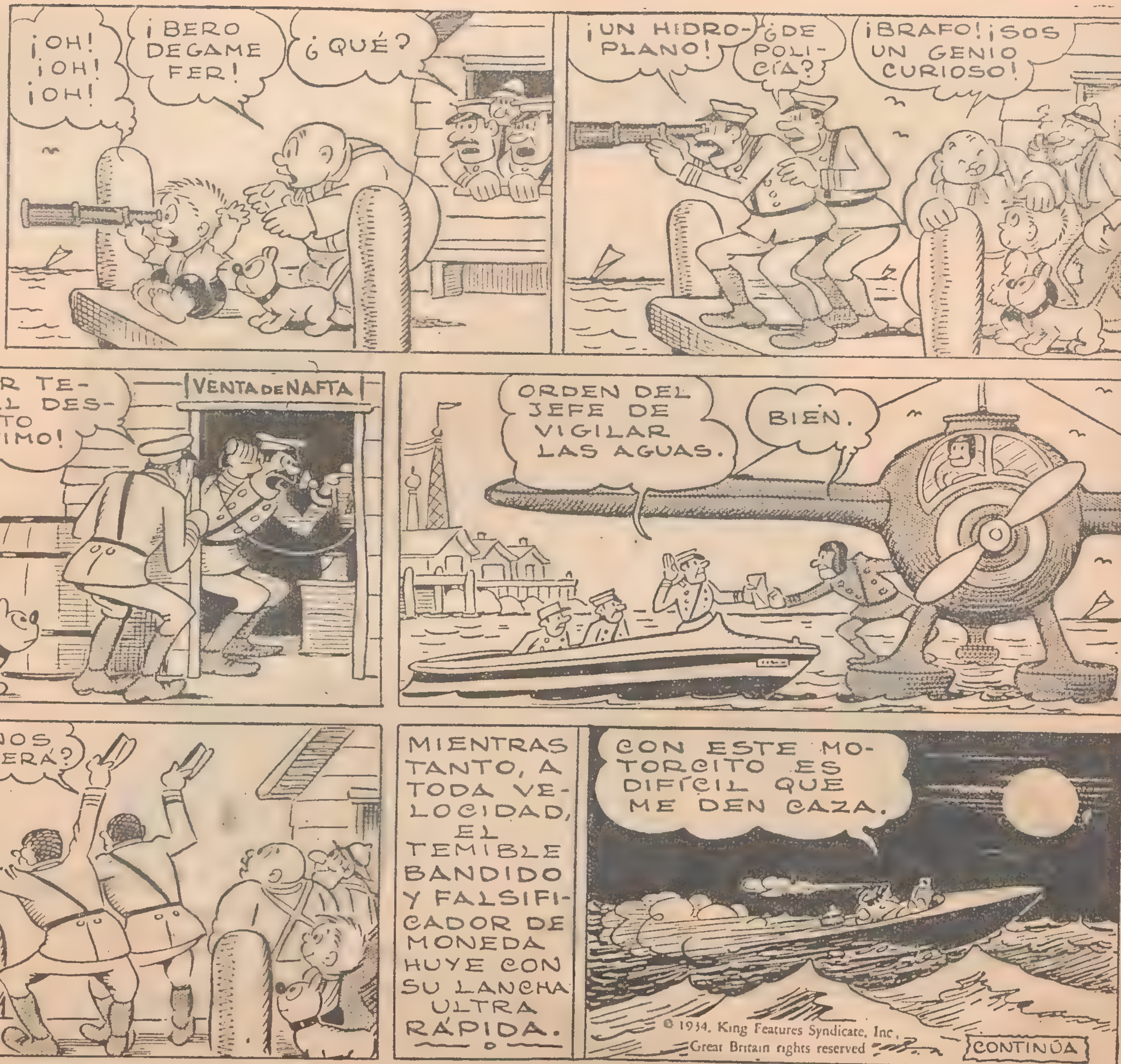
Mis palabras parecieron causarle buena impresión. Se me acercó nuevamente y me dió unas palmaditas amistosas en el hombro.

—Entre amigos — me dijo — no debe haber secretos; decidme con franqueza: ¿vos sois Julio César, o Carlomagno, no es cierto?

¡Cómo me habría gustado poder contestar que sí, que era uno de ellos, o Atila, aunque más no fuera! Así podríamos haber charlado como iguales, me habría contado episodios de sus campañas, habríamos comparado batallas... Pero la virtud triunfó en mí.

—No, majestad — le contesté. En relación a vos, yo no soy del pasado, sino del futuro. A ver un poco... Cuando vos reinabais, mi abuelo aún no había nacido... Yo estoy aún vivo...

(Continúa en la página siguiente)



Pero en ese momento se sintió ruido de remos en el mar obscuro. Parecían muy cercanos. Yo me volví en esa dirección, y estaba por decirle a Napoleón que su tropa ya llegaba, cuando caí violentamente sobre la arena. Un cuerpo pesado me apretaba contra el suelo, dos brazos musculosos me tenían aprisionado. Mi agresor jadeaba cerca de mi cara y pude percibir claramente el olor a ajo. Era Napoleón quien me trataba así. "Ahora me matará con un filoso estilete corso", pensé lleno de agonía, y me puse a implorarle que me dejase ir:

—¡Soy inocente, majestad! — le decía medio sofocado. — Sire, por favor!

Pero el emperador no me hacía caso. El mismo se había puesto a gritar desaforadamente.

—¡Socorro! — gritaba. — ¡Socorro!

Y me apretaba la cara contra la arena. Creo que si hubiesen tardado un momentito más en llegar, yo habría perecido; pero se oyeron pasos precipitados sobre la arena y muchos brazos se posesionaron de mí y me levantaron violentamente. A pesar de la obscuridad creciente, pude distinguir a Napoleón, jadeante, exhausto; me señalaba a mí y balbuceaba.

— Loco — decía, — escapado del manicomio... Me llamaba majestad... Cucha-Cucha... ¡Ah, mon Dieu!...

Un temblor violento le privó del habla.

Mis opresores no me soltaban. Después de una conferencia apasionada entre ellos y Napoleón, se resolvió que fuéramos todos a la prefectura.

Diez minutos más tarde, en una gen-

darmería que se venía abajo de carcajadas, Napoleón me tendía la mano.

—¡Pensar que os había tomado por un loco peligroso! —me dijo en tono apenado.

—¡Y pensar que yo os tenía por el espíritu de Napoleón! —le dije, masajándome la barriga, pues me había reído mucho.

—¿Qué diréis de mi ataque brutal? —dijo él.

—¡Bah, bah! Pequeñeces, mi querido señor —argüí yo.

—Pero decidme: ¿cómo demonio se os metió que yo era Napoleón?

—Bueno..., este..., como hablabais de la conquista de París, Roma, Berlín..., el triunfo de vuestra águilas...

—Las "Tres Aguilas", mi querido amigo —dijo sacando un rollo de catálogos del bolsillo de su largo guardapolvo gris— es la marca de fábrica de los nuevos bizcochos de mi invención para tés, cafés y vinos añejos. Manufactura higiénica, envases atractivos, precio quince francos con cincuenta la lata de un kilo. Con las "Tres Aguilas" la Fortuna me llevará de nuevo a las cumbres del éxito. Os diré en confianza que varios fracasos que he tenido en este renglón se debieron no a pobreza de calidad, sino a no haber sabido elegir el nombre del producto. Pero estaréis conmigo en que eso de "Tres Aguilas" suena bien..., c'est chic, distingué... ¿Hein?

—Pero, ¿y la falúa?

—En la falúa venían mis operarios con las amasadoras para la nueva fábrica que voy a poner en Antibes.

—Pero, ¿por qué de noche? ¿Tanto misterio por unas simples máquinas?

—Por los rivales, mon ami, los fabricantes de los desabridos bizcochos "Fleur de Lys"... Una sarta de cochinos; si se llegan a enterar de mi propósito, habrían sido capaces de cualquier trastada.

Vimos que el 'prefet de police" ya le había sacado todo el jugo a nuestro episodio y estaba deseando que nos largásemos cuanto antes. Probablemente quería ir a contarle el cuento a su mujer. Una idea formidable nos asaltó a Napoleón y a mí al mismo instante.

—¿Si fuéramos al café a tomar cerveza?

—¡Mais oui! Comment donc... ¡Avec plaisir!

Salimos de la prefectura, brazo con brazo.

—La gran ventaja que tienen mis águilas... —iba diciendo el emperador...

FIN

Niven no pudo apreciar si la interrupción era del agrado o no de Genoveva, quien con naturalidad de actriz se adelantó al encuentro del recién llegado.

—¡Qué sorpresa agradable! —dijo ella. —Yo creía que usted, señor Messervy y su esposa, estaban todavía en Java.

—Mi esposa ha quedado todavía en Java —respondió él, mirándola fijamente; —la enterramos en el cementerio de Batavia hace ya seis semanas: la atacó la fiebre.

—¡Oh, cuánto lo siento! No lo sabía.

—Creo que usted sabrá las desagradables circunstancias que nos rodeaban y en esos casos...

—Sí, ciertamente. Permítame presentarle al señor Niven; profesor Messervy, de la Universidad de Camelot.

(Continúa en la página 25)

La espada flamígera (Continuación de la página 17)

Lavelle accedió.

—Haz lo que quieras. —Y volviéndose a Niven, agregó: —Lleva a esta chiquilina mía donde ella quiera y cuídala; te la confío.

—Encantado —dijo Niven. Y para sí mismo pensó: "Me lo ha dicho en la misma forma con que se lo dicen al novio al llegar el coche. ¡Ojalá sea este un buen augurio!

Transcurrió una semana de tiempo variable: copiosas lluvias caían durante la noche y silbaba el viento durante el día. La "prueba" de Genoveva hubo de ser postergada. Aprovecharon mientras tanto en realizar viajes de placer lejos de las ciudades pobladas. Pasó el tiempo lluvioso, y volvió a reinar la calma. A la luz pura de los claros días aparecían los templos con una nueva belleza. Vacíos en su mayor parte, dejaban ver tan sólo una u otra doncella de Bali arrodillada ante un altar.

A veces interrumpía esta calma la gritería furiosa de los "binatang", que aparecían arrasando su belleza y manteniendo en continua acción sus máquinas cinematográficas.

Los templos, ensombrecidos por los árboles, aparecían con toda la majestad de sus raras imágenes, con sus alas de piedra que parecían querer levantar vuelo. Estos templos con su quietud de sueño y su belleza gris simbolizaban el alma de Bali.

Merced al influjo de este ambiente, Niven sentía acercarse a su alma el espíritu de Genoveva. Adivinaba él que al herir el amor el corazón de ella brotaría una llama que la transfiguraría poco a poco. Su voz, esa bella voz, suavizábase al pronunciar su nombre, y todos sus pensamientos tendían hacia él: existía entre ellos una silenciosa comprensión.

Ella dijo en una ocasión:

—Tener el hogar aquí, vivir entre esta gente tan feliz, debe ser vivir en el paraíso: yo misma estudiaría su música... Usted no adivina toda la poesía que encierra.

—Sólo sé que para su música viven.

—Podré descubrir en estas orquestas de gamelan estados de alma que nadie podrá hallar.

Conversaban así dentro de uno de aquellos templos mientras un árbol de "trangipanni" dejaba caer estrellas sobre sus cabezas. Silbaba el viento trayendo hasta sus oídos los sones de la música nativa tocada por la banda.

—Parece —dijo ella— que todo el país modulara esta canción, y hasta en su mismo silencio se tiene la impresión de que vibra en el ambiente una música profundamente suave. Quedémonos aquí para siempre —terminó quedamente.

Era el momento esperado.

Tembloroso, Niven se acercó a ella para pronunciar a su oído las palabras que habrían de unir sus destinos a Bali eternamente, pero quedaron suspensas de sus labios. Un desconocido avanzaba hacia ellos y con sonrisa amable tendió su mano a Genoveva, mientras Niven apreciaba la figura de su rival, de cuya certeza no le cabía la menor duda. Un poco encorvado, representaba unos cuarenta años de edad, y por la palidez de sus facciones denotaba al hombre de ciencia. La primera impresión que le produjo fué la de ser un "gran personaje", la segunda, le hizo preguntarse "¿me agrada?", y como tercera impresión agregó para sí mismo: "Me recuerda al Murdstone de David Coperfield."

Los treinta y cinco

CUENTO

Por PILAR SAIZ

I

EXTENDIDA en el sillón de columna vertebral, flexible como las de muchos políticos, con la cabeza ceñida y cubierta por un triángulo de batista, y el cuerpo tapado por felpudas toallas ásperas, Emma se entregó a la habilidad manual de la masajista. Frente a ella un enorme espejo, sobre el que caía la luz difusa del gabinetito, tapizado en grises y rosas desvaídos, reflejaba su silueta informe y yacente; y sobre el transparente cristal que hacía las veces de mesa-tocador se alineaban botes de loza, frascos de lociones astringentes, potecillos de cristal, pelotas de algodón, pinzas, barras de "rouge" y lápices de retoque...

Un perfume vago de entre esencias y desinfectantes flotaba en el cuartito; en una percha el tapado de "kashá" gris, con enorme cuello de zorro y el bolerito del mismo tono, hablaban de una línea exquisita y de una elegancia perfecta; y entre el disfraz de toallas, los pies calzados de piel de lagarto eran prueba inequívoca de la perfecta elegancia de la "clienta" que soportaba en su rostro el experto ir y venir de unas manos blandas, empapadas en crema, que seguían la dirección de los músculos apenas relajados por la sonrisa y las muecas de dolor. De cuando en cuando la masajista — recia y rubia checoeslovaca, de facciones enormes y ojos claros, — cambiaba con la paciente una palabra amistosa de simpatía. ¿Estaba cómoda la señora? ¿No le molestaba la luz sobre los ojos? Le recomendaba serenidad, olvido, sosiego. Sin estos elementos espirituales el masaje no tendría toda su eficacia...

Y Emma se dejaba amodorrar, laxa y aflojando los tendones, perdida la imaginación en vagos recuerdos, en nimias ocupaciones, olvidada de sus problemas cotidianos y de sí misma.

Comenzó luego el sabio y leve abofeteo; con las puntas de los dedos la masajista le golpeaba las mejillas — allí donde comienzan a aparecer los surcos delatores, — la papada aún ceñida, el entrecejo, el ángulo de los ojos... y, tras de la tonificante fricción de hielo, el desagradable embadurnamiento del barro facial...

Mirándose en el espejo frontero, Emma no pudo menos que sonreírse bajo la capa quebradiza de greda verdosa; quedaba horrible. Pensó: "Parezco Boris Karlof, en la "Momia"...

El masaje corporal continuó un largo rato aún; los brazos largos y finos, las caderas angostas, la cintura y el vientre chato, los finos tobillos bien arqueados y la pantorrilla llena y musculosa recibían por turno un granizado de pequeños golpes. Y a través de los párpados cerrados le llegaba el resplandor de las luces y oía el murmullo de las conversaciones, obstinándose en no entenderlas, en desinteresarse, en descansar.

Una o dos horas de completo abandono, acompañadas de un enérgico masaje, seguidas de un baño caliente y de una ducha helada, un poco de sabio artificio — sonrosar las mejillas, enrojecer los labios, sombrear los ojos, — y dos golpes certeros de peine y tenacillas, la dejaban bonita, liviana, fresca, dispuesta a bailar tres horas sin temor a la fatiga, ni a los surcos faciales ni a la expresión dura de los malos días.

II

Realmente, no pudo ella misma sino quedar un poco sorprendida al contemplarse en el triple espejo.

— ¿Treinta y cinco años? — pensó. — ¿Quién va a dármelos?

Aparentaba en aquel momento apenas veinticinco. Alta, esbelta, rubia, vestida con elegancia personal, los ojos grandes y azules, la boca franca y fresca, la nariz fina y acaballada; tenía lo que vale más que la belleza perfecta: un atractivo innato y una indiscutible distinción.

Cierto que, a veces, sobre todo cuando una pena o una inquietud carcomían su espíritu, pliegues y arrugas subrayaban su agraciado rostro; cierto que un gran desengaño sentimental blanqueó muchos de sus dorados cabellos y acentuó el rictus amargo de los labios. Pero ¿para qué sirven los hábiles manejos de los profesores de "beauté" sino para detener los desperfectos del tiempo y reparar los que señalan los sinsabores? Tal cual aparecía reflejada en el espejo, calzándose antes de salir a la calle los guantes de un tono gris, ligeramente "beige", con la cartera de cocodrilo sujeta bajo el brazo y cambiando las últimas palabras con la masajista, nadie, ni ella misma, habría podido encontrarle un defecto.

— Entonces, Berta, ¿hasta el jueves?

— Sí, señorita, hasta el jueves a las tres; probaremos el "Bálsamo de las Náyades" para lociones faciales y verá la señorita si no es maravilloso...

— Probaremos las Náyades y lo que usted quiera. Ya sabe que le tengo mucha confianza, Berta...

— Gracias..., y si la señorita quiere recomendarme a sus amigas..

— Sí, sí..., a las amigas a quienes quiera bien...

Un golpe de aire frío y brutal como una mala nueva la envolvió al abrir la puerta del "Instituto".

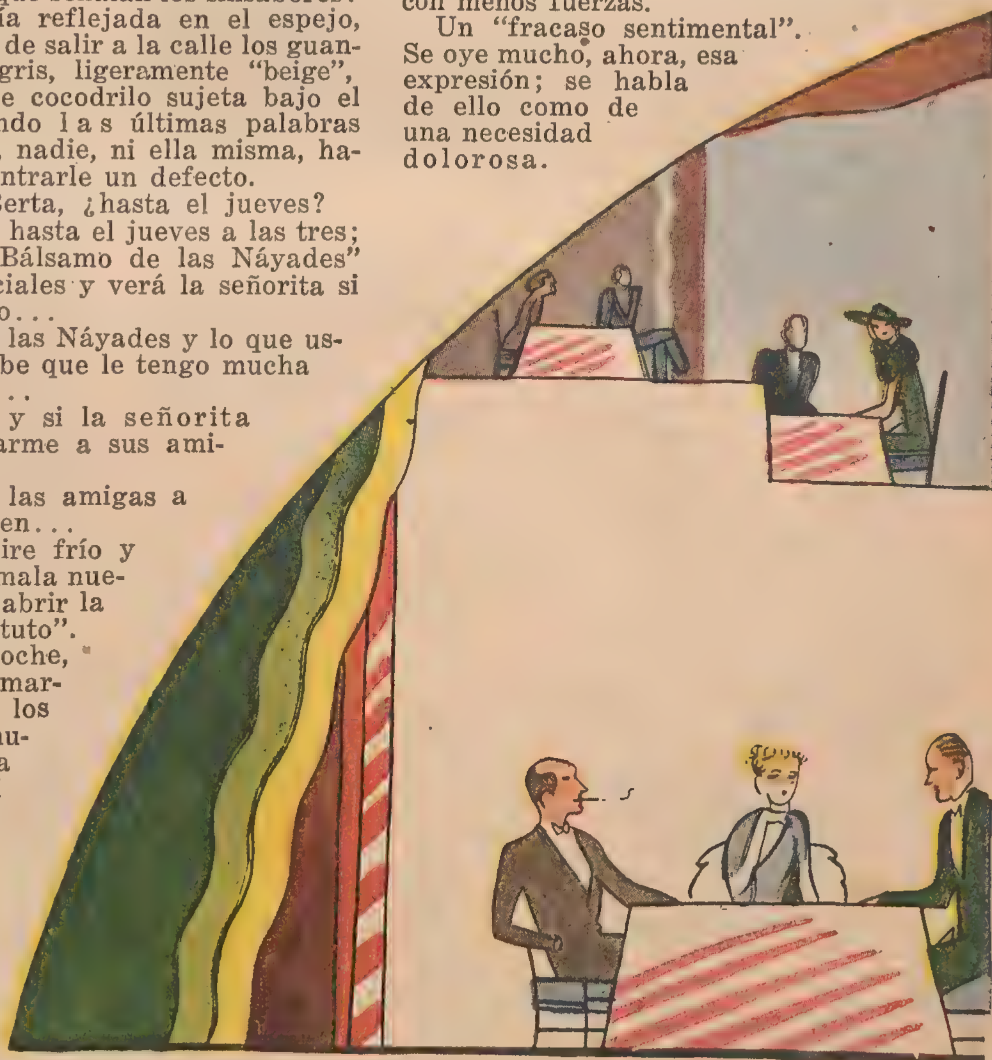
Ya era de noche, aunque apenas marcasen las cinco los relojes. El cielo, nuboso, no dejaba transparentar ni un destello estelar, y el aire barría las calles con una energía de criada nueva; en los zaguanes se arremolinaba el polvo, las hojas secas de los árboles y las hojas rotas de los periódicos desdeñados. El invierno se iniciaba cruelmente.

Emma pensó en librarse de ese desagrado del frío tomando un auto; pero estaba demasiado cerca del punto de cita con sus amigos; por supuesto, una "boite" céntrica, elegante (que es lo mismo que decir cara), donde cada tarde y cada noche se reúne un grupo de gentes a moverse con dificultad al compás de la música entre decorados de cartón, figurando la cubierta de un barco, una feria o una aldea hindú...

¿Por qué iba allí? Por aturdirse, por pasar un rato, por no habituarse a la soledad que induciendo a la reflexión inclina hacia la vejez, el fantasma de toda mujer.

Su traje elegante, su peinado de última moda — un bucle sobre la nuca, — su sonrisa eran como una coraza defensora. Con ello se cubría para contrarrestar en la batalla diaria las embestidas externas, y con ello se sentía fuerte para vencerse a sí misma. Porque desde lo profundo del corazón aún le subían amargas oleadas. Emma acababa de salir de un desengaño como se sale de una enfermedad: débil y resignada, con más deseos de vivir que nunca, pero con menos fuerzas.

Un "fracaso sentimental". Se oye mucho, ahora, esa expresión; se habla de ello como de una necesidad dolorosa.



años de Emma

...más que en su rostro, habían cavado en su alma, privándola de la ilusión amorosa.

Nadie cree ya en el amor eterno de nuestras abuelas, pero no es por eso menos doloroso comprobar la inestabilidad de los afectos.

Al cabo de seis años de una relación muy moderna en sus formas exteriores, muy antigua en su sentir, Emma acababa de comprobar hacía veinte días que era "traicionada". Un descuido (los hombres suelen ser muy descuidados cuando ya no quieren) la había puesto al tanto de la nueva aventura — pasión es mucho decir, — que había transformado al enamorado de ayer en el afectuoso indiferente y apresurado de ahora... Y ante la verdad — siempre estupefactiva, aunque se la sospeche, — Emma, que se habría sentido humillada en su vanidad de mujer moderna, mostrando celos o exigiendo cariño, había optado por la retirada, comprobando con amargura que su ausencia y su silencio habían tardado más de una semana en ser advertidos y que sólo habían provocado primero una ligera sorpresa, después probablemente un suspiro de alivio.



¿Qué hacer? Su vida quedaba vacía en gran parte; perdía aquella ilusión de cariño y de apoyo espiritual indispensable a la vida afectiva de la mujer madura; y lo perdía en el límite de la juventud, cuando arrastraba ya detrás de sí veinte años de recuerdos.

Por lo pronto lloró amargamente, pasó días enteros encerrada en la media luz de su cuarto, de bruces en la cama, revolviendo en la imaginación todos los detalles que antes, mucho antes, debieron ponerla en guardia sin el temor a mostrarse ridícula, "anticuada", celosa... Quizá si a tiempo se hubiese defendido... Pero, no; contra la inconstancia masculina, contra la vanidad conquistadora del hombre no hay defensas.

Después, una mañana se vió a plena luz, al salir del baño, y quedó estupefacta; había envejecido "diez años" en aquellos días. Y por un hombre, por un extraño, ya para el que no era sino un recuerdo, una más en el catálogo de los amores olvidados, que es mejor que lo sean porque si no son molestos.

Se sintió combativa, fuerte, dispuesta a recuperarse. Se prohibió los sueños amargos y decidió comenzar desde ese mismo instante una cura sentimental. El programa quedó trazado: no estar sola nunca más que en las horas de sueño; renovar enteramente el guardarropa; someterse a un enérgico tratamiento de "beauté"; leer novelas de interés fácil y espíritu optimista, y entregarse a los pasatiempos comunes; además, como ocupación intelectual, decidió ponerse a estudiar el árabe con un profesor armenio.

Los resultados habían comenzado a hacerse sentir desde la primera semana; por de pronto estaba más bonita que nunca y hasta había comenzado a "tener éxito" con los amigos — muchos — que, poco a poco, en esa vida ficticia del sentimiento comenzaba a tener. Amigos nuevos, vestidos nuevos renuevan cuerpo y alma... Bien hubiese querido ella hacer en su corazón un nido caliente y seguro para los afectos, pero ¿a qué empeñarse en lo imposible? ¿Para qué soñar como una colegiala con el amor?

III

En la penumbra del angosto salón atestado de mesillas, donde los "cocktails" de diversos colores y sabores perdían su frescura, las parejas se mecían al compás de un tango.

Emma ensayó un paso nuevo "inventado" conduciendo a su compañero, joven fuerte, alto y rubio, a quien acababan de presentarle, y que no mostraba una gran habilidad de bailarín, al menos de tangos.

— ¿Es usted argentino? — interrogó ella.

— No. Me lo nota en lo mal que estoy bailando ¿verdad?

— Qué esperanza..., lo digo por el tipo; parece usted ruso... irlandés...

— Soy vasco. A mí póngame usted a bailar algo más movido, más...

— ¿Un zortzico?

(Continúa en la página 49)

Hojeando los últimos Libros

COMENTARIOS por ANIBAL PONCE

CARLOS CARREÑO: "PREMATUROS Y DEBILES CONGENITOS"

Editorial "El Ateneo" — Buenos Aires

El libro que el doctor Carlos Carreño ha consagrado recientemente a los niños llamados "prematuros" y "débiles congénitos" interesa por igual al higienista y al psicólogo, al clínico y al educador. A medida, en efecto, que el conocimiento del niño bajo todas sus formas de conducta ha asumido ya el carácter de una ciencia — la paidología, — se han ido borrando más y más los primeros límites entre las especialidades, a punto tal que si no es posible un clínico de niños sin cultura de psicólogo, no se concibe tampoco un educador sin amplias nociones de biología. El libro magistral de Henri Wallon sobre "El niño turbulento", recurre de manera tan eficaz a todos los sectores de la ciencia capaces de iluminar ese defecto, aparentemente de "mala educación", que nos deja entrever cómo en un futuro no muy lejano cualquier tema de educación sólo podrá ser resuelto por una verdadera comisión especialista. Tal como ocurre ya en esas "clínicas psicológicas para la infancia", que tanto resultado han dado en Estados Unidos bajo la dirección fecunda del doctor Healy.


Carlos Carreño

La monografía del doctor Carreño no pertenece precisamente al mismo linaje de estudios que el ya citado de Wallon, ni tampoco a ese otro tipo de amable vulgarización como los bien conocidos del doctor Gilbert Robin. Ha enfocado su problema desde el punto de vista estrictamente clínico, y aunque en un capítulo final se refiere a la asistencia social del prematuro y del débil congénito, no por eso abandona su campo tan voluntariamente cercado. Por eso se echa de menos en el libro un capítulo relativo a la "conducta" de tales niños, para comparar, por ejemplo, el desarollo psíquico del prematuro con el del lactante normal, en la misma forma que ya Gessell lo desarrolló y que Schweizer, entre nosotros, ha tratado. El doctor Carreño hace una rápida referencia, pero lo considera quizá extraño a su especialidad.

A pesar de esa laguna, el libro que comentamos es de los trabajos más serios que sobre dicho asunto se han publicado en nuestra América. Rico de informaciones y de crítica, "Prematuros y débiles congénitos" debe estar no sólo en la biblioteca del médico, sino también en la del educador y del psicólogo. Porque recién cuando se comprenda la enorme importancia de enfocar los problemas relativos a la infancia desde el punto de vista del biólogo y del sociólogo, la educación de los retardados, débiles y retrasados saldrá entre nosotros de los primeros balbuceos en que todavía nos hallamos.

AUGUSTO BUNGE: "LA TUBERCULOSIS VENCIDA"

Editorial "La Facultad" — Buenos Aires

Y ya que hemos hablado de un libro escrito por un médico, agreguemos dos palabras más a propósito de la obra de otro clínico sobre una enfermedad que le está muy vinculada. Comberg ha comprobado, en efecto, que aparece en primer término la tuberculosis entre las enfermedades crónicas de la madre, que provocan mayor número de niños "prematuros".


Augusto Bunge

Pero este problema resulta minúsculo al lado de las proyecciones totales de esa enfermedad llamada "la peste blanca", contra la cual ha creido el doctor Bunge encontrar en la vacuna de Friedmann el medio más eficaz para "curarla y extinguirla".

Están demasiado frescas en el recuerdo de todos las tumultuosas polémicas que se encendieron en diversas sociedades de tisiólogos a propósito del proyecto presentado por el doctor Bunge a la Cámara de Diputados. "La tuberculosis vencida" no hace más que reproducir el proyecto de ley, tal como apareció en el suplemento del "Diario de Sesiones". Hay, sin embargo, algunos retoques, sobre todo en lo relativo a la terminología técnica, que ha sido aligerada, y algunas adiciones sugeridas al autor por las discusiones a que su proyecto dió lugar.

Sería completamente fuera de lugar pronunciarse sobre un tema en que sólo la práctica y el experimento tienen derecho a pronunciar la última palabra. Pero no podía quedar excluída de esta sección la referencia a una obra de más de quinientas páginas, animadas, sin duda alguna, por la mejor intención.

Aníbal Ponce

La espada flamígera

(Continuación de la página 21)

El profesor le dirigió una rápida mirada calculadora. Le vió alto, fuerte, buen mozo con su pequeño bigote, y habló, dirigiéndose a Genoveva, mientras Niven no dejaba de observar la facilidad con que había conquistado la atención de Genoveva. Como aprontándose a la lucha, Niven murmuró: "Veremos."

Con o sin permiso, el profesor Messervy uníase al grupo en todas sus excursiones y parecía que a Lavelle no le desagradaba su compañía; Niven creyó comprender que Lavelle buscaba asegurar el porvenir de Genoveva, ya que si no recuperaba la voz, no le era posible percibir sumas fabulosas en el escenario de sus triunfos, y sería más conveniente para ella casarse con un hombre libre ahora, decidido admirador suyo, y cuyos recursos debían ser superiores a los que recibía como profesor de la universidad. Messervy era cuidadoso en sus gastos, pero al mismo tiempo gustaba derrochar su dinero cuando sus trabajos o sus placeres lo requerían. Pero, con todo, era un hombre que nunca regalaba nada a nadie, ni siquiera ofreció sus cigarros a Niven o a Lavelle. Se dedicaba, en cambio, a Genoveva tomando como pretexto su deseo de pasar la noche en uno de los templos sin consagrar. Acumuló la mayor suma de datos referente a la bella mujer nativa que encontró la muerte en un templo más allá de Boelelen, y lo comparó con casos similares en otros templos. Su comparación antropológica, no dejó en los que le escuchaban ninguna idea clara y hasta hubieran podido confesar que nadie sabía bien de lo que hablaba.

A pesar de ello comprendieron que lo había tomado seriamente y que no se oponía a que Genoveva realizara el experimento.

—Con todo, no nos ha dicho nada nuevo — comentaba Niven más tarde, conversando con Lavelle.

—¡Quién sabe! — dijo el otro. — Lo que sí, entendimos que existe una tradición que hace suponer que la gente blanca no es del agrado de Bali.

—Eso es cierto; por lo menos algunos de ellos llaman a los turistas "bestias salvajes".

—¡Oh, eso es ahora! Pero ¿y antes de que vinieran los turistas? No es de extrañar que algunas personas, al conocer este maravilloso país, hayan deseado vivir aquí, y al llevarlo a la práctica les ha acompañado bastante mala suerte, y acaso no son los nativos los que se oponen a esto.

—En conclusión, ¿qué es lo que cree usted? — replicó Niven.

—Yo pienso que al ser arrojados nuestros antepasados del jardín del Edén al desierto, posiblemente en beneficio propio, escarmentados por la dureza de la vida quisieron volver a gozar las delicias que habían perdido, y al llegar a las puertas, los ángeles, con espadas flamígeras en sus manos, las custodian celosamente prohibiendo su acceso.

—¿Y usted cree todo eso?

—Espiritualmente, sí; prácticamente, lo dudo. Sin embargo, las espadas existen, y para los que tratan de desafiarlas son implacables.

—Me parece que todo esto no tiene sentido común — comentó Niven.

Mientras tanto, Genoveva y Messervy caminaban por la avenida que circundaba el hotel; habían estado juntos durante los últimos días, y Niven pocas veces pudo encontrarse a solas con ella. Empezaba sentirse desdichado, pues la simpatía que ella le había demostrado antes desaparecía poco a poco.

Aún antes de la muerte de la esposa, "que había quedado en Java", Genoveva se había sentido apasionada por este hombre. ¿Volvía a dominarle esa fascinación? Niven no podía decirlo.

Juzgándolo de hombre a hombre, le reprochaba Niven el haber procedido sin escrúpulos al festejarla aún en vida de su esposa, y además, en sus conversaciones demostró poseer tan poca moralidad, que si se pudiera reducirla a polvo no llegaría a cubrir la superficie de una simple moneda.

Con todo, no podía negar que la personalidad de Messervy fascinaba a cuantos le conocían. Pero ¿habrá quedado también Genoveva subyugada en esa red?

Alumbró la tierra la luz de la luna llena, y al terminar su ciclo volvió a reinar el buen tiempo.

La "prueba" de Genoveva se había resuelto efectuarla la noche en que la luna debía aparecer a las doce. Eso daría tiempo suficiente para llegar a los templos al caer la tarde, secretamente, para que ni los nativos, ni los del gobierno holandés se dieran cuenta y asegurar así la luz de la luna para cuando fuera necesaria.

Messervy tomó el asunto como si le fuera a él encomendado y manifestó su intención de permanecer la noche en el templo adyacente al que eligió Genoveva. Había escasa distancia entre ellos y estaría cerca en caso de serle necesario. Niven, que hubiera deseado ser el autor de la idea, tuvo que hacer otros planes.

—No será necesario que usted se moleste — le había dicho Messervy, dirigiéndose a él como si fuera un discípulo fastidioso.

Niven no contestó. Si le satisfacía a Lavelle dejar a su hija en manos de Messervy, a él no. Pero nada se ganaba con hablar.

A las once de la noche Genoveva y Messervy emprendieron a pie el camino hacia los templos. Niven los siguió de cerca. Escondido, vió a Genoveva trepar los escalones del templo más cercano, iluminando su camino con la luz de una linterna. Llevaba una manta sobre el brazo, riéndose y hablando en tono bajo con Messervy. Este llevaba mantas, almohada, termos, sándwiches, linterna y revólver, demostrando que en lo que a él se refería había tomado medidas cuidadosas, pero sin ofrecer compartirlas con Genoveva.

—Creo que va usted en busca del látigo que ha de castigarla — le dijo Messervy.

En lo alto de los escalones mantuvieron una larga conversación, en la que Messervy parecía insitir con Geno-

(Continúa en la página 28)



RESUMEN DE LO PUBLICADO

Al llegar Randolfo Paige a su casa, a las dos de la madrugada, tuvo la tremenda sorpresa de encontrar a su esposa muerta, colgada de la araña de luz y una silla volcada a sus pies. La policía dijo que se trataba de un suicidio; pero Carroll, un joven pesquisante, afirmó que era un crimen y se propuso investigarlo. El cordón del cual apareció pendiendo la víctima tenía un nudo que no pudo haberlo hecho ella misma. Luego en la boca del cadáver se encontraron algunas hilachas de seda, lo que demostró que la señora de Paige había sido amordazada. Randolfo Paige se ve que oculta algo, y máxime porque ha confiado la investigación a Judson, detective privado que no goza de buena reputación.

UN Hombre

V

MACNALLEY se nos aproximó para anunciar a Anderson que Ana Deane, el ama de llaves, aguardaba en la biblioteca su turno para declarar. Y allá nos fuimos el jefe, los subcomisarios Kurth y Mahler y yo.

El ama de llaves, según nos lo explicó entre lágrimas, había sido la "nurse" de Sonia Somerset y ésta la había vuelto a tomar a su servicio, trayéndola a Norte América en ocasión de su casamiento con Randolfo Paige.

—¿Estaba usted enterada — le preguntó Anderson — de que la señora Sonia iba a ser madre?

—¡Oh, sí! No hacía ningún secreto de eso. Al contrario: semejante perspectiva la alegraba tanto que cantaba todo el día como un pájaro.

—¿Le parece que era feliz con su esposo?

La mujer titubeó un poco antes de asegurarnos que sí.

—¿No hubo entre ellos algún disgusto serio en los días que precedieron al crimen?

La inglesa bajó los ojos y desvió la cara.

—¡Diga la verdad! — la urgió Anderson.

—No..., no hubo ningún disgusto — declaró finalmente. — Por lo menos, que yo sepa. El señor Randolfo era muy bueno con su esposa.

Pero la actitud de Ana Deane robusteció las sospechas que ya había despertado Randolfo con sus declaraciones.

—Muy bien — dijo Anderson, al parecer decidido a no insistir sobre el particular. — Dejemos esa cuestión, aunque está clarísimo que los esposos Paige no iban muy de acuerdo últimamente. Hay otra cosa que usted puede aclararnos, miss Deane: ¿dónde acostumbraba usted a vaciar los ceniceros?

En este punto las respuestas del ama de llaves fueron rápidas y categóricas. Pedro, el jardinero, era el encargado de quemar, en el sótano, la basura. A ella no se le habría ocurrido jamás ir a vaciar los ceniceros en el subsuelo. Por otra parte, ni ella ni Sonia fumaban. En cuanto a Randolfo Paige, el corto tiempo que paraba en su casa consumía unos pocos cigarrillos de marca inglesa. Además, la víspera del crimen, es decir, el día 4, había estado varias veces en el sótano y podía afirmar que no se hallaban allí las colillas a que aludía Anderson.

—Ahora, miss Deane — prosiguió el jefe, — haga el favor de contarnos exactamente todo lo que ocurrió el día 4. Sin omitir ningún pormenor, aunque le parezca insignificante. Comencemos por el desayuno. ¿Estaba de buen humor la señora de Paige?

—Quizá — comenzó diciendo la inglesa — yo debí referir al oficial de policía judicial esos detalles que usted me pide. Pero ayer por la mañana, señor, como usted sabe perfectamente, se hablaba de suicidio, y esos pormenores me parecieron sin importancia. Puede que tampoco la tengan ahora...

—Nos interesa escucharlos lo mismo.

—Pues bien: anteayer por la mañana, cuando llevé el desayuno a la señora Sonia, la encontré ojerosa y me pareció que había dormido mal. Pero lo atribuí a su estado y nada le dije.

—¿No daba la impresión de hallarse inquieta?

—Afligida, tal vez sería más exacto. Sin embargo, nada de particular aconteció hasta que le llevé la correspondencia. Nunca me he fijado mayormente en las cartas que recibía la señora, y que eran siempre muchas. Ese día se las dejé sobre la mesa del comedor, al lado de su café, y me retiré en seguida. Cuando volví, encontré que sólo había abierto una de ellas y la tenía en la mano. Se hallaba tan pálida, que pensé que se iba a desmayar. Me dijo: "¡Oh, Ana, ha sucedido algo terrible!" Y se puso a llorar. Yo me arrodillé junto a ella y le pregunté qué le ocurría. Entonces, reaccionando, y riendo a través de sus lágrimas, me respondió que eran tonterías, que no le hiciera caso...

Emocionada con el recuerdo de su patrona, el ama de llaves comenzó a sollozar.

—Continúe — le rogó Anderson. — Esto puede ser de gran interés. ¿Nada más le dijo la señora Sonia? ¿No vió usted la carta? ¿No le echó siquiera una ojeada?

—No, señor. En ese momento sonó el timbre de la puerta de calle y tuve que salir a atender a no sé qué proveedor...

—¿Y después?

—Después la señora subió a su cuarto, en la planta alta. Yo estaba ocupada en la cocina cuando llamó el teléfono y corrí a atender. Era una voz de hombre, muy áspera y bastante grosera. "Quiero hablar con la señora





EN EL Sendero

de Paige", me dijo. Se negó a darme su nombre. "Dígale a la señora que venga al aparato. Sabrá quién soy y lo que deseo." La pobrecita recibió el mensaje con gran inquietud. Palideció y se echó a llorar. Pero en seguida se repuso y me dijo: "Siga en su trabajo, Ana. Bajaré a atenderlo."

— Usted, naturalmente, habrá oído algo de la conversación...

— Ni una palabra, señor, se lo juro. No es mi costumbre.

— ¿Qué ocurrió después?

— Sólo sé que la señora resolvió no salir ese día, que llamó a varias personas con las que tenía compromisos, para dejarlos aplazados, diciéndome que no se sentía bien. Por la tarde corrió presurosamente a atender un nuevo llamado telefónico, como si lo hubiese estado esperando. Oí que conversaba durante largo rato. Luego me fué a buscar a la cocina, pareciéndome que se encontraba menos nerviosa. Me comunicó que el señor Randolfo no cenaría en casa esa noche y que yo podía ir a pasarla en Towson, como lo tenía proyectado. Me dijo que había hablado con la señora de Phelps y le había prometido que vendría a acompañarla el resto de la tarde.

— ¿Quién es la señora de Phelps? — inquirió Anderson, interesado.

— Una vecina, señor. Su casa está a unas quince cuadras de aquí, hacia el sur. Era la mejor amiga de la finada.

— ¿Y vino, realmente?

— Supongo que sí. Antes de que yo me marchara llegó Lucía, su mucama, trayendo una torta y diciendo que su patrona vendría más tarde.

— Dato muy importante — comentó el jefe, dirigiéndome una significativa mirada. — Mahler, haga usted el favor de telefonear a esa señora que tenga la gentileza de venir a verme en cuanto le sea posible. Y usted, miss Deane, responda todavía a algunas preguntas que quiero hacerle. ¿No volvió a ver la carta? ¿Sospecha quién puede haberla escrito?

— Ninguna de las dos cosas, señor. Si la señora no la destruyó, debe estar guardada en ese escritorio, junto con otras cartas — dijo el ama de llaves, señalando un artístico "secretaire" que había en un ángulo de la biblioteca.

Anderson se levantó de su asiento, vió las subdivisiones del mueble atestadas de cartas, echó llave a la tapa y se guardó la llave en el bolsillo.

— Después, con más calma, revisaremos todo esto — dijo a Kurtz. Luego, volviéndose a miss Deane, le preguntó: — ¿Ha vaciado algún canasto de papeles o algún resto de papeles quemados desde la muerte de la señora Sonia?

— No, señor.

— De manera que... ¿está segura de que la carta se halla en ese mueble o ha sido destruída personalmente por la señora?

— Estoy convencida, señor.

En ese momento regresó Mahler anunciando que la señora de Phelps estaba ausente de su domicilio, pero que la mucama había prometido transmitirle el parte del jefe en cuanto su patrona retornase.

—Otra pregunta, miss Deane, acerca de la comunicación telefónica: ¿era de larga distancia?

—Me pareció que no, señor.

—Usted, Kurtz, se encargará de averiguar ese punto en la oficina. Dígame, miss Deane: ¿nunca había oído antes la voz de ese hombre que le habló? ¿Sería usted capaz de reconocerla?

—Era una voz que no se parecía a la de ninguno de los amigos de la finada. Creo que la reconocería entre mil.

—¿Recibía su patrona muchos llamados de hombres?

—¡Oh, sí! La señora Sonia contaba con vastas relaciones y era muy solicitada.

—¿No tenía ningún...? — Anderson se detuvo, buscando una palabra adecuada para no echar sombras sobre el honor de la señora de Paige.

—Eran todos amigos — se apresuró a aclarar el ama de llaves, no sin cierta dignidad. — La señora Sonia amaba a su esposo y a nadie más.

—Estoy seguro de ello — dijo Anderson. — Pero pensaba que pudiese haber algún admirador, rechazado por ella y capaz de haberla matado precisamente por eso.... Bien, miss Deane, pasemos a otra cosa: ¿qué sabe respecto del "pendantif" que llevaba su patrona la noche del crimen?

Los datos del ama de llaves coincidieron con los que nos había suministrado Randolfo Paige. Tratábase de una joya de valor puramente histórico, que el señor Somerset había regalado a su hija con motivo de su boda. Sonia la llevaba casi siempre puesta, muchas veces hasta para dormir, guardándola sólo raramente en una pequeña caja de seguridad que había en la pared del dormitorio.

—Una última cuestión que deseo aclarar: ¿dónde pasó usted la noche del crimen?

—En Towson, en casa de mis amigos los Smith. Es un matrimonio con tres pequeños. Suelen pedirme que vaya cada vez que desean ir a Baltimore, al teatro o al cine. Si por mí no fuese, los pobres se quedarían encerrados...

—¿A qué hora se marchó de aquí? — la interrumpió Anderson.

—A las siete en punto.

—¿Se fué usted a pie?

—No, señor. Pedro me llevó en el auto de la señora, por orden de ella. Me tenía muchas consideraciones.

—¿Cuándo se enteró de lo ocurrido?

—Cuando regresé, a las siete del día siguiente.

—Nada más por hoy, miss Deane. Sus declaraciones nos han sido de suma utilidad. Puede retirarse... Es decir, si alguno de estos señores no desea hacer alguna pregunta...

Pero los dos subcomisarios estaban satisfechos. En cuanto a mí, ya tenía suficiente copia de noticias para transmitir a mi diario. Una carta

(Continúa en la página 29)

EL FOLLETIN DE "MUNDO ARGENTINO"

POR *K. S. DAIGER*

Ethel y Jorge

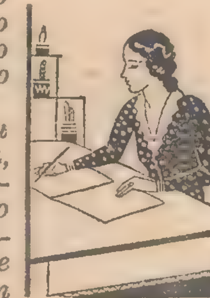
al través de un diario íntimo

Por **CONCEPCION RIOS**

DEL DIARIO DE ETHEL

La vida empieza a florecer en nuestra casa. Las manos de mamá se han coloreado ya de un color amarillento rosado. Manos empalidecidas, que ayer nomás semejaban palomas asustadas. Las mejillas de mamá tienen como un reflejo de luz que les presta el sol que entra por la ventana.

Yo estoy dejando que la vida se cuele por el hueco de la cerradura; la veo llegar en silencio, poco a poco, como si ella misma, a veces, tuviera miedo de despertar demasiado bruscamente a nuestra enfermita. Estampo la palabra "nuestra" y surge el recuerdo de Jorge en mi memoria. Mi madre, enferma, es casi un poquito de Jorge. El ha velado sus noches, ha sentido mi miedo, ha dejado caer una lágrima cuando aflojaban las fuerzas... Jorge se ha identificado con mi dolor a fuerza de vivirlo.



Tengo un agradecimiento tan grande por su actitud, que se me está volviendo ternura infinita, suave, nueva. El recuerdo de Ricardo se ha empalidecido. Yo no sé si las fuerzas se han apocado y hasta la emoción es una cosa imprecisa, sin calores. Sólo sé que la cara de Jorge y la mejoría de mamá están penetrando en mis nervios con un dulce sabor de realidad.

DEL DIARIO DE JORGE



¡Cómo es de hermoso tener en el fondo del pecho un tesoro de emociones que nadie sospecha! El sufrimiento de mi chiquilina, la ha transformado en mujer. Sus ojos se han vuelto tranquilos, aquietados de una paz interior. La seguridad de que la madrecita vuelve a la vida, le ha prestado a su rostro un suave reflejo de beatitud. Más que nunca creo ahora que se aquietarán sus emociones, se hará serena su decisión, suave su pensamiento. ¡Y espero, espero como si yo mismo empezara a convalecer de mis dudas, de mis rebeldías, de mis propias inquietudes! ¡Mañana, pasado, ahora mismo tal vez, empezará a iluminar mi vida un nuevo sol!

La espada flamígera

(Continuación de la página 25)

veva, y en un momento dado se apodeó bruscamente de sus manos, sintiendo Niven el impulso de separarles.

Genoveva alejóse risueña, saludándole con un cordial "Buenas noches", y transpuso el umbral penetrando al templo. Messervy encaminó sus pasos al segundo templo y desapareció en él.

Niven, mientras tanto, se situó en un recoveco situado frente a la pared del templo más cercano, y dominado por un presentimiento se acomodó esperando.

A Messervy no le tenía confianza; posiblemente estaría tomando notas antropológicas a la luz de su linterna. Pasó por su mente un pensamiento. ¿Qué era lo que Messervy había solicitado a Genoveva al separarse de ella en la puerta? ¿Qué era lo que ella le había rehusado?

Al pensar en ello, Niven tenía casi la seguridad de cuál había sido la pregunta y cuál la respuesta.

Estaba callada la noche. Las estrellas iluminaban la palidez hermosa de los templos: tan sólo se oía el susurro de los cocoteros y flotaba en el ambiente el perfume suave de la flor de loto de las fuentes sagradas.

De los templos no se oía nada. Messervy estaría durmiendo..., y en cuanto a Genoveva... De repente Niven se irguió sobresaltado. Tuvo la impresión de una curiosa sensación de miedo, como si algo indefinible extendiera con cautela sus tentáculos sobre él, y luego se alejara en la obscuridad...

No se veía nada: lució la luna y quedó iluminado el paisaje.

Del templo de Messervy llegaron ruidos extraños, quejidos como de persona que se ahoga, un apresurado correr y el ruido de la caída de un cuerpo. Niven se incorporó y prestó oído.

Del patio en que Genoveva hacía su "prueba peligrosa" no se escuchaba ruido alguno, pero a poco llegó hasta sus oídos el sonido de un canto modulado por una voz suave y armoniosa.

—¡Dios! — dijo Niven, y rápido trepó la pared del templo, deslizándose en su interior. Absorto pudo contemplar allí, en el centro, bajo la luz de la luna, a Genoveva, que, como otrora en un escenario..., ¡cantaba!

Comprendió que se había producido el milagro de serle devuelta su voz. Corrió a ella.

—¿Está usted bien?

No le contestó; pareció no verle y siguió cantando como si su alma la había abandonado durante esa noche, dejando en su lugar ese pájaro mecánico que cantaba en su cuerpo:

"Ha tenido un susto — pensó, — habrá visto algo que ha conmovido tanto su sistema nervioso, que al devolverle la voz la ha despojado de su... su..."

No, el horror del hecho le impedía mencionarlo. Buscó en su derredor, bajo la luz de la luna, la causa que pudo motivar ese terror, y sus ojos divisaron sobre la pared divisoria de los templos la figura inclinada del profesor Messervy, colgada sobre ella.

Niven, inclinándose hacia él levantó un cuerpo pesado, flojo: estaba muerto. Y se le quedó mirando. ¿Qué estaría haciendo Messervy sobre esa pared en la noche solitaria? ¿Qué propósito le había guiado para treparla, cuando ese mismo día había sido rechazado por ella?

Dejándole abandonado para que en la mañana siguiente los oficiales del gobierno holandés se hicieran cargo del cadáver, tomó a Genoveva de la mano y la condujo hasta el hotel.

Transcurrieron los días; con su tenacidad propia, Niven conserva la esperanza de realizar algún día su plan primitivo. Genoveva Lavelle canta tan sólo en las plataformas de los conciertos. Corren rumores de que ha perdido el juicio, de que apenas habla, pero aparece en público cantando siempre con toda la belleza de su antigua voz..., pero el alma que en ella ha vibrado siempre ya no existe.

FIN

Un hombre en el sendero

(Continuación de la página 27)

misteriosa. Un extraño llamado telefónico. Una joya que había pertenecido a la zarina de Rusia. ¡Y el detective Judson contratado especialmente por Randolfo Paige para que aclarase el asesinato de su esposa!

VI

Cuando regresé a la casa del crimen, después de haber hablado largamente desde Towson con Reynolds, MacNalley, todavía de guardia en la puerta de calle, me recibió con aire consternado.

—Ya lo tenemos ahí.

—¿A quién? — pregunté.

—Al sinvergüenza ese...

Miré al interior. Anderson estaba de espaldas a mí. Delante de él, frente a la chimenea, con el sombrero echado sobre la nuca y un pliego en la mano, Judson gesticulaba y hablaba animadamente. Comprendí al punto que aquel documento era la orden del juez para que se le permitiera al detective intervenir libremente en la investigación.

Judson, al verme, guardó el papel en el bolsillo y me saludó con un amistoso ademán. Anderson se adelantó para decirme, con una sonrisa de complacencia, poniendo su brazo sobre el hombro del detective:

—Acabamos de firmar una tregua y hemos decidido trabajar en colaboración.

—¡Vaya! Me alegro, Judson — comenté. — Yo también estoy colaborando con el jefe. Ande usted derecho con nosotros y me encargaré de darle una manito en mi diario.

—Gracias, amigo Kay — me respondió. — Nunca he pretendido otra cosa que cooperar con la policía. Yo no tengo la culpa de la rivalidad con que me han considerado siempre. Que ellos me digan todo lo que saben y yo me encargo de descubrirlo todo, dejándoles el honor del arresto del culpable.

No me parecieron petulantes las palabras de Judson.

—Vayamos al jardín — nos invitó Anderson.

Una vez que estuvimos sentados allí, bajo uno de los frondosos cedros, Anderson puso delante de los ojos de Judson el montoncito de colillas, ceniza y fósforos que guardaba cuidadosamente envuelto en un papel, y le dijo:

—Tendamos todas nuestras cartas sobre la mesa, Judson. Aquí tiene lo que hasta ahora hemos descubierto.

A continuación refirió al detective cuanto sabíamos acerca del hallazgo.

—Me interesan más los fósforos — declaró Judson, después de examinar atentamente el montón.

—También hemos recogido impresiones digitales. La totalidad corresponde a personas de la casa. La declaración de Randolfo Paige presenta algunos puntos obscuros... Usted seguramente conoce sobre él más que nosotros...

—¿Qué hay con Paige? Ya sabe que es mi cliente.

—Para hablarle con franqueza, Judson. No le diré que tengamos contra él ninguna prueba. Pero su declaración suena a falso. Presumo que hay una mujer de por medio y que por eso teme decir la verdad. Sin embargo, conviene que le haga usted saber que estamos reconstruyendo paso a paso todas sus andanzas en la víspera del crimen. Aconséjele que no nos oculte nada.

—En todo caso, señor Anderson, las *andanzas* de mi cliente, como usted dice, no tienen ninguna relación con el crimen; de manera que...

—¿Cómo ha sido que el señor Paige recurrió a usted?

—Sencillamente, ayer por la mañana él me llamó por teléfono a mi agencia.

—¿Ayer por la mañana? ¿Antes de que el crimen fuese descubierto? ¿Por qué?

—¡Vaya a saber! El no me dijo que pensara en que no había sido suicidio. Se limitó a pedirme que investigase el hecho.

—Eso significa que sospechaba algo.

—Sea como sea, el señor Paige es completamente inocente.

—¿En qué se funda para afirmarlo?

—En que el motivo del crimen fué la joya de la zarina — contestó Judson con aplomo.

—¡Pero si ni siquiera la han tocado! — intervine yo.

—Ya lo sabemos, señor Kay — me replicó. — Sin embargo, quien mató a la señora de Paige vino a esta casa con intención de llevarse la alhaja. El crimen no entraba en sus cálculos. Cuando el ladrón vió que la víctima, por excesiva presión de la mordaza, estaba muerta, se le ocurrió preparar la escena para que simulase un suicidio, y huyó sin llevarse el "pendantif", que sólo habría servido para condenarlo.

—Su hipótesis es muy plausible — reconoció Anderson. — Pero, puesto que la señora Sonia llevaba la joya tan al alcance de la mano, ¿qué necesidad tenía el ladrón de amordazar a la víctima?

—Cuando hayamos capturado al ladrón podrá usted preguntarle las razones de su proceder, ¿no le parece? — dijo Judson alegremente.

Se despidió de nosotros y se marchó silbando un fox-trot. Antes de perderse de vista se volvió para gritarme:

—No se olvide de darme un bombito en su diario, amigo Kay. Acuérdese de que tengo mujer y cuatro cachorros.

Anderson y yo nos quedamos bajo el cedro, pesando el pro y el contra de la hipótesis de Judson. El jefe no la admitía sino a medias.

—Un ladrón no se detiene a amordazar, Kay. En este caso le habría sido suficiente un buen golpe en la cabeza de Sonia para despachar con éxito su trabajo. Además, un ladrón no se fuma casi veinte cigarrillos en el sótano ni deja esos rastros de carmín...

En ese momento apareció MacNalley.

—Lo llaman por teléfono, señor Anderson — anunció.

—Debe ser de lo de Hughes y Compañía, los joyeros. Me prometieron avisarme en cuanto hubieran tasado el "pendantif". Voy en seguida. ¿Usted se queda, Kay?

—No. Haré una escapada a Towson para hablar con Reynolds. Volveré en seguida.

—Hasta luego, entonces. Ya sabe lo que le he dicho, Kay: ¡ni media palabra en los diarios acerca de esos cigarrillos!

(Continúa en el próximo número.)

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR













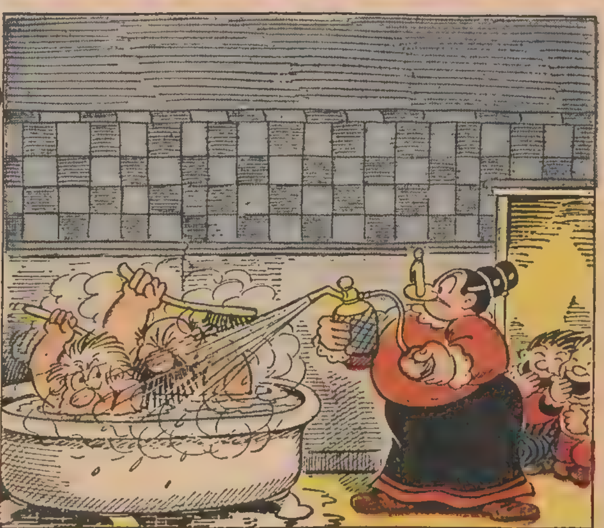












E. Barrero, Dactilógrafo, Central. | O. D. Laconr, S. Comercial, Central. | Wanda Benes, Dactilógrafa, Central. | P. N. Martin, Inglés, Central. | Julio Pérez, Dactilógrafo, Central.

Luisa Guatto, Dactilógrafa, Central. | Atilano García, Dactilógrafo, Central. | Jesús Lires, Dactilógrafo, Central. | J. Martinelli, Dactilógrafa, Suc. Callao. | E. M. Blanco, T. de Libros, Suc. Callao. | Elena Pigallo, Dactilógrafa, Suc. Callao. | Roque Livieri, Dactilógrafo, Suc. Callao.

Isabel Vizcay, Dactilógrafa, S. Constitución. | F. Paderta, Dactilógrafo, S. Constitución. | E. J. Rodríguez, Dactilógrafa, S. Constitución. | M. T. Lama, Dactilógrafo, S. Constitución. | A. C. Tomás, Dactilógrafa, S. Constitución. | J. A. Navone, Dactilógrafo, S. Constitución. | G. I. Tomás, Dactilógrafa, S. Constitución. | Lino Pupulin, Taquígrafo, Suc. Belgrano.

María Salvia, Dactilógrafa, Suc. Belgrano. | F. Parrendo, Dactilógrafo, Suc. Belgrano. | C. R. Secchi, T. de Libros, Suc. Belgrano. | E. Apolinario, Dactilógrafa, Suc. Belgrano. | N. San Miguel, T. de Libros, Suc. Belgrano. | A. Desumbila, Dactilógrafo, Suc. Flores. | J. de Follevia, Dactilógrafo, Suc. Flores. | F. Pérez, Dactilógrafo, Suc. Boedo.

C. N. Frisone, Dactilógrafa, Suc. Boedo. | R. Alvarez, Dactilógrafo, Suc. Boedo. | Lidia Rios, Taq. Dactilóg., Suc. Boedo. | Vicente Seoane, T. de Libros, Suc. Boedo. | A. Bareggi, Dactilógrafa, Suc. Boedo | Hugo Savini, Dactilógrafo, Suc. Boedo. | Jorge Mabras, Taq.-Dactilog. Suc. Boedo. | F. E. Leiva, Dactilógrafo. Suc. V. Crespo.

Juan Castelli, Taquígrafo, Suc. V. Crespo. | A. Boschetti, Dactilógrafa, Suc. V. Crespo. | E. D. Martínez, Dactilógrafo, Suc. V. Crespo | W. Núñez, Dactilógrafo, Suc. V. Crespo | J. Menéndez, Dactilógrafo, Suc. Liniers. | Jorge Sarquis, Dactilógrafo, Suc. Liniers. | E. Bertolini, Dactilógrafa, Suc. Liniers. | José García, Dactilógrafo, Suc. Liniers.

María Pérez, Dactilógrafa, Suc. Liniers. | F. Scartezzini, Dactilógrafo, Suc. Liniers. | Zulema Naser, Dactilógrafa, Suc. Liniers. | G. Martínez, Dactilógrafo, Suc. Liniers. | J. M. Zabaljauregui, T. de Libros. | Ernesto Puig, Dactilógrafo, S. Avellaneda. | C. Villanueva, Dactilógrafo, S. Avellaneda. | F. García, Dactilógrafo, S. Avellaneda.

J. M. Franco, T. de Libros, Suc. Lomas. | S. Lacalamita, Dactilógrafa, Suc. Lomas. | Horacio Risso, Dactilógrafo, Suc. Lomas. | C. O. Guidi, T. de Libros, Suc. La Plata. | G. Conrad, T. de Libros, Suc. Rosario. | Elso Luciani, T. de Libros, Suc. Rosario. | Francisco Bejar, Dactilógrafo, Suc. Tucumán. | J. E. Salazar, Taquígrafo, Suc. Tucumán.

A. Matamala, Dactilógrafo, Suc. Tucumán. | J. F. Lagoris, Dactilógrafo, Suc. Tucumán.

¿Quién certifica que usted *SABE*?

Al ir en busca de un empleo, ésta es la primera pregunta que le harán. ¿Qué puede contestar usted?

Estos jóvenes, que han estudiado durante pocos meses una materia comercial, fácil y práctica, acaban de conquistar el valioso diploma PITMAN, que los hombres de empresa consideran como la garantía más terminante de capacidad y conocimientos. ¿Por qué no se decide también usted a conquistarlo?

En las Academias Pitman, 200 profesores expertos, y no simples empleados, corrigen los ejercicios, lección por lección, guiando y explicando según la necesidad especial de cada estudiante.

ACADEMIAS PITMAN

ENSEÑANZA POR CORREO Y EN CLASE

DIAGONAL NORTE 570 — BUENOS AIRES

Y 20 SUCURSALES EN LA REPUBLICA



L R 4 — RADIO SPLENDID

Sintonice todos los MIERCOLES a las 13.15 horas la interesante transmisión de las

ACADEMIAS PITMAN

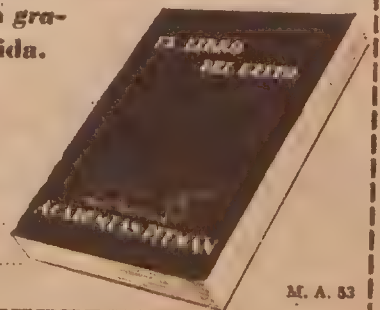
Este libro puede decidir su porvenir. ¡Léalo! Las Academias Pitman lo ofrecen *gratis* a todos aquellos que aspiran a conquistar una posición destacada en la vida.

ACADEMIAS PITMAN
Diagonal Norte 570
Buenos Aires

NOMBRE ....

DIRECCIÓN ....

Curso que interesa ....



M. A. 53

FLORENCIO PARRAVICINI CUENTA UN CUENTO...



Si Florencio Parravicini hubiera tenido que ganarse la vida como cuentista verbal, habría conquistado sin esfuerzo un lugar de preferencia en el público oyente. Saber contar un cuento es un arte difícil, y entre los viejos porteños se recuerda que ninguno como Florencio Madero fué un maestro tan completo y eficaz. Florencio Parravicini, "macchietista" de indudable eficacia, es un digno sucesor de aquel gran narrador. Cada paréntesis de su actividad está de inmediato rellenada con un cuento al caso. Para referirlo le sobran recursos, vale decir, que sabe adicionarlo con gracia, darle el relieve, el colorido y el vigor indispensables. En su camarín, en los breves intervalos de los ensayos, Florencio Parravicini logra, sin esfuerzo, reunir en torno suyo al núcleo amigo. El cuento florece con la espontaneidad fácil de una sonrisa cordial, y a medida que se avanza en el relato, la carcajada está espiando el momento de estallar. Tal el momento que reproduce la presente fotografía, en que el veterano actor, incorporado a un elenco juvenil en el teatro Odeón, se rejuvenece él mismo, porque entre aquel conjunto de caras nuevas, Florencio Parravicini se hace la ilusión de volver a empezar . . . Allí explora la impresión de los más recientes, mientras llega la hora en que se debe al público. Es tal vez cuando Florencio Parravicini deja de contar un cuento. Porque en seguida, cuando el telón ha caído y se reintegra a su camarín para retocar los desperfectos de su maquillage, una frase cualquiera, un gesto, el simple vuelo de una mosca, pone en su memoria el chascarrillo oportuno, que siempre comienza así: "Esto me hace acordar . . ."

INFORMACION GRAFICA de QUILMES



Aspecto que presentaba el patio del colegio San José en el acto de tomar la primera comunión más de mil niñas y niños de la localidad.



Niñas del colegio María Inmaculada de las Hermanas de Nuestra Señora de la Merced que tomaron parte en la procesión que se efectuó con mucho lucimiento en Quilmes.



La misa de campaña que se ofició en el patio del colegio San José estuvo a cargo del padre Lértora.



Con gran regocijo fué celebrado en la ciudad quilmeña el Día del Estudiante. En la Biblioteca Juan Bautista Alberdi se realizó un lunch.



Alumnas y alumnos del Instituto Mercantil organizaron un pic nic en el Club Náutico celebrando el Día del Estudiante.

Fotos de la Puente.







Una guerra de emboscadas es la que se desarrolla en el Chaco Paraguayo

La naturaleza del terreno en que se está cumpliendo la dolorosa tragedia que ensombrece el suelo de América — la guerra entre Paraguay y Bolivia — ha impreso a la misma un sello especialísimo, que se refleja en combates de emboscada, sorpresivos en la mayoría de los casos, en los cuales más que la estrategia aprendida en las escuelas superiores vale la sagacidad que depende del conocimiento de la tierra que se pisa. Dos fieras en acecho, brillantes los ojos de ira, lista la garra para saltar una sobre otra, tal es el cuadro impresionante de aquellos hombres que, diseminados en la maraña, se matan sin asco cuando la fatalidad los pone frente a frente. Pueblos que merecieron un destino mejor, están dejando en la selva el inmenso caudal de energías que necesitan para vivir. Triste cuadro, por cierto, el que va reflejando en su trayectoria esta guerra, que está tronchando, junto con la vida de los héroes, los ideales fraternos que con tanto calor hemos predicado para esta América de la humanidad...



Las ametralladoras enfundadas esperan, enfiladas hacia el enemigo. Detrás de ellas, el regimiento aguarda la orden de entrar en combate. Frente a los soldados que aparecen alineados también, los jefes pasan revista para conocer la moral de la tropa, que momentos después ha de poner en acción el bárbaro instrumento de destrucción y de muerte.

Está es la característica de los campos paraguayos donde tiene lugar la guerra. Son bosques raleados, en los que crecen los pastos duros y donde el agua es un tesoro que no se encuentra. Ranchos miserables, abandonados hoy, son los únicos rastros de civilización que surgen como atalayas en medio de aquel desamparo.



El saldo de la guerra: una chata regresa a Asunción con un cargamento de prisioneros bolivianos. Han viajado desde la zona de fuego en una condición inferior a la que lo hace el ganado. Vencidos en cruentos combates, pasan a integrar los campamentos, donde la vida, sin los peligros de una bala mortífera, no es tampoco del todo envidiable.

Zigzagueando en la espesura de la selva, las trincheras son como un profundo surco abierto en la tierra. Allí están, al acecho del enemigo, los verdaderos héroes de esta guerra de emboscadas, guerra de patrullas, en la cual el objetivo táctico se reduce, en la mayoría de los casos, a la caída de un fortín, donde otra patrulla defiende, tras sus paredes de paja y barro, el valor heroico y viril de su raza.



Se ha dado la orden de avanzar; es necesario salir de las trincheras y correr en busca del enemigo, que ha de estar detrás de la maraña, listas las armas para repeler la agresión. Nada es capaz de detener la orden de avanzar; sólo una bala perdida, que se dispara como al azar, abate para siempre a los héroes que caen en defensa de la patria.



Cabecera de la mesa en el banquete del magisterio, al que asistieron más de 1.500 profesores de segunda enseñanza y que fué presidido por el primer magistrado de la nación, general Agustín P. Justo, que pronunció en esta oportunidad un interesante discurso, que ha sido comentado favorablemente en los círculos del profesorado del país.

ACTUALIDAD GRAFICA *de la* CAPITAL

LOS ARTISTAS VUELVEN A USAR BARBA





Enrique Borla, el de la barba, joven pintor que ha conquistado uno de los premios en el Salón Nacional, con el señor Iván Vasilieff y otro amigo, en la fiesta de los artistas, que alcanzó gran lucimiento y reunió en torno de diferentes mesas a un crecido número de intelectuales.

Mesa ocupada por la señorita Margarita Arsamasseva, Jorge Larco, el de la barba, y señorita María Luisa Bombal. Como puede verse por ésta y las dos fotografías laterales, la clásica "perita" está recobrando su actualidad entre los escritores y los artistas.

Una de las mesas en el banquete de los artistas plásticos, que fué servido en "Novelty". Integran este terceto los señores Pedro Juan Vignale, Oliverio Girondo, el de la barba, y Norah Lange.



Mesa ocupada por la comisión del Círculo de Damas Santiagueñas, que se reunió en un té danzante en los salones del Alvear Palace Hotel, con el fin de allegar recursos a las instituciones filantrópicas que dirige y sostiene.



Mesa ocupada por el doctor Andrés Pinto y señora, doctor Jorge Repetto y señora, doctor Juan Carlos Soldano Deheza y señora, y la señorita Raquel Repetto y Jorge Garrido, en la misma fiesta del Círculo de Damas Santiagueñas.

Entraña un grave peligro el ciclista que desconoce las ordenanzas del tráfico

















Es notorio el hecho de que los problemas del tráfico siempre han resultado muy difíciles de resolver, sobre todo en las grandes ciudades donde, en determinadas horas del día, miles y miles de vehículos cruzan sus calles en todas direcciones. El señor Hore-Belisha, ministro de Transportes en Londres, realizó personalmente, hace tiempo, un detenido estudio sobre los motivos principales causantes de algunos inconvenientes del tráfico. Ya sabemos que el ciclismo cuenta en la capital inglesa con gran número de partidarios que diariamente hacen largos paseos mezclándose en el tráfico de las calles más concurridas. Así pudo el ministro de marras observar que para ellos no existían leyes de tráfico; que la gran mayoría contravenía las ordenanzas y que los agentes se hallaban incapacitados para reprimir tan peligrosos desmanes. En honor a la verdad diremos que otro tanto ocurre todos los días en las calles de Buenos Aires. Y hay tan analogía entre las faltas cometidas por los ciclistas de Bank Holiday en Londres y las de los del centro en Buenos Aires, que este gráfico que ofrecemos a nuestros lectores podría, a poco que le fuesen hechas algunas ligerísimas refacciones, resultar netamente porteño. También aquí tenemos al ciclista que se cruza entre dos autos en movimiento; al que viaja por la noche con el farol apagado (cuando lo lleva); al que no espera que el vigilante le dé paso; al que no alcanza a los pedales desde el asiento y viaja sobre el caño; y a mil más que todos conocemos.



¡HASTA LA VUELTA!



Antonia Mercé (Argentina) que a estas horas se halla triunfando en Chile, fué despedida en la estación por un grupo de amigas y admiradoras. Hela aquí, en la ventanilla del vagón que la condujo hasta Mendoza, en compañía de la señorita Lita Rey Posse, una de las aficionadas argentinas más completas, en la interpretación del arte coreográfico español.



También la despidieron en el vagón las integrantes del cuerpo de baile del teatro Colón, entre cuyo juvenil conjunto Antonia Mercé (Argentina) disfruta de cálidos afectos. He aquí a la extraordinaria danzarina en compañía de algunas de las primeras figuras de nuestro teatro lírico, que se reunieron en la estación Retiro, para darle un cordial apretón de manos y repetirle cariñosamente un: ¡Hasta la vuelta Argentina... hasta pronto!



Antonia Mercé (Argentina) momentos antes de emprender su viaje, rodeada por el conjunto de las primeras bailarinas del teatro Colón y algunas amigas, que llenaron de flores y bombones su compartimiento. Con ellas está un grupo de periodistas, vinculados a los círculos teatrales, que también despidió cordialmente a Antonia Mercé en su viaje a Chile.

Fotografías de Bravo Flores

PARA LA MUJER

Primera Comunión













*Presentamos en esta página modelos delicados para la primera comunión. Estos deben ser sencillos y los géneros más indicados para su realización son: el voile, la muselina y el organdí. Los adornan, por lo general, vainillas, pequeños botones forrados, encaje fino o un lazo de **cinta muaré**.*

Modelos sentadores para el ajuar de una novia



1. Camisón de crêpe lingerie. Las mangas ligeramente fruncidas y abullonadas están montadas con punto turco sobre un canesú de encaje. 2. Bonito juego confeccionado en satín color rosa. En todas las prendas la disposición del encaje es sentadora. Al pie del grabado puede observarse el dibujo del mismo. 3. Viso y calzón de crêpe lingerie. Ambas prendas están cortadas al sesgo y caen muy bien sobre la silueta. Acompañan al modelo número 1. 4. En satín está realizado este modelo. Lo adorna encaje Alençon dispuesto en forma novedosa. 5. Muy práctico es el corte al sesgo de este viso. Los empiecements están unidos con vainillas. 6. Viso y calzón que acompañan al modelo número 4.

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

Consejos útiles *para la* Primavera *y el* Verano



Durante la primavera y el verano es muy necesario lavar los ojos con agua y alguna loción especial, como nos indica la modelo. El baño no sólo les proporciona un nuevo brillo, sino que les fortifica los nervios.

Cómo conservar durante los días templados o calurosos una apariencia fresca y descansada.

SI usted desea estar siempre hermosa no permita que el viento desaliñe su cabello y ponga lacios sus bucles o que estropee la frescura de su tez. Tampoco olvide, lectora, que el buen humor es un gran aliado de la belleza, y por tanto, trate de estar contenta y sonriente los días de frío como los días de calor.

Como pronto tendremos días calurosos, hoy daré algunos consejos muy prácticos para poder sentirse siempre fresca y descansada. Por las noches, antes de acostarse, dése dos baños. Para el baño higiénico el agua no debe estar muy caliente, sino templada, y vierta en ella sales o aceite perfumado. Para fregarse el cuerpo use jabón y lienzo en vez de cepillo, porque el lienzo no estimulará tanto la circulación como el masaje con las cerdas del cepillo.

Después que haya terminado con el baño higiénico y haya removido bien todo el jabón de la piel, llene el baño con agua templada y vierta medio kilo, poco más o menos, de sal común. Acuéstese en el baño por espacio de diez minutos para que la sal limpie los poros y el agua refresque el cuerpo y descanse los nervios. Luego, con suavidad, palmee el cuerpo con una toalla. Para esto debe emplearse una toalla suave para no estimular la circulación por medio de un masaje vigoroso. Después del baño es de suma importancia emplear un antisudoral. Este accesorio, tan indispensable de la toilette femenina, se puede conseguir en forma líquida, en pasta, polvo o en barritas. El antisudoral líquido es casi el más indicado para aplicarse después del baño; el que viene en forma de barritas, envasado como los lápices de los labios, es muy conveniente para llevar en la cartera, y el polvo es especial para aliviar desórdenes de la transpiración de los pies y de las manos.

A continuación del baño se debe prestar atención al cuidado del cabello. Cepíllelo bien a los costados y luego hacia arriba en la parte de atrás. Duerma con el cabello suelto y trate de que todo el aire posible penetre en el cuero cabelludo. Luego palmee con un poco de agua de Colonia la espalda, el cuello, los brazos y los pies. Finalmente lávese los dientes y luego extienda una buena crema sobre las manos; estará así lista para la cama y con seguridad que gozará de un sueño tranquilo y reconfortante.

Si por las mañanas gusta usted tomar duchas frías, no tendré necesidad de explicarle sus beneficios, y si usted no es adicta a esta clase de baños, le recomiendo que comience desde ahora a tomarlos, pues, además de ser excelentes para la salud, mantienen firmes los músculos y la piel. Luego vístase con tranquilidad. Este es uno de los secretos para mantenerse fresca durante el día y cuide de que sus maneras sean reposadas y dulces, porque no hay nada que estropee el encanto y la belleza de la mujer como los modales bruscos o groseros.



Una aplicación de agua de Colonia después del baño de la noche da una deliciosa sensación de frescura y un sueño reconfortante.



A la joven que trabaja y que tiene que estar mucho de pie le aconsejo que de mañana, y, si le es posible, tres o cuatro veces durante el día, empolve los pies con talco boratado o algún polvo especial, y pronto sentirá alivio y una sensación de comodidad.

¿Sufre usted de los pies durante los días calurosos o templados? Si así es, póngalos por espacio de diez minutos en un recipiente con agua caliente y un poco de soda o bicarbonato. Luego séquelos bien y dé un ligero masaje con talco boratado sobre los empeines, los dedos y las palmas. También si durante el curso del día usted los empolva, sentirá un gran alivio y una sensación de frescura y comodidad.

Muy probable es que con los días calurosos se le hinchen las manos y se pongan rojas. Para aliviar este mal, descanse los codos sobre una mesa, manteniendo las manos hacia arriba. Esta posición hace que la circulación se haga más lenta, y por tanto, las manos aparecerán más blancas.

Luego palmee sobre ellas con un poco de agua de tocador. Aunque estas recomendaciones mejorarán notablemente la apariencia de las manos, lamento decir que el hermoso efecto no durará mucho tiempo. Durante el día lávelas con agua fría y deje correr sobre las muñecas bastante agua helada. Aunque parezca extraño, si usted está cansada o sufre con los días calurosos, puede proporcionar un nuevo brillo a los ojos

(Continúa en la página 45)

PARA

LO QUE NOS
para la
presente estación



Vestido de líneas muy sentadoras realizado en crêpe romain mate. Los dos recortes del corsage se prolongan hasta la falda.

En taffeta verde nilo está confeccionado este modelo de noche. El corte del mismo es sencillo. Lo adornan novedosos volados.

De grueso crêpe color rosa es este vestido. Lo acompaña una capa de corte sumamente distinguido, adornada con grandes botones de fantasía.

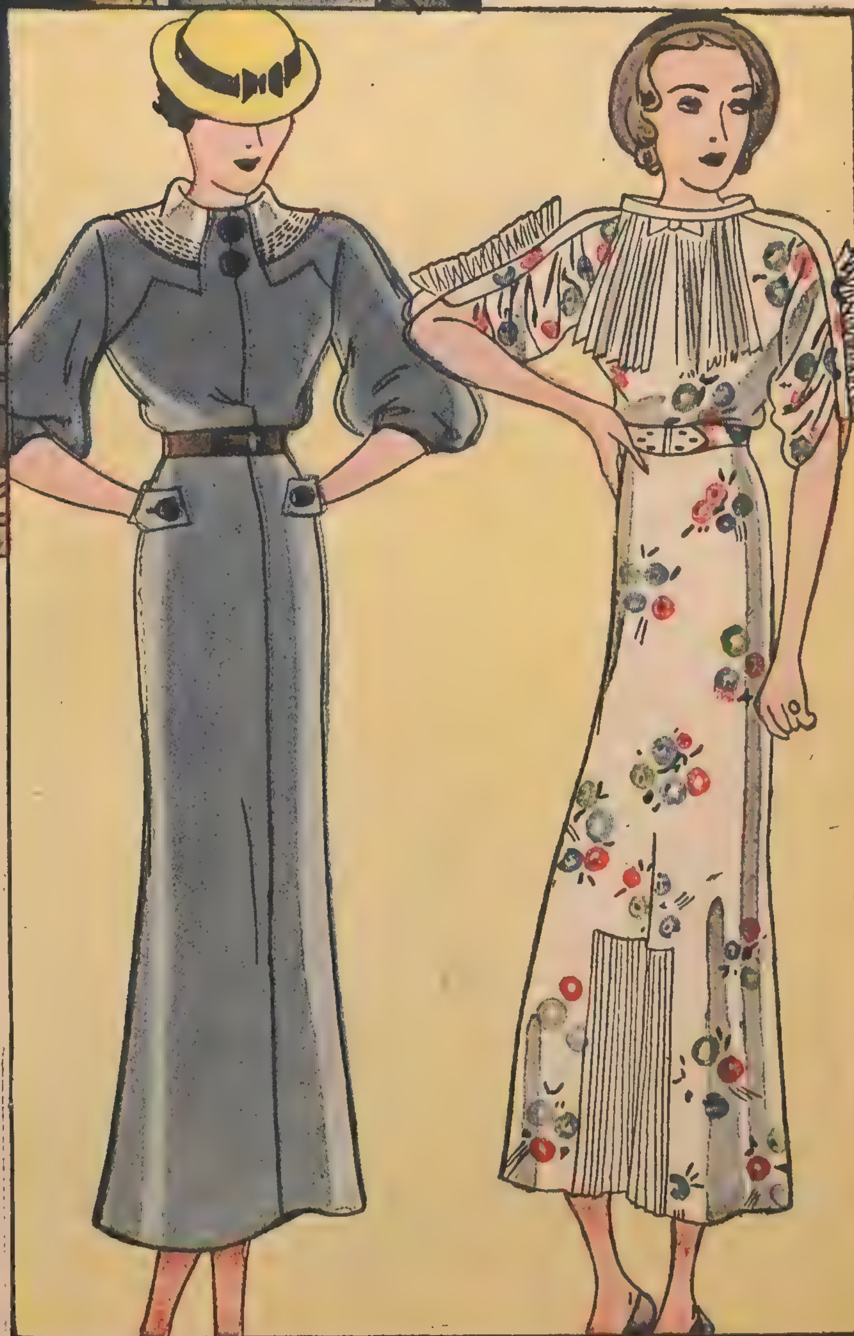
Bonita túnica para llevar por las tardes. La bata cruzada cierra con botones forrados. Se lleva sobre una pollera de marocain.

LA MUJER

LLEGA DE PARIS

Vestido de lino verde. Las bandas recortadas que adornan la bata están forradas en los hombros con lino blanco y forman un capuchón. Un cinturón señala el talle.

Práctico es este modelo de lino color ladrillo. Está adornado con tablas en la pollera y recortes en la bata. El corte de los empiécements que forman los bolsillos es chic.



Vestido realizado en fina lana color gris. Lo adornan grandes botones y un cuello de piqué blanco pespunteado. Los bolsillos superpuestos son originales.

Vestido de crêpe romaïn imprimé, fondo blanco. Está adornado con una incrustación plissé en la falda y un elegante cuello plissé en forma de jabot.

PARA LA MUJER

Labores

Sobre filet tejido antiguo, es decir, muy abierto y desigual, se borda con hilo grueso, punto "Catalina de Médicis", este bonito motivo aplicable a manteles, carpetas o cortinas.



Una clase de belleza...
(Continuación de la página 41)

si los lava con alguna loción especial y si pone un paño helado o hielo sobre las muñecas.

Las compresas heladas le darán una sensación de frescura y el lavado de los ojos descansará los nervios.

El calor afecta a los cutis en diversas formas. Hay algunos que adquieren una hermosa frescura durante los días de verano y otros se tornan barrosos y grasosos. Si el calor afecta su cutis de esta manera, le recomiendo que lleve en la cartera una botellita con líquido para la limpieza facial y servilletitas de papel. Y en realidad, durante los días de primavera o verano es casi indispensable limpiar el cutis a mediodía para que los poros puedan respirar libremente y no se acumulen pequeñas capas de grasa casi invisibles a la vista, pero muy perjudiciales para el cutis.

Durante los días de calor debe prestarse mucha atención al maquillage. El polvo debe palmearse y no fregarse sobre el cutis. Para colorear las mejillas emplee rouge en pasta o crema, porque es fácil de extender y no se forman parches como con el rouge en polvo.

También elija con cuidado el lápiz de los labios, procure que éste no sea demasiado grasoso y que dé al rostro un aspecto poco natural. No olviden, lectoras, que los accesorios del maquillage siempre deben elegirse con cuidado, pero aun deben estudiarse con más proligidad durante la primavera o verano, porque los cutis están expuestos al aire y al sol, y por tanto, se tornan más delicados y se notan más sus imperfecciones.

FIN

Debemos reaccionar...
(Continuación de la página 11)

diente; pero... ¿por qué damos limosna a los niños? Porque somos egoístas, o porque no razonamos con profundidad.

1º Si damos limosna para evitar la propia inquietud espiritual que queda al pasar de largo ante esos pobres niños que gimen sus dolores, somos formidablemente egoístas. ¿Por qué? Porque preferimos quedar en paz, quitando ese resquemor de la conciencia, mediante la dádiva de la moneda implorada — fomentando así la mendicidad y sus vicios en vez de oponer con firmeza una eficaz acción en favor de esos niños miserablemente explotados.

Si tememos al resquemor que en lo íntimo queda, esforcémonos en salvar a ese niño sacándolo de esa situación. Y quedaremos en paz con nuestra conciencia.

2º Si damos limosna en la creencia de que así se protege algo al niño mendigo, es que no razonamos. Porque una de dos: el niño pide para sí, para satisfacer sus necesidades y deseos, o pide porque lo obligan. En este último caso, no es al niño a quien se ayuda con la limosna, sino a los explotadores que viven tronchando las vidas de esas pobres criaturas.

Se coopera, pues, al mantenimiento de esa escoria social, yendo así contra la sociedad y su mejoramiento.

Y si es que el niño dispone para sí de ese dinero mendigado, el dárselo aceptamos tácitamente que sea un vago, un holgazán, un indigno, un vicioso. Aceptamos que la mano joven se alargue sin dignidad en vez de aplicarse al trabajo honrado.

Aceptamos que se vaya formando el parásito social.

En los dos casos, pues, el *pretender ser caritativo*, vamos en contra de esa infancia que necesita eminente ayuda moral. Ayuda no en limosnas, sino en otra forma: en protección, alimento, abrigo y cariño.

Brindemos protección eficaz enseñándoles la belleza del premio conquistado por esfuerzo propio, la satisfacción de saberse útil y en vías de mejoramiento.

Una niña de nueve años a quien solía encontrar a la salida de una escuela pidiendo limosna, hoy — después de tres meses de estar en honrada casa de familia — me dijo que no podría extender de nuevo la mano para pedir limosna. Que si tuviera que pedir, ¡pediría trabajo!

Allí se ha verificado un constructivo proceso psíquico.

Un niño de once años a quien el viejo "Corcho" obligaba a mendigar mintiendo desgracias, me manifestó que él nunca pudo decir que "su mamá se había muerto", porque sentía que le *dolía algo* muy adentro sólo de pensar en ese embuste.

Hace cinco meses que trabaja en una zapatería, y al preguntarle qué es lo que más le agrada en su nueva vida, contestó: "No decir más mentiras."

FIN

Encuesta cinematográfica
(Continuación de la pág. 9)

debido en primer término a que tales seres no alcanzan a comprender el significado de ciertas escenas, circunstancia que los coloca fuera del alcance de la maléfica acción atribuída al séptimo arte. Y cuando el espectador es capaz de razonar reconoce que esos cuadros no tienen valor alguno y que, por consiguiente, nada pueden representar en su vida futura. Habrá tal vez temperamentos débiles que sufren el efecto de ciertas películas, mas tal cosa no es motivo suficiente para que se intente una abolición general de las mismas. En cambio debe ser abolido ese elemento por cuanto su debilidad de carácter ningún beneficio aportaría a la sociedad.

Luis Raúl Aicardi
Salta 3476
(Santa Fe)

¿No bregamos, acaso, sin delirio, para contrarrestar la degeneración y la delincuencia, que en los últimos años, y con intensidad creciente, fueron y son un azote para la civilización? No quiero ser rotundamente pesimista, pero creo que el cinematógrafo es el más formidable aliado de aquellos males. El carácter en formación de la generación joven va, insensiblemente, impregnándose de los sentimientos que le inspiran las películas, inclinándola gradualmente hacia el mal. ¿Habría, acaso, una obra más digna de aplauso que la que los sociólogos, que son los que están llamados a hacerlo, podrían desarrollar por el saneamiento en este sentido? Desgraciadamente, los países que marchan a la cabeza de la civilización cuenta entre sus leyes con la pena capital. Esta medida, ¿es necesario comentarla? Es demasiado elocuente. ¿Acaso en naciones como Alemania no se ha llegado a medidas tan extremas como la de la esterilización de los seres contaminados de los flagelos más pavorosos que exterminan especies? Estos extremos recurridos son alarmantes y desesperan. ¿Por qué, entonces, no se eliminan otras causas que contribuyen a que ellos sean tocados? ¿Por qué no se dictan leyes que repriman los espectáculos cinematográficos inapropiados a determinados seres? Porque tan culpable es y tan digno de castigo, como el que mata y roba, el que pervierte.

Alberto Martín Crosa
Vespucio (FCCCNA)

Creo innecesario hacer resaltar la importancia que compendia la pregunta formulada por MUNDO ARGENTINO. De su respuesta se deriva una consecuencia de capital importancia para las generaciones venideras. Intimamente ligado a la vida del niño, y conociendo sus gustos y preferencias, creo que el cinematógrafo es un auxiliar precioso del maestro, o, con otras palabras, un amigo simpático del niño. Si para muchos cerebros ya formados la visión en el lienzo descorre velos y materializa con su realidad cosas ignoradas, ¿cómo negar entonces la influencia instructiva y saludable que generan esas vistas en espíritus e inteligencias que recién se asoman a la vida? ¿Podrían los niños que viven en las ciudades tener una idea aproximada de lo que es un volcán, una montaña, una catarata o simplemente un arroyo sin la ayuda del cine? ¡No! Atendiendo estas razones, y muchas otras que no expongo por falta de espacio, creo firmemente que el cinematógrafo bien interpretado es un silencioso educador de las generaciones del mañana.

Roberto M. González
Colonia Belgrano
(Santa Fe)

Siendo la mentalidad infantil poseedora de un gran poder asimilativo, las escenas reproducidas en la pantalla causan en ella una fuerte impresión, perdurando, luego, de una manera vaga para culminar en un momento dado. Y si tenemos en cuenta que la mayoría de las películas tienen sus pasajes más o menos amorales, encontraremos en esto gran parte de la causa directa del grado de corrupción a que ha llegado nuestra juventud.

Salomón Farías
Los Ralos (Tucumán)

Hoy por hoy el cine olvidó por completo a los niños. En mis tiempos las películas de cow-boys y algunas cómicas completaban el programa infantil, siendo recibidas con gran entusiasmo. Ahora... todo ha cambiado; la infancia está obligada a ver películas apasionantes. Grandes tragedias..., crímenes..., misterios..., y todo cuanto estropee su sensibilidad. Los empresarios saben que se explotan mejor porque atraen más. La infancia abre sus ojos inexpertos y antes de tiempo se encamina por senderos equivocados... llegan hasta el vicio. Felices aquellos niños que tengan padres que saben indicarles cuáles películas deben o no ver. Hay muchos empresarios que sólo ven la parte monetaria y... lo demás es cuento. ¿Por qué no evitar esas películas malsanas y exhibir exclusivamente aquellas de sano ambiente? ¿Será todo en vano? No. Desde hoy la sección infantil debe proyectar cintas morales e instructivas: de cow-boys, cómicas y aquellas que no lleven en sí demasiadas emociones. La opinión pública advertirá cuanto antes, evitando que el niño inculque en su frágil cerebro películas que, como "Drácula" o "La momia", depriman sus infantiles espíritus o lo emocionen fuertemente como escenas de guerra u otra índole, incurriendo en graves errores.

Cristóbal Giangreco
Potosí 365
Oeste (Córdoba)



Se le había brindado la ocasión de vivir...

La GRAN VIDA

...y la aprovechó.

LAS manos a la espalda y la cabeza caída sobre el pecho, iba Poncio Arribo por la calle Esmeralda hacia el Retiro. Su traje raído, su barba rufa y su rostro famélico denunciaban a gritos las terribles miserias que se veía obligado a pasar.

Eran las 13, hora en que medio Buenos Aires está almorzando. ¿Qué iba pensando el pobre hombre a aquella hora, si no pensaba en un buen almuerzo? Quizá también pensara en su mala suerte, que no le permitía organizar su vida y ser tan feliz como los demás hombres.

Poncio Arribo no tenía familia, ni amigos. Vivía de lo que le daban algunos generososamente. Su falta de espíritu no le permitía siquiera tender la mano para suplicar una caridad. Y es que Poncio Arribo, en medio de sus miserias, era un gran filósofo y un gran orgulloso. "¿Para qué voy a tender la mano a la gente? — pensaba. — ¿Y si no me dan?" Realmente, era una actitud muy cómoda la suya. Como si no hubiera más que tender la mano para que se la llenen de cosas. Entonces no veríamos más que manos tendidas a nuestro paso.

Dormía en los bancos de las plazas, en las noches apacibles, y en los portales de las casas cuando llovía. No le afligía esto. En sus alardes de filósofo, llegaba a decirse: "No hay bien ni mal que dure cien años. Por consiguiente, ¿por qué ha de ser eterna esta situación?" Pero era el caso que su situación no cambiaba, que las esperanzas se sucedían las unas a las otras, que sus ropas iban haciéndose cada vez más impresentables, y que iba enflaqueciendo a grandes pasos.

¿Cómo había llegado Poncio Arribo a semejante situación, si antes había sido un hombre útil, trabajador y estimado? El mismo no podía decirlo. Lo había olvidado. Recordaba, sí, pero muy vagamente, que en una ocasión, yendo por la calle, un vehículo en desatada carrera se le había echado encima. Pero nada más. Entre aquel suceso y su vida presente había una laguna. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde entonces? Su cerebro no lo precisaba, no lo adivinaba. Le parecía que había nacido hacía algunos meses; que había nacido a esa vida callejera, sin hogar y sin familia.

A pesar de eso, no se extrañaba de razonar tan cuerdamente como lo hacía casi siempre. Sabiendo que su vida había empezado hacía tan poco tiempo, no dejaba de admirarse de que tantas cosas que se le ofrecían al paso las conocía desde hacía mucho tiempo. ¿Sería que las había soñado? ¿O sería que su vida tenía dos etapas, como tantas vidas?

Las veces que intentó pedir trabajo en alguna parte fué corrido con asco; le avergonzaban con su propia miseria, como si él tuviera la culpa de ella. Pero su orgullo triunfaba sobre su derrota. "No hay bien ni mal que dure cien años", se repetía, y seguía confiando en una mano divina que le salvase, llevándole por otras sendas.

Yendo aquel mediodía por la calle Esmeralda, rumbo al Retiro, de pronto se sintió atraído por el apetitoso olor que se escapaba por las puertas de un restorán de lujo. Se detuvo junto a una de las amplias vidrieras, y vió cómo muchos felices engullían los sabrosos platos que les servían los mozos. Y no pudo menos que lanzar un terno:

—¡Que Dios tolere esto! Es injusto. ¡De buena gana daría la vida por un buen almuerzo!

Sin darse cuenta, lo había dicho en voz demasiado alta. Entonces sintió que alguien le tocaba suavemente en el hombro, y le decía junto al oído:

—¿Le gustaría a usted sentarse a una de esas mesas tan bien servidas?

Miró Poncio Arribo a quien así le hablaba. Era un viejo esquelético con una larga melena color ceniza y unas antiparras obscuras. Vestía un levitón verdoso y se calzaba con unos zapatones puntiagudos. No llevaba paraguas cosa que le hubiera sentado divinamente.

—¿Dice usted que si me gustaría sentarme a una de esas mesas? ¿Y me lo pregunta usted?

—Bien; entremos.

—¿Con esta traza?

—No le hace. Yo respondo.

¡Cómo engulló el infeliz aquel mediodía! Su anfitrión le miraba con asombro y deleite. Cuando hubo terminado la comida, le invitó al cine, o a dar un paseo en coche. A su elección. Y Poncio aceptó el paseo. Recorrieron las avenidas del centro y de Palermo. Durante el camino Poncio Arribo no cesaba de meditar en la excentricidad de aquel hombre; pero no osó preguntarle una sola palabra.

Cenaron en otro restorán y a eso de la medianoche el hombre lo llevó en un auto a una casa sombría del barrio de Belgrano. Al invitarle a entrar, Poncio se excusó:

—Estoy muy agradecido de sus atenciones — dijo, — pero usted me hará el honor de de-



Rodó por los salones de baile conquistando los corazones femeninos y la admiración de cuantos le veían cumplir sus proezas de bailarín.

cirme a qué obedecen, porque usted no me conoce y no creo que tenga ningún motivo para apiadarse de mi situación.'

—Pues ya ve usted. No tengo ningún motivo para compadecerlo, y, sin embargo, siento un gran deseo de serle útil. Esta es mi casa. Vivo solo. En ella tendrá usted una habitación para descansar, una mesa bien servida y un verdadero amigo en mí. ¿Acepta?

¿Qué más podía desear Poncio Arribo? Aquel hombre desconocido, posiblemente cargado de millones, le ofrecía generosamente una gran vida. Imbécil sería si no la aprovechaba, si no sacaba el mejor partido de aquel inesperado ofrecimiento. Aceptó. Aquella noche durmió como no recordaba haber dormido jamás: sobre un mullido lecho y en una habitación confortable. A la mañana siguiente un criado tan viejo como su amo, lo invitó a pasar al baño y después al comedor.

CUENTO *por*

Luis MORETTI

Hacía ya dos meses que Poncio Arribo vivía "la gran vida", como él mismo decía. Su protector — el señor del Limo, como dijo llamarse — le había vestido de pies a cabeza, le había puesto mesa bien servida y le había llenado el bolsillo de dinero. ¿Qué más podía él pedir ni que más podía desear? ¡Qué acertado había estado al pensar que no hay bien ni mal que dure cien años! Ya no envidiaba a los burgueses, que engordan día tras día. El había ido engordando también; adquiriendo los más sanos colores, y optimismo, y alegría. Y, lo que era aún mejor, había podido reanudar una vida que le parecía haber gozado en sueños: la vida mundana, del hombre sin prejuicios. Rodó por los salones de baile, conquistando corazones femeninos y la admiración de cuantos le veían cumplir sus proezas de bailarín. Dijeran lo que dijeran, aquello era como si hubiera reconquistado una gloria que le hubiera sido arrebatada por malas artes. En esos momentos, como en sus demás momentos, no se hubiera cambiado por el más dichoso de los hombres de la tierra. No obstante, había momentos en que, repitiendo su frase, se ensombrecía: "No hay bien ni mal que dure cien años." Lógicamente, aquella felicidad que le rodeaba un día tendría que acabarse. ¿Cuádo? ¿Cómo? ¿Qué sería de él entonces, si volvía a quedar en la calle, sin casa y sin qué comer?

Aparentemente, aquella gran vida suya no parecía estar amenazada. El señor del Limo le prodigaba su amistad, le estimulaba a gozar de todo para que pudiera sentirse cada vez más agradecido. Vigilaba su salud con la misma ansiedad con que un padre vigila la salud de sus hijos.

—¿Cómo se siente usted, amigo Arribo? — le preguntaba frecuentemente.

—Bien, muy bien — era su invariable respuesta.

El buen viejo no decía una palabra más, aunque su rostro parecía ensombrecerse levemente, e iba a encerrarse en su despacho, un despacho al que nadie podía entrar porque le estaba prohibida la entrada hasta a su propio criado, que era de su mayor confianza.

Un día, al formularle el señor del Limo la consabida pregunta, Poncio Arribo hizo un gesto de malestar, y repuso:

—Hoy no me siento bien.

—¿No se siente usted bien? — dijo el viejo, dilatando los ojos. — ¿Y qué es lo que siente usted?

—Un malestar general que no sabría explicar. Pero supongo que no será nada.

—Posiblemente no será nada; no se aflija.

Ese día, como todos, el señor del Limo se encerró en su misterioso despacho y permaneció en él hasta que el criado viejo fué a golpearle con los nudillos.

Durante el almuerzo volvió a interrogarle sobre su salud, y Poncio repitió sus palabras de por la mañana:

—No me siento bien; no sé lo que me pasa. Y lo cierto es que no recuerdo haber hecho el menor desarreglo en mi orden de vida.

El señor del Limo, preocupado como un verdadero padre, inquirió qué síntomas eran los que experimentaba, y le hizo hacer un relato minucioso de sus malestares.

—Si sigo así — dijo Poncio Arribo — tendré que ir a ver al médico.

—Yo lo llevaré a usted cuando sea el momento indicado. Por ahora no creo que su estado revista la menor gravedad.

—Es que voy perdiendo peso — se lamentaba Poncio. — Y no porque no coma como siempre.

—¿Cuánto pesaba cuando yo le recogí?

—Cincuenta y dos kilos.

—¿Y cuántos llegó a pesar, estando a mi lado?

—Setenta y uno.

—¿Y ahora? ¿Cuánto pesa usted ahora?

—Sesenta.

El señor del Lino no dijo una palabra más, y, terminado el almuerzo volvió a encerrarse en su despacho. Poncio Arribo se retiró a su

(Continúa en la página 65)

Es un ERROR no INICIAR a los NIÑOS en los CONOCIMIENTOS de la VIDA

Así lo afirma el doctor WOLFE, en esta nota de ELENA WELSHIMER



Hay padres que no tienen reparo en abrir los ojos a sus hijos, mientras que otros padres procuran ocultarles todo aquello que les parece que no deben saber. En ambos casos, es peligroso; lo indudable es que los niños deben ser preparados por sus padres para que el día de mañana, al llegar a adultos, no entren en la vida con los ojos cerrados y a tientas, que ello sería tan perjudicial para ellos mismos como para cuantos les rodean. A este respecto, el profesor doctor Wolfe, emite en esta nota muy interesantes y atinadas observaciones.

"No críen al niño en la atmósfera caldeada de una casa. No lo mimen. Anímenlo a equivocarse. Anímenlo a evitar la perfección y a ser independiente."

SI desea usted que sus hijos tengan éxito como esposos, debe darles la instrucción necesaria antes de que lleguen a la edad de cinco años.

Usted puede retardar su educación sexual, pero cuanto más espera tanto más dificultosa va a ser luego su felicidad conyugal. En efecto, el niño que juega, con su cara regordeta, con un montón de arena, y que ha tenido solamente cinco velas rosadas en la torta de su cumpleaños, es siempre más curioso respecto a su sexo de lo que será más adelante.

Esta es la opinión que el doctor W. Beran Wolfe, psiquiatra de renombre, se formó después de profundos estudios. El doctor Wolfe, que es director de la Clínica Higiénica Mental de la Iglesia Comunal de la ciudad de Nueva York, fué anteriormente psiquiatra en el Juzgado de menores de la misma ciudad, y es catedrático de psicología en el Instituto Superior de Educación. Por su experiencia clínica ha descubierto que no se puede empezar la educación sexual en el niño demasiado temprano.

"Hay dos períodos de exagerado interés a este respecto — dice el doctor Wolfe.—Uno, entre los cuatro y seis años de edad; el otro entre los doce y diez y seis o diez y siete años.

"Un chico independiente, sociable y sin mimos, naturalmente hará preguntas. Uno de los primeros pasos comprendidos en la educación sexual es contestar a todas sus interrogaciones, tan completamente como sea posible. Si los padres no saben hacerlo, deberían mandar el niño a un facultativo para que lo hiciera.

"Segismundo Freud hizo notar, años atrás, que los chicos saben mucho más de lo que pensamos. Todos tienen un gran interés en saber. Si encontramos a uno que no lo tenga, es porque sus padres son neuróticos. Chicos normales hacen preguntas que nosotros eludimos tontamente."

Pero un padre sensato comprenderá que un chico de cuatro años de edad, juiciosamente educado, estará con el tiempo en mejores condiciones para asumir responsabilidades de jefe de familia, que otro que anda a tientas hasta llegar a la mayor edad.

Una honestidad suma es la primera de las bases de la preparación de un niño para el matrimonio y la formación del hogar, de acuerdo con el doctor Wolfe. Sobre esta base da una serie de reglas para el trabajo que debería encaminar a los futuros maridos o esposas a una carrera llena de éxito como padres y como útiles y felices ciudadanos.

"Los niños educados según normas, costumbres e intereses sociales, son mejores padres y mejores esposos que los que no reciben esa educación" — agrega.

El doctor Wolfe dice que en la educación se persiguen tres fines.

Primero: saber amoldarse a la exigencias sociales, por las cuales se debe enseñar al niño a tratar con la gente y a estar animado de un espíritu conciliador. Si a un niño no le gusta su tía abuela, por ejemplo, en vez de darle un alojamiento lejos de ella para que no la vea, lo que sería más fácil para los padres, deberán animarlo a portarse amablemente con ella.

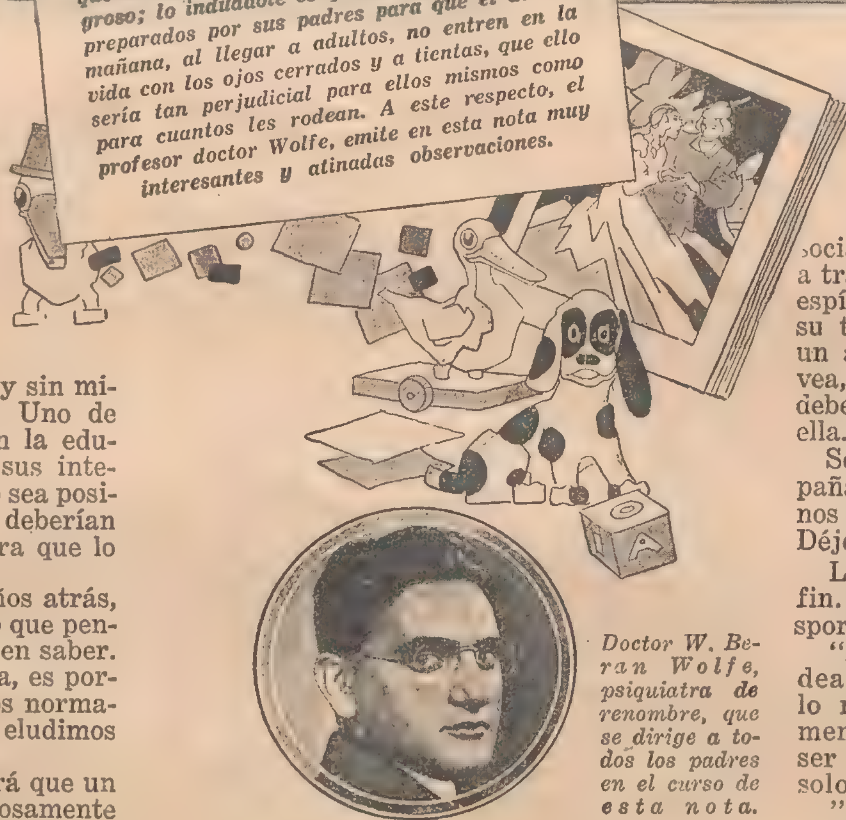
Segundo: la independencia. No debe acompañarse al niño al colegio todos los días, a menos que haya una razón especial para hacerlo. Déjenlo gustar de la alegría de guiarse solo.

La serenidad en las derrotas es el tercer fin. Este es el desarrollo de una actitud de sportsman hacia la vida.

"No críen al niño en la atmósfera caldeada de una casa — sigue diciendo. — No lo mimen. Anímenlo a equivocarse. Anímenlo a evitar la perfección. Anímenlo a ser independiente, a hacer las cosas por sí solo, a hacerse de amigos.

"Puede ser que muchos piensen que un niño callejero no sea un buen compañero de juego. Sin embargo, no por eso deben prohibir al suyo frecuentarlo. Los niños, cuando grandes, necesitan conocer a toda clase de gente. Déjenlos aprender a cultivar los amigos, a elegirlos, a descartarlos.

"Si ustedes quieren que un niño tenga, cuando sea grande, una vida normal, eviten criarlo en la creencia de que un sexo es superior o inferior al otro — agrega el conocido



Doctor W. Beran Wolfe, psiquiatra de renombre, que se dirige a todos los padres en el curso de esta nota.

psiquiatra. — Es un crimen psicológico decir a una niña que ella no puede hacer esta o aquella cosa, porque solamente los varones pueden hacerlas, o avergonzar a un niño diciéndole que es como una niña.

"Porque las niñas empezarán a considerar a los niños algo así como dioses, y a sí mismas como criaturas limitadas, mientras que los niños verán a las mujeres colocadas uno o dos peldaños más abajo, en la escalera por la cual ellos suben."

El doctor Wolfe es un perfecto creyente en la coeducación como base para el matrimonio y para la cualidad de padre o madre.

"La separación de los niños en escuelas especiales para varones y mujeres, en una edad en la cual están formando sus disposiciones psicológicas hacia el sexo contrario, tiene una sola justificación — dice: — la comodidad de educadores perezosos. No hay ninguna razón psicológica para separarlos. No hay duda que la mayor parte de las anormalidades actuales tuvieron su comienzo en falsas actitudes hacia el sexo contrario.

"Niños y niñas van a vivir juntos y a trabajar juntos como hombres y mujeres; por eso es que debería serles permitido jugar juntos y aprender juntos.

"La educación sexual no debería ser circunscripta a los hechos de la vida. Ninguno puede ser feliz sin amoldarse a las leyes sociales."

El matrimonio es tarea para adultos, cree el doctor Wolfe. Para él se necesita un período de preparación, como para cualquier otra carrera.

Los treinta y cinco años...

(Continuación de la página 23)

— En eso soy un maestro, ya puede usted hacerse cargo..., pero esta orquesta de negros ¿qué quiere usted que toque, zortzicos? Me gustaría bailar uno con usted.

— Yo no sé.

— Yo se lo enseñaré.

—¿Está radicado aquí?

— No, pero a lo mejor va usted a Bilbao...

— No pienso hacer viajes por ahora.

— ¿Si alguien la hiciese cambiar de opinión?

— Entonces no bailaría zortzicos con usted.

— No puede decirse de esta agua no beberé. Supóngase que el que la hiciese embarcar fuera yo.

— "Aún tengo la ropa tendida a secar" — contestó ella citando a Becquer, y parodiándolo.

— Pues mire — continuó el fornido vascuence, — yo debía haber partido en el Alcántara el lunes... y no me fuí porque sabía que hoy la encontraría a usted acá. Me lo dijo Martín Irasola.

Emma lo miró sorprendida.

— ¡Ah, bueno! ¿Se trata de un "piege"?

Con razón el tal Irasola la había estado molestando toda la mañana por teléfono hasta que ella prometió ir esa tarde, formalmente.

Ignacio de Olaso — así se llamaba su compañero — no se hizo rogar para explicar "todo el plan". Sí, la había visto muchas, muchas veces, sabía algo de ella, estaba interesado "como nunca" y pidió a su amigo Irasola le presentasen aquella mujer encantadora, que tan sugestiva resultaba de lejos... y de cerca. Claro mucho más..., y cuanto más de cerca, mejor. Lo decía oprimiéndole el talle entre unos brazos robustos y fortificados por el hábito del juego a la pelota..., otra de sus pasiones, además de ella, naturalmente

Emma estaba estupefacta y halagada, y luego no podía negarse que era buen mozo, con esa inteligencia simple y clara de la raza, esa seguridad y ese orgullo característico que se justifica por las prendas morales y la energía.

—Pero ¿cómo puede usted hablarme así? — preguntó un poco conmovida.

— Porque así lo siento.

—Pero ¿no teme usted equivocarse, dar un paso en falso, ponerse en ridículo declarando un... sentimiento que lo más lógico, dadas las circunstancias, es que no sea compartido?

— No, señorita, no temo nada; me gusta usted, estoy a un paso de quererla, es decir, ya la quiero. ¿Por qué ha de avergonzarme? Y aunque me avergonzase, por eso no me gustaría usted menos. Conque.

— Es admirable; nadie se me ha declarado así...

— Porque nadie la ha querido a usted tanto.

— Eso ya es más vulgar.

— El amor es lo más vulgar que hay en el mundo, pero vamos que es también lo mejor...

Acabó el tango; bailaron cuatro rumbas, seis foxtrots, cuatro valses, se marchó todo el mundo y los negros de la orquesta comenzaron a enfundar violines y sonajas. Emma se arrancó a los atractivos simples de la conversación del bailarín de zortzicos y tuvo que confesarse que el recuerdo del otro le resultaba ya bastante llevadero.

¿No tendría ella también valor y derechos para "empezar"?

Pero en el automóvil que la llevaba a su casa reflexionó. ¿Iba a creer aquellas palabras de amor — al fin y al cabo las mismas que siempre había oído — sólo porque estuviesen dichas con un acento nuevo y se revistiesen del simple estilo de la conversación familiar? ¿Iba a dejarse engañar, no por el hombre, seguramente sincero en aquellos momentos, sino por el amor? ¿Para qué, para empezar otra vez a tejer el velo de las ilusiones que el roce de los días gastaría y rasgaría, dejándola otra vez desnuda y aterida en medio del sendero? No, no..., lo que quería era un adorno de esos de los que puede uno desprenderse sin miedo, sin peligro... Nada de amor, simples y pasajeras amistades...

Sacó un espejito de mano, se miró profundamente a los ojos, y pensó:

"Sí, estoy linda y joven. Nadie me calcularía, por el rostro, treinta y cinco años..., pero los tengo."

Y sus rastros no están precisamente en el surco incipiente de las mejillas ni en las canas ocultas de las sienes; están en la experiencia, están en el temor, están en el corazón y en el alma.

las peripecias de pancho



Con la sartén por el mango



El GENIECILLO

Cuento para los niños

Por la

TIA POMPON

Era un duendecillo pequeño y feo, que se introducía en las casas por la chimenea; pero no se presentó nunca en los hogares donde se albergaba gente mala o demasiado rica.

El sabía elegir a quienes merecían de su ayuda.

Acudió a casa de una pobre mujer que tenía a sus hijitos atacados de tan grave mal, que todos se habían quedado ciegos; y el duendecillo con sólo soplarles les devolvió la vista.

En otra oportunidad descendió en casa de unos niños huérfanos, y los colmó de bienes: les construyó con leñas una choza, les plantó árboles frutales, les dió dos caballos y dos vacas; es decir, les dió todo lo que les era necesario para vivir y comer.

No había pobre en el reino que no hubiera sido regalado por el genio pequeño y feo. La reina estaba indignada.

—¿Cómo es que teniendo en palacio tantas chimeneas nunca el genio se ha dignado descender por ellas?

—Porque su majestad tiene de todo —le repuso uno de los ministros.

—Sí, tengo de todo, pero tengo menos que los pobres, ya que ellos pueden obtener lo que desean, por intermedio del genio.

Hizo un día prender todas las chimeneas de palacio; el fuego salía rojo por los enormes caños; desde lejos la gente creyó en un incendio y todos acudieron a prestar ayuda a sus reyes. Sólo el "geniecillo" no apareció.

La reina lloró toda la noche. "Soy despreciada por él", se decía, sin consuelo.

Entonces el rey hizo colocar sobre los muros de la ciudad y en los árboles de los caminos grandes carteles que decían:

"A quien logre presentar a la reina el "geniecillo", se le dará en recompensa una gran suma de dinero."

Al día siguiente los avisos aparecieron adulterados. Sobre ellos se leía lo siguiente: "El "geniecillo" rechaza el dinero. No hay riqueza en el mundo capaz de hacerle hacer aquello que a él le desagrada."

—¿Le "desagrada"? —dijo el rey. —Pero ¿habráse visto insolencia igual? ¿Le desagrada venir a palacio?

La reina siguió llorando, y tantas fueron sus lágrimas que el rey tuvo que llamar al médico, y éste no encontró cura para un mal de tristeza tan profunda.

Y dijo el médico que la llevaran de paseo y de viaje.

Los mejores caballos fueron atados a su coche, y comenzó el largo viaje.

Llegó la reina a una ciudad pequeña y pobre; al pasar por una casa oyó que dentro lloraba alguien; descendió de la carroza, empujó la puerta, y vió a una hermosa niña que se quejaba sin consuelo.

—¿Por qué lloras? —le preguntó la reina.

(Continúa en la página 53)

para las madres

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LOS DIENTES

Más o menos entre el quinto y séptimo mes empiezan los niños a echar sus primeros dientes.

Hay, en efecto, niños tardíos, pero siempre existe una razón que justifica la tardanza en dentar.

Cdo. a "Subscriptora", de Olivos.

• •

CONGESTION AL HIGADO

Esta congestión puede ser producida por diferentes factores: por una alimentación defectuosa, por intoxicaciones ocasionadas por los alimentos ingeridos, como el exceso de bebidas alcohólicas, el abuso del café, el té, pimienta, conservas alimenticias, etc. Por los mismos medicamentos, las curas alcalinas demasiado prolongadas, abuso de purgantes.

La gota, las intoxicaciones de óxido de carbono, cloroformo, fósforo; por infecciones, la viruela, la escarlatina, el tifus, el paludismo, etc.; la disentería, las influencias climatéricas más activas en los países cálidos.

La molestia en el lado derecho es su característica. La sensación de cansancio, el embarazo gástrico, la epistaxis y el tinte amarillento de los ojos y de la misma piel.

Evitando las causas se previene el mal.

El régimen curativo consiste en la aplicación de revulsivos, purgante, régimen lácteo; grandes lavajes y prescindir del vino, carne, huevos, manteca, fiambres, etc.

El sulfato de soda en pequeñas dosis, asociado a un diurético administrado diariamente y en ayunas, no tarda en resolver la congestión cuando se trata de un fenómeno accidental.

Las infusiones de "cepa de caballo", tomadas varias veces por día, son muy recomendables, y tomadas con constancia evitan la intervención de otros elementos reservados para casos de mayor gravedad.

SERIA OCIOSO INSISTIR SOBRE LA NECESIDAD DE LA VACUNA EN LOS NIÑOS. ESTA ES UNA PRACTICA UNIVERSAL, ACEPTADA SIN RETICENCIAS POR TODOS NUESTROS MEDICOS E HIGIENISTAS.

• •

AGRADECIENDO

Hemos recibido su atenta carta y le agradecemos vivamente los honrosos conceptos que tiene para nuestro anónimo cometido.

Cdo. a "S. M.", de Rosario.

• •

VERRUGAS

El tratamiento de las verrugas depende del tamaño, de la localización y del número de la verrugas.

"Un procedimiento antiguo — dice un distinguido médico — es la cauterización por el ácido nítrico o clorhídrico, se substituye en la actualidad con ventaja por otros métodos más conservadores. Sin embargo, es el más conocido por el vulgo. Desgraciadamente, no está exento de peligro, sobre todo cuando la cauterización es demasiado intensa. Hay que tener cuidado de la gangrena.

"En las verrugas pequeñas la extirpación, previa congelación con cloruro de etilo y cauterización consecutiva con fenol u otro procedimiento de cauterización es lo que corrientemente se hace. También da buenos resultados la electrolisis. Los rayos X y el radium se emplean, igualmente con mucho éxito, en el tratamiento de las verrugas.

"Por muy pequeñas que sean las verrugas, no aconsejamos extirparlas por sí mismo. Puede tener sus malas consecuencias, por lo menos es muy posible que le quede una cicatriz defectuosa."

Esto es cuanto podemos contestar con respecto a la pregunta que nos formula.

La otra pregunta no corresponde a esta sección, razón por la que la dejamos sin respuesta.

Cdo. a "Enea", de Salta.

• •

EL ESTORNUDO

El estornudo es producido generalmente por un obstáculo que encuentra la respiración cuando la mucosa nasal está irritada. Es tan sensible ésta que se produce invariablemente el estornudo.

Basta sólo que se deslice una partícula, un polvillo, el más insignificante cuerpo extraño, apenas perceptible para nuestra vista; esto es notado por la membrana y expulsado violentamente.

Como el estornudo provoca, aunque sólo sea momentáneamente, una nueva irritación, nos encontramos en el caso de tener que recurrir a un medicamento.

Cuando a usted se le repita el caso de los constantes estornudos, debe recurrir al siguiente compuesto:

Cold-cream	35 gramos
Salipirina	3 „
Stovaina	0,50 „
Adrenalina (al 1000)	12 gotas
Esencia de llang llang...	12 „

Debe aplicarse esta mezcla varias veces en el curso del día.

También se recomiendan las tisanas. Son ciertamente eficaces en estos casos. También re recomiendan las infusiones de violetá, tilo, etc., una vez ya en la cama, procurando abrigarse lo mejor posible a fin de provocar la transpiración.

Cdo. a "Madre buena", de Arenales.

LLEGO LA PRIMAVERA



La llegada de la primavera es propicia para los juegos al aire libre. Es así que desde ya los parques se llenan de niños que, al grato calor del sol o en las últimas horas de la tarde, juegan incansablemente, poniendo un poco de emoción y alegría en su vida tan delicada.

La vida es así para ellos el mejor tónico. Se desarrollan sanos y su espíritu adquiere ese vigor con que luego afrontarán los rigores de las estaciones frías encerrados en el hogar, a veces sin sol ni aire, ni medios de distracción, como ocurre en las casas modernas, donde se contemplan todas las economías, menos las necesidades de los niños.

Es deber de todas las madres llevar sus niños a jugar a los parques y las plazas. No deben olvidar que con ello contribuirán a fortalecer su naturaleza, que necesita de todos los estímulos para que no sufra los efectos del crecimiento y la falta de comodidades.

Es de esperar que esta prédica, tantas veces repetida, será bien acogida, por los sentimientos en que está inspirada.

AUMENTO DE LECHE

Para aumentar la leche una madre debe beber leche de vaca en abundancia, tomar sopas de harinas tres o cuatro veces por semana y realizar un paseo todas las mañanas que no baje ni exceda de una hora. Se entiende que el paseo debe darlo a pie, por sitios bien arbolados y acompañada del bebé, ya que tal paseo también será altamente beneficioso para éste.

Cdo. a "Miraflor", de La Plata.

• •

ENTORSIS

Nos pregunta usted qué entendemos por la palabra "entorsis", y le diremos que este es el nombre clínico de lo que comúnmente nosotros llamamos "recalcaduras".

Queda complacida.

Cdo. a "Dueña", de Ajó.

• •

QUEMADURAS

Esas quemaduras de que usted nos habla en su carta son muy corrientes en las amas de casa, que andan en el fuego, ya al planchar o ya al preparar la comida.

Ahora bien, cuando ocurre una de estas quemaduras lo que debe hacerse es lo siguiente: colocar sobre la quemadura un poco de bicarbonato de soda. En cuanto se ha hecho esto el dolor se calma inmediatamente.

Cdo. a "Reina Isabel", de La Mosca.

EN LOS NIÑOS, POR LO MENOS ANTES DE LOS SIETE U OCHO AÑOS, EL VINO Y LAS DEMAS BEBIDAS DEBEN SER UN MEDICAMENTO PRESCRIPTO EXCLUSIVAMENTE POR EL MEDICO. NO LO OLVIDE.

• •

LA CASPA

Son muchas las veces que hemos contestado desde esta sección sobre cómo debe combatirse la caspa. Es lamentable que usted, como muchas madres, que se dicen asiduas lectoras de esta sección, no hayan visto tales contestaciones, que son las que debemos dar a usted en el caso que nos consulta.

Como decíamos, la caspa de su niño puede usted combatirla mediante unas fricciones diarias sobre el cuero cabelludo con un trapo grueso o muñeca, impregnado de la loción que le detallamos a continuación:

Agua de Colonia	**400 gramos**
Sublimato corrosivo	**1 „**
Clorhidrato de policarpina	**2 „**
Tintura de cantáridas ..	**50 „**
Tintura de quina	**50 „**

Además de este tratamiento es necesario que usted le lave todas las semanas la cabeza usando quillay u otro preparado eficaz.

Cdo. a "Repirita", de Vértiz.

Los niños NECESITAN *la* PROTECCION *de* TODOS

Las grandes historietas de SOGLOW

LAS AVENTURAS DE UN REY



¡ABAJO LA MONARQUIA!

El geniecillo

(Continuación de la página 51)

—Porque no tengo ropas, y no puedo salir de casa, y luego no puedo casarme, porque somos muy pobres.

—No llores—dijo la reina, y ordenó que se le entregara la mitad de las ropas de su uso, que llevaba en la carroza.

Llegó la reina a una inmensa ciudad, y en la plaza vió a mucha gente reunida.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—Es que van a ahorcar a un inocente; salvo que él pueda pagar su vida entregando a su rey joyas por valor de millones de coronas.

—Entregad mis joyas—dijo—y que quede en libertad el inocente.

Llegó la reina a una ciudad destruída donde no había más habitantes que una madre con un pequeño en brazos. Se acercó a ella, y vió que estaba desmayada de hambre.

—Dadle mi comida y mi vino—dijo.—Y ponedla en mi carroza.

Y echó a andar con la madre y el niño, a quienes les prodigó palabras de consuelo, a la vez que grandes cuidados.

No se veía otra ciudad, y el conductor de la carroza dijo a la reina:

—Me temo, majestad, que no podremos seguir adelante; los caballos no tienen alimento; estos campos están secos; además, en el río no hay agua para beber.

Descendieron para dar descanso a los caballos, y en eso una terrible tormenta se desencadenó sobre los viajeros. Los caballos, asustados, huyeron llevándose la carroza, y todos quedaron allí desamparados.

La reina se quitó una manta, y luego otra para darlas de abrigo a sus lacayos; luego se quitó su propia ropa de terciopelo y sedas para abrigar a la madre y al niño.

La noche se hizo obscura y aterradora. Los criados lloraban de miedo. Sólo la reina estaba tranquila y serena.

De pronto, ¡qué alegría!, junto a ella surgió el "geniecillo" pequeño y feo.

—Muchas veces me llamaste—le dijo a la reina.—Mas yo me negué a tu llamado. Eras reina e ignorabas los sufrimientos de la vida. Hoy los has visto de frente, has remediado desgracias, te has despojado de joyas, ropas, carroza y caballos. Eres tan pobre en este instante como esa madre hambrienta a quien salvaste de morir, dando tu vino y tu comida.

La reina quiso tomar de la mano

(Continúa en la página 64)

Los espíritus exaltados y de imaginación vivaz y alocada, amantes de las emociones intensas, hallarán en...

El RANCHO de los BRUJOS

...un relato rico en sugestiones dramáticas que mantienen el interés creciente de la extraña narración.

CUENTO

POR

Carlos Abregú Virreira



POR segunda vez se extraviaba en el bosque. Recorriendo y observando las picadas había caminado desde las primeras horas del día, dispuesto a encontrar un mojón antiguo que, según los planos, marcaba el límite de aquella propiedad en litigio, heredada de sus padres. Ya no era el muchachote experto. Los tiempos habían cambiado y su larga estada en la ciudad lo convirtió en un gauchito inútil. Por eso se encontraba así, perdido, frente a un monte virgen, en el corazón mismo de la selva, a una hora en que le era imposible avanzar más.

Lucas Mansilla prefirió sentarse, rendido, sobre el pasto. Se sentía afiebrado. Acaso el *paaj*, implacable enfermedad proveniente del quebracho, se habría posesionado de su organismo. Más bien era cansancio. Pero de cualquier manera, no tenía fuerzas para continuar avanzando. Dormiría esa noche en el bosque y al día siguiente proseguiría la empresa, apremiada en la ciudad por los abogados y los edictos de remate. Hasta los *piques*, insectos que se incrustan en la carne, produciendo agudos escozores, le agujereaban ya la planta de los pies. Era necesario arrancar, con la punta del facón, las terribles bolsitas llenas de huevos diminutos y blancos que, luego de un rápido período de incubación, se transforman en gusanillos devoradores.

Y en esa tarea se encontraba empeñado, aprovechando la última claridad de la tarde, cuando una risa juvenil le obligó a abandonar su pie desnudo y levantar el rostro, iluminado en la esperanza de salir de aquel laberinto de picadas perdidas y de caminos desaparecidos. En esa soledad de fronteras sin horizontes, no hallaba sitio lógico aquella risa inesperada. Sabía perfectamente que ningún ser humano podía vivir ahí. Se oponían a la conquista del suelo, la hostilidad de los cactos, la amenaza de las bestias, la falta de agua, el aburrimiento universal de los árboles y los pájaros que tanto había despreciado durante su penosa marcha; a menos que estuviese cerca del mojón buscado, a donde debía encontrar un rancho habitado precisamente por los que le originaron aquel maldito juicio de prescripción treintenaria.

Lucas aguardó sin inquetarse ni cambiar de ubicación. Tarde o temprano terminaría por llegar a él aquella risa, y así ocurrió, en efecto. Luego de una breve expectativa, los matorrales próximos comenzaron a moverse separados por una mano experta y poco después apareció abarcando todos los períodos de la risa una pastora bobalicona, pero extraordinariamente hermosa, que, castigándose las piernas desnudas con una ramita de brea recién cortada, se detuvo muy cerca suyo, mirándole con curiosidad.

—Buenas tardes — murmuró.

—Buenas tardes...

Pero la muchacha, sin dar mayor trascendencia al encuentro providencial, saltó sobre la pierna derecha de Lucas, extendida a lo largo del estrecho sendero, e intentó alejarse. Ese saludo medroso, dicho casi en voz baja, no había tenido, pues, otro alcance que el de pedir un simulado permiso para franquear el obstáculo que le impedía su libre acceso al sendero.

—¡Un momento! ¡Espere!

Lucas se incorporó, como movido por un resorte mágico, y la detuvo, dispuesto a no dejarla ir sin que le informase acerca del lugar donde se encontraba. La pastora rió, por toda respuesta, sin crueldad, mirándole furtivamente, casi con coquetería. Tendría su misma edad. Diez y ocho o diez y nueve años, a lo sumo.

—Necesito saber por qué picada puedo regresar más pronto al ploblado — le dijo Lucas, acosándola a preguntas.

—Por cualquiera, pues — respondió la pastora.

—¿Por aquella que se pierde detrás del bosque?

—Sí, pues.

—¿O por esa otra, que parece un camino antiguo?

—Sí, pues.

—Pero, ¡por cuál de los dos, muchacha!

—¡Y por las dos, pues!

La risa en ella parecía una función orgánica. Mansilla terminó por contagiarse y abdicar. En los reductos en que se hundía su inquietud, aparecía un cultivo feliz de risas infantiles.

—¿Por qué se ríe sin motivo? — preguntóle. — A mí también me agrada reír como usted, pero en otra circunstancia. Ahora qui-

(Continúa en la página 65)

EN verdad, no puede el francesito justificar en modo alguno la expresión de enojo, mezcla de aburrimiento, que ha dado a su rostro. Rodeado por tantas manos femeninas que lo arreglan, lo cuidan y hasta lo peinan, absurdo sería suponer que el astro no se encuentra a gusto. Y en efecto, así es, pues Maurice está muy contento. Pero no lo está porque lo mimen tanto, sino porque dentro de poco tiempo habrá de convertirse en el marido de la exquisita Kay Francis, con quien ya está comprometido. De ahí entonces que, tal vez para no celar a su dama, demuestre que no le agradan las atenciones de que lo hacen objeto las dueñas de manos tan jóvenes y tan hermosas, aunque esto no sea más que una simple escena de su último film "La viuda alegre", en el que vuelve a ser secundado por la "estrella" Jeannette Mac Donald.

MAURICE CHEVALIER *se casará con* KAY FRANCIS



PARAY-LE-MONIAL, la cuna de



Palacio de la Municipalidad, construído en el siglo XVI.



Urna en que se ve la imagen de la santa y que conserva las sagradas reliquias.



Vista del altar mayor de la capilla.

Capilla del Monasterio de la Visitación.



Capilla donde está la urna de Santa Margarita María.





Castillo de Corcheval, donde pasó su infancia la Santa Margarita María.



El pozo del monasterio donde Santa Margarita María se hirió en la cabeza.

los Congresos EUCARISTICOS



Uno de los diversos claustros del Monasterio de la Visitación.



Patio del Santísimo Sacramento donde tuvo lugar la aparición del Corazón de Jesús y los serafines.



Bosque de avellanos donde se realizaron las apariciones a la santa.

Interior de la basílica del Sagrado Corazón.



Un aspecto de la hermosa basílica del Sagrado Corazón.

Otro bonito aspecto de la basílica del Sagrado Corazón.





Jardín del Monasterio de la Visitación. La cruz señala el bosque de avellanos donde se efectuaron las apariciones.

"Una valiosa COLECCION HISTORICA que ESTUVO a PUNTO de DESAPARECER"

Por dos veces, las hermosas porcelanas de don Braulio Costa, fueron protegidas por un extraño destino

Mesa en la que fueron comensales Azcuénaga, Juan Manuel de Rosas y Juan Facundo Quiroga en época de don Braulio Costa. Y más tarde, don Carlos de Borbón, el duque de Lusignani, el conde Antonelli; y Mitre, Avellaneda, Roca, Bernardo de Irigoyen y Rufino de Elizalde, en época de los señores don Eduardo y Luis Costa.

Estufa de purísimo arte veneciano del siglo XV, que perteneció a los Médici y al cardenal Grimaldi.

Cuadro atribuido a Ribera y vitrina con las lozas históricas que se mencionan en esta nota.

Frente a esta mesa se casó doña Damasia Ituarte con don Duncan Macnab.

Retrato de don Braulio Costa por Pridiliano Pueyrredón y vitrina con lozas de gran valor y muebles que pertenecieron a la hermana de don Juan Martín de Puyrredón, la señora de Ituarte, suegra de don Braulio Costa.

YA lo ve, amigo cronista... — nos dice nuestro amable interlocutor, descendiente directo de aquel genuino señor criollo que se llamó don Braulio Costa, — ya lo ve..., en este espantoso desastre que no ha dejado en nuestra casa solariega ni una puerta ni una ventana intacta, las valiosas porcelanas de mi abuelo don Braulio no han sufrido el más leve daño.

— En realidad, es inexplicable.

— Y lo curioso es que estas porcelanas que usted contempla ya hubieron de ser destruídas en otra época.

— ¿Por otra catástrofe?

— No. Mi abuelo don Braulio, fundador de mi familia, fué pariente y amigo de Rosas, pero también fué socio de Juan Facundo Quiroga en muchos e importantes negocios ganaderos. Los vientos de la tiranía comenzaron a ser huracanados, y mi abuelo, que si bien por las razones apuntadas estaba vinculado a Rosas y a los hombres destacados de la época, no fué jamás un político militante, y antes que verse obligado a tomar un partido decisivo, prefirió emigrar a Montevideo so

pretexto de negocios. Esto, para los secuaces del tirano olía a unitarismo puro, aunque así no fuera.

"Ya para ese entonces mi abuelo poseía su valiosa colección de porcelanas, entre las cuales figuraban algunos bellísimos juegos decorados en color azul, ese odiado color por la mazorca, que era distintivo de los "inmundos y salvajes lomos negros".

"Mi abuelo poseía una chacra en San Isidro, y allí llevó sus porcelanas. Las acondicionó en barricas y éstas, con la ayuda de dos peones de confianza, fueron enterradas en los campos de la chacra.

"Al poco tiempo, estando ya don Braulio en Montevideo, la mazorca hizo una visita a la chacra, pese a la calidad de su propietario.

"¡Figúrese usted si llegan a encontrar las porcelanas azules!"

— Buen bocado para la furia federal...

— Y ahora, ya lo ve usted, esta otra mazorca, que en vez de rojo chiripá ha vestido su tropa de explosiones, de llamas y de humo, también, por una extraña protección, ha dejado intactas tantas reliquias.

— Es verdaderamente asombroso.

— Vea..., en esta mesa fueron comensales de don Braulio Costa, Azcuénaga, Juan Manuel de Rosas y Juan Facundo Quiroga. Muchos años más tarde, mis tíos, don Eduardo y don Luis Costa, dieron hospitalidad en esa misma mesa a don Carlos de Borbón, al duque de Lusignani, al conde Antonelli y a los ilustres argentinos Avellaneda, Mitre, Roca, Bernardo de Irigoyen y don Rufino de Elizalde. En esta vieja casona de Campana, que tiene más de ochenta años de construída, la mesa familiar siempre tenía un cubierto puesto para el primer huésped de paso.

NOTA Por AUGUSTO ALBERTO CANSTATT

— Los fundadores esclarecidos de nuestra sociedad fueron siempre caballeros hidalgos. Es bien proverbial la hospitalidad criolla.

— Y que no se diga que aquella sencillez de costumbres estuviera reñida con el buen gusto y la inquietud estética. Fíjese usted en esa chimenea del más puro arte veneciano del siglo XV. Perteneció a su eminencia el ilustre cardenal Grimoldi. Como puede observarlo, en un ángulo ostenta el escudo de armas de los Médici y en el otro un monograma, también de esa histórica familia de protectores del arte. ¡Cuántas veces don Juan Manuel, fijas sus celestes pupilas enigmáticas en el chisporrotear del fuego de esta chimenea, habrá dejado correr su imaginación tras quién sabe qué proyectos o qué ensueños!

— ¡Quién sabe!

— Bueno, amigo cronista; no filosofemos y sigamos viendo lo que a usted le interesa.

— ¿Y esta otra mesa también tiene historia?

— ¡Yo lo creo! En ella se improvisó el altar para el casamiento de doña Damasia Ituarte con don Duncan Macnab. Fué una fiesta espléndida, y tanto, que en homenaje a los desposados se sirvió el clásico chocolate en ese juego de porcelana que usted ve en el costado izquierdo de la vitrina.

— ¿Qué particularidad tiene ese juego?

— ¡Casi nada! Según manifestaciones del bran banquero inglés Mr. Baring, este juego es el único gemelo de otro que posee en su colección del real palacio de Windsor, su majestad el rey de Inglaterra.

— ¿Y cómo llegó a poder del señor Costa?

— ¡Hombre! Eso escapa a mi crónica... Pero venga; pasemos a otra habitación no menos interesante.

Sigo a mi amable cicerone y penetramos en una salita en la que también los terribles efectos de las sucesivas explosiones de los tanques de nafta han derrumbado puertas y ventanas, salvándose milagrosamente las muchas e históricas obras de arte que allí se guardan. En un lienzo de la pared, presidiendo una vitrina llena de raras porcelanas, hay un retrato del fundador de la familia, don Braulio Costa, rasgado en algunas partes por las persianas desquiciadas por las explosiones.

— Este cuadro representa a mi abuelo, y fué pintado por Prilidiano Pueyrredón. Los muebles que adornan esta habitación pertenecieron a doña Magdalena Pueyrredón de Ituarte, suegra de don Braulio Costa y hermana de don Juan Martín de Pueyrredón. En esa vitrina puede usted contemplar un par de guantes que pertenecieron a su eminencia el cardenal Grimoldi, anterior dueño de la chimenea que vimos hace un momento. También, en esa vitrina, puede verse un pañuelo que fué propiedad de su majestad la emperatriz del Brasil, esposa de don Pedro II. Pero, ¿qué mira usted tan insistentemente?

— Esa hermosa y enorme taza de porcelana blanca ribeteada de oro y que tiene una P con una corona imperial.

— En esa taza tomaba su desayuno don Pedro II del Brasil.

— Buen estómago poseía su majestad: fácilmente tiene la taza un medio litro de capacidad.

— Eso le prueba, amigo mío, que antes los hombres eran más recios que los de ahora, y eso no sólo en sus estómagos, sino en todo. Fíjese en esta casa: ha soportado inconmoviblemente la presión de varias explosiones capaces de demoler una fortaleza, y, sin embargo, no tiene tirantería ni armazón de hierro, ni su fábrica es de cemento. El material empleado en su construcción es de lo más primitivo: ladrillos de barro crudo y como argamasa barro y nada más que barro. A pesar de sus ochenta y tantos años se ha burlado tranquilamente de las iras del progreso. El inflamable que aventó lejos bloques enteros de cemento armado, se ha visto impotente ante esta vieja construcción de barro que tiene paredes de casamata. Los ingenieros y técnicos que recorren la zona a raíz

(Continúa en la página 61)



La inmensa hoguera que devoró varios millones de pesos y que mantuvo durante interminables días y noches la amenaza de destrucción total sobre los laboriosos habitantes de ***Campana.***

el consejero de los novios

Por NENUFAR

ES DEMASIADO JOVEN, y esa será la razón por la cual sus padres le prohiben hablar con él. Conoce muy poco de la vida, por eso su desesperación por esta primera pequeña contrariedad. Si su amor se aleja, y no consigue olvidarlo, a su regreso vuelva a pedir permiso a sus padres para atenderlo.

Contestando a "Corazón de H. R.", de Tres Arroyos.

● ●

ENVIELE las fotos y cartas con una persona de su confianza a quien encargará también que le pida a ese joven todo lo suyo. Creo que en esa forma conseguirá lo que desea.

Retribuyo los saludos a mi amiguita Flor de Campeche.

Contestando a "Tita" de Juárez.

● ●

LE DICE lisa y llanamente que le gusta, que siente una gran simpatía por ella y que espera ser correspondido. Lo demás... dependerá de la contestación que reciba.

Contestando a "F. F. H.", de Sierra Chica.

● ●

MUCHO PLACER me causó saber que mis palabras han conseguido hacerlo recapacitar acerca de la verdad de lo ocurrido y orientar su vida en forma tan distinta. Ha demostrado ser un hombre sensato, consciente de su deber y responsabilidad. Apruebo en todo la resolución tomada. Esa separación, al ponerlos a los tres a prueba, le permitirá conocer cuáles son los sentimientos que animan a cada uno. Comprendo que se dispone usted a un gran sacrificio, pero hágalo, confiado en que ese sacrificio tendrá como inmensa compensación el amor de aquella que hoy lo obliga a dar este paso. Estoy dispuesta a ayudarlo a conseguir la felicidad; así que comuníqueme cualquier novedad, gustosa le contestaré inmediatamente. Buena suerte.

Contestando a "Amor prisionero", de Córdoba.

● ●

HIZO BIEN de poner término a una situación que se agravaba día a día; seguir soportando ese calvario hubiera sido indigno.

El lógico que haya quedado ese inmenso vacío en su alma, pero todo pasa; su misma juventud la ayudará a salir triunfante y un nuevo amor pondrá otra vez alegría en su vida y fiesta en su corazón.

Tendré mucho gusto, amiguita, en ser su confidente, y le prometo a su turno publicar la poesía que me envía.

Contestando a "Azabache", de capital.

● ●

DEJE sin hacer caso esta vez de su enojo, desde el momento que ella fué quien lo provocó. Es cierto que entre novios debe haber tolerancia, pero ésta debe ser recíproca; no siga aceptando, pues, sus caprichos e impertinencias sin protestas, porque ellos revelan que no es muy grande el cariño que por usted siente. Al verlo esta vez diferente, reflexionará y tratará de cambiar si no quiere perderlo.

Contestando a "Nasijo", de El Trébol.

● ●

1º **PARA EL TRAJE** de desposada elija el crêpe satin, crêpe romain, o alguna otra tela blanca aparente que le indicarán en una buena tienda.

2º El ramo de flores naturales.

3º Sí, puede ponerse una guía de botoncitos o un ramito de flores a un costado.

Contestando a "Rubia", de capital.

SI PIENSA casarse sólo por el civil, puede llevar el traje que me indica; en caso contrario, le aconsejo elija otro color que no sea blanco.

Que sea muy feliz.

Contestando a "Mechita", de Alberti.

● ●

¿LOS DOS se conocen bien? ¿Tienen en ustedes mutua confianza? Entonces deben permanecer indiferentes a lo que dicen los demás y no hacer caso de murmuraciones. En cuanto a lo otro, lo más conveniente sería apresurar la fecha de casamiento, así se evitarían otros disgustos mayores.

Contestando a "Desesperada", de 25 de Mayo.

DEBE CONVENCER a sus padres de que están en un error si se oponen a su casamiento con ese joven, que reúne inmejorables condiciones para hacerla feliz.

¿Qué importa que sea pobre, si tanto se aman ustedes? ¿Acaso estriba la dicha sólo en la riqueza?... No debe quebrar la palabra empeñada; tienen ante ustedes todas las probabilidades de ser juntos muy felices.

Contestando a "Nena", de Santiago del Estero.

TU PASAS...

(COLABORACION)

●

Tú pasas radiando tu gracia infinita,
y extáticos todos te miran pasar;
¡Si tiene trasuntos de altiva Afrodita
tu porte gitano, tu rítmico andar!

Tú pasas, y en todos tu hechizo se impone,
y en tanto renace la dulce ilusión,
un terco diablillo sus armas dispone
y clava sus dardos en el corazón.

¡Oh, quien un instante pudiera, gitano,
gustar las dulzuras de un mundo mejor,
sellando triunfante tus labios de grana
en el ardimiento de un beso de amor!

ERNESTO D. MARRONE.

LAS INSINUACIONES de acercamiento por parte de esa señorita pudiera ser muy que respondieran al despecho que le produjo la ruptura con el "otro" y el haberse quedado sin candidato. Esas manifestaciones, aunque disimuladas, demuestran que no le halagan mucho sus demostraciones de afecto. Esté alerta, observe todo aquello que pueda servirle para aclarar sus dudas, porque realmente en casos como el suyo cabe pensar... ¿qué acontecerá después?

Contestando a "Decepcionado", de Entre Ríos.

● ●

TIENE LA SEGURIDAD de su cariño, sabe que sería capaz de lo indecible por complacerla, le ha dado pruebas inequívocas de su adhesión; continúe, pues, esas relaciones.

Es usted joven, no tiene derecho a sufrir toda la vida, encadenada al recuerdo de un mal hombre que no supo valorarla. Viva feliz como en la actualidad, ya que por ahora no es factible que sea un hecho lo que sería un complemento de su dicha.

Contestando a "A. Marre", de Neuquén.

SU CURACION es lo que ahora debe preocuparle. Hizo mal en negarse a que lo llevaran adonde sabía podía completarse la mejoría empezada. Además, lejos de su amada, en un ambiente de tranquilidad y sosiego, libre de esos continuos sobresaltos que le ocasiona esa avasalladora pasión, hay esperanzas de una más rápida mejoría como le ocurrió la otra vez.

Hágale comprender eso a su amada, dígale que para los dos será mejor así, y que aunque se separen, la esperanza del mañana venturoso mantendrá latente la hoguera de ese cariño.

Ahora si esta solución no lo convence, llegará inevitablemente a lo que tanto horror le causa. Hago votos por su restablecimiento y espero me comunique su decisión.

Contestando a "Sísifo".

● ●

MIS RESPUESTAS las recibirá solamente por intermedio de la revista, pues no contesto a nadie particularmente ni tampoco envío mi fotografía.

Muy agradecida por sus elogiosos conceptos y afectuosas palabras.

Contestando a "Sólo a Nenúfar", de capital.

SABIENDO EL lo que sufre usted cuando concurre a esas fiestas sin su compañía, debía evitarlas; pero si lo hace sólo llevado por su carácter alegre y jovial, tendrá que aprender, amiguita, a dominar sus celos, porque éstos pueden llegar a matar el amor. Ya que desoye sus pedidos, no vuelva a hacérselos, muéstrese únicamente un poquito resentida; si él la quiere de verdad, comprenderá su pena interior, y es muy posible que evite esas diversiones con "otras".

Contestando a "Pobre, enamorada y celosa", de Chivilcoy.

● ●

CUANDO EL CORAZON reparte como el suyo el cariño, es porque no está muy seguro de ninguno. Me dice en su carta que se ve correspondido por "las dos"; no puede quejarse, tiene usted mucha suerte, pero ya ve que resulta también un conflicto ser tan "favorecido".

Siento no poder ayudarlo a decidirse, eso lo tendrá que resolver por sí solo. Agradezco sus gentiles palabras.

Contestando a "Un rubio", de Jesús María.

● ●

EL UNICO MEDIO de evitar que esa chica sacrifique su vida, casándose con un hombre a quien no quiere, es que hable usted a la madre y le manifieste claramente su mutuo amor y el deseo de formalizar relaciones con dicha señorita. En esa forma, conociendo su decisión, la señora en cuestión tendrá que desistir de sus proyectos interesados. La poesía no se publicará. Lo lamento.

Contestando a "Amor novelesco", de Carlos Casares.

● ●

1º **CUANDO** hay ruptura de compromiso, sea quién fuere el culpable, debe haber mutua devolución de recuerdos.

2º Hay que pedir permiso.

3º Se saluda a las personas conocidas, aunque sea con una inclinación de cabeza.

La poesía no es le índole de las que aparecen en esta sección.

Contestando a "Trovero del ensueño", de Crotto.

● ●

EFECTIVAMENTE, si le escribe, pensará que está demasiado interesada por él, y eso no es conveniente, dada la actitud asumida por ese joven. Haga como si no hubieran vuelto a encontrarse: me parece que le conviene renunciar a ese candidato tan informal.

Contestando a "Muchachita que sufre", de Rosario.

● ●

TRATE de averiguar la dirección de esa señorita, y una vez que la sepa le escribe; si esto le resulta imposible, tendrá que esperar hasta que se le vuelva a ofrecer la oportunidad de encontrarla.

Contestando a "Tito", de Sáenz Peña.

● ●

SERIA IMPOSIBLE precisar lo que ha ocurrido. Es un abismo impenetrable a veces el corazón de la mujer. Analice los hechos anteriores, busque en algún detalle que tal vez le haya pasado desapercibido, y es posible que encuentre justificativo a tan insólita conducta.

Si no tendrá que conformarse y aceptar lo acontecido como algo irremediable.

Contestando a "Iluso", de capital.

● ●

PARA CONQUISTAR a una chica, puede procederse en distintas formas; según la chica y según el hombre; no puedo decirle otra cosa.

Contestando a "Corazón que sufre", de Hernando.

A FUERZA *de* HABLAR *de* AMOR *se* ENAMORA UNO

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



BRAVO (J. Bonafé.) — ¡Hombre! ¿Tú por aquí?
MANSO (A. Navarro). — Sí; he venido en viaje de recreo.
BRAVO. — ¿Trajiste a tu mujer?
MANSO. — Pero ¿no te acabo de decir que he venido en viaje de recreo?...

De "¿QUE DA USTED POR EL CONDE?", éxito del teatro Mayo.



OLEGARIO (L. Arata). — En mis tiempos el amor era algo así como la esgrima...
MARTA (L. Vehil.) — Pues ahora, papá, el amor es peor que el "agárrese como pueda"...

De "UN HOMBRE A LA ANTIGUA", éxito del teatro San Martín.



ILUMINADA (T. Senen.) — Mi padre dice que todos los aristócratas son unos sinvergüenzas... ¡Bueno, es él quien lo dice!...
CONDE (A. J. Barreta). — Ya... ya... ¡Veo que habla usted por boca de ganso!...

De "¿QUE DA USTED POR EL CONDE?", éxito del teatro Mayo.



OLEGARIO (L. Arata). — Sos idéntico a tu padre, pero con una diferencia...
RUDECINDO (J. Mangiante.) — El era más rubio...
OLEGARIO. — No. ¡El era un caballero!...

De "UN HOMBRE A LA ANTIGUA", éxito del teatro San Martín.

Una valiosa colección...

(Continuación de la pág. 59)

de este desastre se han quedado atónitos frente a la magnífica solidez de nuestra casa solariega.

Me sonrío. El orgullo ingenuo y noble de este descendiente de aquel don Braulio Costa que fué flor y nata de caballeros argentinos, me toca en lo íntimo. Sin quererlo, al mencionar la reciedumbre de la casa patriarcal, ha trasuntado toda la psicología de los hombres que en los albores de nuestra nacionalidad fueron tesoneros, valientes, sufridos y firmes como ladrillos de barro crudo y que al par que amasaban el barro para sus viviendas, iban, también, modelando con ese mismo barro de la tierra virgen y ubérrima los cimientos de la gran familia argentina.

Y por eso, al despedirme del digno descendiente de don Braulio Costa, saludo reverente y emocionado a la casona erguida entre tantos escombros, porque ella es un símbolo de nuestra raza, que jamás podrá ser abatida. ¡Barro criollo, humilde y generoso que es valiente en el muro cuando es ladrillo, y que es promisor y fecundo en el surco, cuando es terrón!

FIN

Los inconvenientes de los purgantes de sabor desagradable

Tomar de tiempo en tiempo un buen purgante para depurar la sangre y eliminar las impurezas del organismo, es tanto para los niños como para los adultos una necesidad tan obvia e indiscutida, que es hasta superfluo hablar de ella en sí, pues sería repetir lo que ya todo el mundo sabe.

Pero lo que sí a este respecto cabe recomendar es la conveniencia de elegir un purgante que resulte grato al paladar. Varias son las razones, siendo la principal la que débese tener presente que la mayoría de los adultos y la totalidad de los niños prefieren purgantes o laxantes de gusto agradable porque éstos se toman con placer, y en esta forma se evitan esas sensaciones desagradables de repulsión, náuseas, salivamiento, y hasta vómitos, que ya de por sí anulan la acción medicamentosa, sensaciones desagradables, éstas que repercuten sobre el sistema nervioso malgastándolo inútilmente.

Estos inconvenientes se salvan fácilmente suministrando a los niños los acreditados "Bombones Nagell" laxantes y purgantes. Son bombones tan exquisitos como los más finos de confitería, que los chicos comen siempre con suma fruición y sin percatarse siquiera de que se trata de un purgante, evitándose de este modo por completo los inconvenientes que acabamos de puntualizar. Los "Bombones Nagell" son el purgante ideal para niños y señoras, se venden en todas las farmacias.



No hace muchos días los diarios de nuestra metrópoli publicaron noticias escalofriantes: los indios chulupíes, en un formidable malón, habían cometido graves desmanes en ciertas poblaciones del Norte. Ha habido bastante exageración en esas informaciones y todo no ha pasado más que de algunas ligeras correrías de los indios mencionados. Nuestro colaborador, que ha tenido oportunidad de convivir con los chulupíes por motivos de estudio, nos habla de esos aborígenes en esta nota, que llega en buen momento para disipar la turbia atmósfera que se ha venido formando alrededor de este sonado asunto de los indios del Norte chaqueño.

Como en el mundo civilizado, la madre toba es la que da calor y animación al hogar y vive entregada a las tareas domésticas con ejemplar dedicación.

Los INDIOS CHULUPIES no son MALOS,

LA información periodística de estas últimas semanas ha propalado a los cuatro vientos anticipos de tragedia por obra de los aborígenes de la selva tropical. Un drama de sangre junto al Pilcomayo — hondo para el dolor humano, pero minúsculo frente a esa tremenda soledad montaraz del bosque sin fronteras — ha concentrado la atención de los ribereños, movilizado las policías fronterizas, provocado la alarma en los ejércitos y hasta despertado suspicacias internacionales.

Mientras tanto, Buenos Aires todo — y casi me atrevo a sospechar que todas las ciudades del interior, — que desconoce en absoluto las características comarcanas de nuestros territorios del norte, es posible que impresionado por la truculencia de un fantástico panorama de hordas bravías, militarizadas a la moderna, con lanzallamas, tanques y ametralladoras, esté previendo la vandálica invasión por las nerviosas calles de la metrópoli.



Dentro de la vida primitiva que llevan, las madres no descuidan la higiene de sus hijos, como ésta que vemos a la puerta de su "ybó" (rancho) dedicada a lo que es una de las tareas habituales de la madre toba.

¡Todavía la leyenda! Matacos, chorotíes, chulupíes, pilagás, tobas..., infelices parias del bosque, dueños nativos de la tierra y del sol, de la selva y del río, despojados y envilecidos por la propia "civilización", todavía está gravitando sobre vosotros la fábula de vuestras tropelías, mientras los pueblos cultos de la tierra presencian en el corazón de las ciudades los más horrendos crímenes sistematizados por sus bandas de pistoleros que usan camisa de seda y "boletean" fortunas en el paddock de los hipódromos...

¡Pobres indios! ¡Ya nada es vuestro! Ni el predio abrigado que señaló el destino para vuestros aduares, ni el árbol bondadoso que maduró sus valvas y cuajó en sabrosos racimos para vuestras miserables exigencias domésticas; ni el felino a quien disputasteis, zarpa a zarpa, la piel para vuestros taparrabos; ni el plumaje irisado de las aves para vuestros ingenuos atavíos. ¡Ni las tumbas os quedan! Las tumbas que reclamaba Longfellow en el apotegma de su verso, frente al "cadáver del salvaje".

Y bien: según se desprende de las informaciones fronterizas — absolutamente indocumentadas, por no decir deliberadamente arbitrarias, — están en juego los indios chulupíes, habitantes de la comarca del Pilcomayo, en su zona media y ambas márgenes del río, indistintamente, pues el indio de fronteras, políticamente considerado, es un tipo internacional. Pero magnificado el acontecimiento que acaba de provocar la vigilancia armada de la región chaqueña, la crónica atribuye al pueblo chulupí una alianza con los tobas para invadir las poblaciones.

¡Qué inconcebible desconocimiento étnico de nuestras propias tribus! Los chulupíes se odian a muerte con los tobas. Y un odio indiano es un odio de verdad. El contubernio ideológico o político, y hasta religiosocial, podría concebirse en nosotros, los blancos, los "civilizados"; pero no en los indios, que todavía gozan — por fatalismo geográfico, por lo menos — de la divina libertad de la naturaleza y pueden errar a sus anchas por los ocultos senderos del bosque, hasta donde no se atreve ni nuestra curiosidad ni nuestra valentía.

Sin estar lo sificientemente documentados, pues en cuestiones indianas no hacemos más que rozar los temas ocasionalmente,



El autor de esta nota con el médico de la Sanidad Militar de Bolivia, doctor Navarre, y dos indias chulupíes, en el fortín Muñoz, situado en el Chaco Boreal.

Afirma en esta nota
W. JAIME MOLINS

creemos conocer algo de los chulupíes. Los gráficos y diseños que ilustran esta nota testimonan nuestro aserto, sin duda. El año pasado, en el mes de septiembre, cuando visitamos y convivimos algunas semanas en las poblaciones y fortines de Villa Montes, Muñoz, Saavedra, Agua Rica, Gondra, Escobar, Nanahua, etc., tuvimos oportunidad de tratar a los indios chulupíes en campos de la vecindad de Muñoz. Continuas entrevistas con hombres y mujeres de estas tribus nos han proporcionado infinidad de datos sobre características y costumbrismo de estos aborígenes, elementos que aprovechamos hoy para hilvanar estas apuntaciones.



Aquí tenemos un "nescolek" (muchacho), junto a la frontera paraguaya que delimita el Pilcomayo. Pertenece a la tribu de los tobas, indios de quienes se ha dicho sin fundamento que se habían unido con los chulupíes para invadir las poblaciones.

sino VICTIMAS de los HOMBRES BLANCOS



Obsérvese la ternura que irradia el rostro de esta india al prestarse para que su hijito se divierta con ella. Mujer sufrida, buena y madre ante todo, su felicidad es la de su propio hijo.

Como punto de partida para ilustrar a nuestros lectores, diremos que el origen de los chulupíes es mataco. El pueblo chulupí es una subraza, desprendida ocasionalmente de su conglomerado troncal. De origen mataco son los mataguayos, los guisnais, los vejoses, los malbalás, los chorotis... Un honesto y perseverante investigador, el padre misionero Gionnecchini, asegura que los indios noctenes, que habitan al pie de la cordillera del Pirapó, hasta unas cincuenta o sesenta leguas al este, tomaron en Pikirenda el nombre de guisnais. Y siguiendo de Pikirenda al este, se llamaron chulupíes. Frente a Colonia Crevaux, en las márgenes del Pilcomayo, están los choropíes, derivación racial mataca que, según apreciaciones muy razonables, fué antiguamente capturada por los noctenes.

Los matacos y todas sus ramificaciones tribales, cuya población general puede calcularse, "grosso modo", en unos veinte mil individuos diseminados por los bosques tropicales, son tipos de regular estatura, bien desarrollados. Viven en chozas bajas, construídas con troncos y ramas de árboles. Son, por lo común, monógamos, salvo en casos excepcionales y como derecho de cacicazgo. Castigan el adulterio con toda severidad, hasta con la muerte. Estos indios viven en continuas guerras no solamente con las tribus enemigas, sino entre sus mismas tolderías. El pasionismo bélico suele llevarlos a procedimientos extremos, incorporados a sus propios rituales emergentes de la adversidad y de la guerra, como la costumbre de arrancar a los enemigos el pericráneo, que, acondicionado y forrado convenientemente con aneas o juncos, emplean a guisa de escudilla para sus libaciones. Creen los matacos en un espíritu divino, una especie de dios no creador, pero sí protector. Aceptan la supervivencia del alma, la que vuela como una erradiza visión de aduar en aduar, tutelando a veces o provocando maleficios que tienen verdadera

Rancho criollo y piezas de alfarería mataca. Apunte tomado en la ribera del Pilcomayo por W. Jaime Molins, el autor de esta nota, que realizó un viaje de estudio por aquellas regiones.

(Continúa en la página siguiente)

resonancia en el espíritu supersticioso de los moradores.

De la nación mataca, como decimos, se han bifurcado infinidad de pueblos. Por lo común, cada disgregación se produce por efectos de una evidente estrechez económica, sequías, limitación de víveres. Y sobre todo cuando se trata de aduares copiosos. Con la emigración se produce el trocamiento de las costumbres. La lejanía, ahondada por las exigencias de la naturaleza y del panorama, trastornan los fundamentos linguales. A veces el contacto de otras tribus influye poderosamente en el ambiente social y en la dialéctica de cada grupo, que toma como divisa de nacionalidad el nombre de sus caciques. De ahí el origen de los indios mosquitos, quirquinchos, quitilipes, etc.

Los chulupíes nacieron así a la "vida social" de las florestas tropicales, bifurcándose del nudo central, eminentemente mataco. De ahí su semejanza racial con sus viejos progenitores. Viven en aduares parecidos. Son del mismo tipo étnico, de rostros adustos, ojos vivos, cabellos crinosos.

Son reservados, desconfiados, mejor dicho. Se alimentan de los productos de la caza y de la pesca. Cazan toda clase de pájaros, como asimismo avestruces, que abundan en los limpiones de los bosques. Cazan ciervos, corzuelas, jabalíes, carpinchos. Persiguen a camuatíes y lechiguanas para aprovechar la deliciosa miel de los panales. Comen frutas del mistol, del chañar, del algarrobo. Se deleitan con los cogollos tiernos de determinadas palmeras, verdadero manjar — que hemos gustado en Santa Cruz de la Sierra — y que puede competir con la lechuga más tierna. Aprovechan los higos de las cácteas y los sabrosos frutos del arrayán. De los vainas del algarrobo, maceradas y fermentadas, hacen aloja, bebida espirituosa tan indiana como campesina. Fuman . . . , fuman como murciélagos, en pipas de madera o liando el tabaco con chalas y hojas especiales. Cultivan zapallos y maíz. Para sus usos domésticos trabajan utensilios y cacharros de barro de formas, si no gráciles, adecuadas para sus menesteres. Es el tipo común de la alfarería mataca, usan flechas, arcos y "mackanas". Las flechas son de maderas duras; por lo común, de guayacán. Pero también aprovechan de hierros viejos, varillas y "sunchos", que recogen en sus andanzas y merodeos por las poblaciones para usarlos de puntas de flechas.

Como vestimenta, usan los hombres una especie de taparrabo; en ocasiones, algo así como una camiseta tejida con fibras de "caraguatá". Las mujeres llevan una pieza a estilo de delantal de tela o cuero. El tatuaje y pintura del rostro es general en los chulupíes.

He aquí, en suma, las principales características de los indios chulupíes, exiguo país que acaba de despertar tanta alarma en las poblaciones del norte, atribuyéndoseles posturas épicas que están tan lejos de adoptar. Y menos en promiscuidad con los tobas, de quienes los separa un rencor racial incorruptible y hondo. Es cierto que los chulupíes son "salvajes", en el concepto de "incivilidad", ya que sus costumbres son regidas por un sentido racial embrionario y panteísta, sin más ley que la agresividad de una naturaleza formidable. Pero este salvajismo — confesémoslo, reconozcámoslo — no está orientado hacia la depredación caprichosa y el crimen. El acervo cultural del chulupí y de todos los indios chaqueños es evidentemente paupérrimo. Pero esto no significa que el indio no sea inteligente. Todos los exploradores chaqueños han observado que los chiletes, o sea los jovenzuelos matacos, son vivaces e inteligentes.

No son malos ni agresivos. ¡Qué esperanza! Son sencillamente almas torturadas por la orfandad y el dolor. A veces, por el abuso de los blancos, sobre todo cuando sus mesnadas, obedientes a la explotación de los "conchavadores", bajan a los ingenios o a los establecimientos rurales, a plantar liños de caña dulce, a moler, a cargar como mansas bestias, para regresar luego a sus aduares, a la zahareña soledad de sus bosques. Más miserables, más doloridos y más borrachos que antes.

FIN



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

UN GRAVE PROBLEMA

Es posible que se pueda tener con los niños un poco más de paciencia, especialmente si se calcula y pesa el terrible problema de los padres cuando un niño queda libre a mitad de año y ese niño es alumno de años superiores. Yo no sé si la profesora valora la responsabilidad a que me refiero; si ella a su vez es madre, con seguridad ha de ensayar con sus alumnas primero la dulzura, después el consejo, luego el amor propio; todo antes que la violencia o la queja que pueda dejar libre a un alumno que es casi un hombre.

Esa libertad cierra para él todas las puertas de los otros establecimientos secundarios, y no se abren, por cierto, las del trabajo, porque el hombre niño es aún demasiado niño y poco hombre para el trabajo comercial o gubernativo.

Todos los años este problema se establece en los hogares. El niño está bien preparado, es inteligente, pero tiene en las venas las inquietudes de la edad y en el alma la obscuridad de su falta de experiencia. El es aturdido y barullero; su profesora o su profesor son impacientes, no toleran una falta, todo error motiva su queja y el niño es apercibido, luego suspendido, luego queda libre..., y el interrogante primero se establece en su vida. Es seguro que el fracaso le sigue y le persigue.

Hay que pensar que el estudiante se instala en las aulas en un ambiente desconocido, que eso de creer que los niños se acostumbran a todo y no sufren, es una razón puramente egoísta, nacida de los mayores que nunca se han detenido a estudiar el alma de los niños.

El pequeño o la pequeña ocupa su banco escolar con el alma un poco encogida ante los nuevos profesores, ante las nuevas compañeras, ante la adusta celadora. Es toda una tragedia para el alma del niño hacerse al ambiente con su espíritu pequeño, con su valentía en formación, con su edad difícil, en que su organismo se forma y se define su carácter; en que sus nervios ocupan un sitio importantísimo y su amor propio comienza a despertar.

Y ahí está el pequeño hombre con el pantalón a la rodilla..., la pequeña mujer con su delantal blanco, frente a cinco o seis nuevas profesoras; hay entre ellas quienes tienen alma de madre, que saben confiar y atraer a esos espíritus que tienen justeza en la palabra y tolerancia en el corazón para las hijas de las otras madres..., pero hay quienes no saben de ningún amor y que aún no han aprendido la virtud más importante de la vida: la paciencia.

Hay la profesora de alma agriada, intolerante e injusta, que se ha olvidado que es un sacerdocio eso de enseñar a los niños y un don de Dios eso de entrar en el alma de los niños. ¿por qué no ensayar siempre, y en todos los casos, la bondad y la paciencia? Así no se malograrían las inteligencias, ni se destruirían las voluntades ni se cerrarían las vías al porvenir.

Todas las mujeres tenemos motivos de tristezas, de hastíos, de desganos, de mala salud y hasta de odios; todas la profesoras y las celadoras tienen estos y otros motivos, porque por lo general son mujeres jóvenes, a quienes el amor les hace traición. El derecho de sufrir es de todas, mas la que asiste a las aulas tiene la obligación de dejar sus dolores fuera de la puerta porque en el interior está su deber; allí acude la juventud en demanda de enseñanza, y es también enseñanza el buen humor y la placidez. Pero todos los días hay una pequeña con los ojos enrojecidos porque recibió una injusticia, todos los días hay un niño castigado porque quedó libre y el padre no sabe qué hacer con él, ya que esa "libertad" es como una marca; ninguna otra puerta de la enseñanza gubernativa se abrirá para él.

Entonces no hay más remedio: si el padre no es pudiente, al hijo se le "conchaba" y la tragedia de la vida del niño comienza con todos los dolores de la vida del hombre, y esto muchas veces no lo provocó la impertinencia del niño; es la intolerancia de la profesora, es la incomprensión del catedrático, es la injusticia de un celador.

El niño, en todo caso, recibe un castigo siempre superior a su falta, porque el castigo lo arrastra ya para toda la vida... y la falta, la falta fué tan infantil como todas las faltas de los niños. Hay muchos males en la existencia que no pueden remediarse, pero hay mucho bien a realizar. Si cada hombre, si cada mujer se propusiera realizar por día un acto generoso con el niño que tiene cerca, y bajo su amparo y responsabilidad, evitaría no menos de un ciento de dolores.

El geniecillo

(Continuación de la página 53)

al "geniecillo", pero éste se retiró.

— ¿Aún no me quieres?, ¿aún no soy digna de tu ayuda? — preguntó.

— Es que aún te falta realizar un sacrificio — dijo el genio.

— ¿Cuál?

— Curar la herida que llevo en mi pierna.

La reina sacó de su cartera un pañuelo de fino encaje, y con sus propias manos curó la herida de la pierna del "geniecillo" feo y asqueroso. Pero lo hizo con tanto amor y con tanta bondad, que el "geniecillo" le dijo:

— Eres una mujer bondadosa; la sangre de mi herida se convertirá en rubíes para tu cuello.

— No quiero joyas — dijo la reina, — quiero que me consideres tan pobre como eres tú.

El "geniecillo" repuso:

— Pide y serás obedecida. ¿Qué deseas?

— Un hijo — dijo la reina — pequeño y bueno, que sepa ser caritativo, buen soldado y que gobierne dando dichas a su pueblo.

— Bien está — dijo el "geniecillo"; — regresa a palacio.

— ¿En qué puedo regresar? — preguntó la reina.

— ¡Ahí le tienes!

Y una docena de cisnes blancos y una docena de cigüeñas estaban delante de sus ojos.

Sobre cada uno de ellos se instalaron los viajeros; sólo una cigüeña quedó sola, mas ella alzó vuelo la primera llevando en el pico una caja.

Llegaron a palacio en breves instantes. Cuando la reina abrió la caja, encontró allí una hermosa niña, que fué su alegría y su dicha.

El día que su hija cumplió quince años, dijo el "geniecillo":

—Si eres generosa ha llegado la hora de pedirte un favor.

— Pide — dijo la reina.

— Preciso que claves este alfiler en tu mano derecha, y que dejes caer en mis labios tres gotas de tu sangre.

La generosa reina sin vacilar se clavó el alfiler; cuando la tercera gota cayó en los labios del "geniecillo" feo y asqueroso, éste se convirtió en un magnífico rey; en el más poderoso, bello joven y rico de los reyes.

Luego se casó con la princesa, y dos reinos se unieron para la dicha de dos pueblos felices.

FIN

La gran vida
(Continuación de la página 47)

habitación y se dejó caer sobre el lecho, angustiado. En cuanto lo hizo, se sintió acosado por los pensamientos; lo primero que se le ocurrió fué increpar al cielo, que después de haberle puesto en tan buen camino se proponía amargarle la felicidad dándole un mal desconocido.

Pasó un mes más y la salud de Poncio Arribo iba decayendo misteriosamente, sin que nadie supiera a qué atribuir semejante derrumbe físico y moral. Y ya iba Poncio Arribo a tomar una determinación cuando el criado viejo, todo alarmado, corrió hacia él.

—¡Señor Arribo! ¡Al amo debe haberle ocurrido algo! He llamado repetidas veces a la puerta de su despacho, y no he tenido respuesta. Para mí que le ha ocurrido una desgracia, porque desde hace varios días le he venido notando muy preocupado.

—Acaso su preocupación sea debida a mi estado de salud.

—¡Quién sabe!

—Vuelva usted a llamar, y si sigue sin contestar, llamaremos a la policía.

Siguió llamando el criado con el mismo resultado negativo; entonces decidieron recurrir a la comisaría. Vino un oficial con dos agentes y después de muchos esfuerzos lograron forzar la puerta. Al abrirse ésta, Poncio Arribo se quedó admirado del ambiente extraño de aquel recinto, que no era otra cosa que el laboratorio de un sabio, con mesas llenas de retortas, crisoles, frascos, aparatos, y anaqueles atiborrados de libros y frascos. Al penetrar les fué dado comprobar que las suposiciones del criado no eran erradas: el señor del Limo yacía en el suelo, cuan largo era, con un tubo de cultivos microbianos en una mano. Había muerto a consecuencia de un síncope, según diagnosticó el médico policial al ser requerida su presencia.

A punto de dar fin las tareas judiciales, Poncio Arribo, que secundaba a los policías en su cometido dentro del laboratorio del profesor, dió con un cuaderno que la curiosidad se lo hizo hojear. A medida que iba pasando sus páginas, una angustia mortal iba ahogando los latidos de su corazón. El señor del Limo en una de las páginas de aquella especie de diario, decía:

"Hoy, 25 de noviembre, realicé mi primer experimento con Poncio Arribo, el hombre cuya vida me pertenece, porque cuando lo recogí estaba decidido a darla por un plato de comida. Le hice ingerir el primer cultivo de..."

El rancho de los brujos
(Continuación de la página 54)

Un perfume suave de docas y de tuscas florecidas llegó hasta ellos, como enviado por los dioses de la selva. Lucas la miraba con una mezcla de aflicción y de bondad. Ella le retribuía con una risa de burla y desafío. Sin darse cuenta cierta de sus actos, tomó una de las manos inquietas de la pastora. Ya no estaba rendido por el cansancio. Podía caminar leguas y leguas, como si ...alma estuviese en otro cuerpo, pero ...logró recobrar su libertad ...ento y ahora echa- ...mpre, sin saber ...ucas. La no- ...una sola ...selva. ...po-

...nazante, lo paró en medio del sendero.

—¡Quietos, perros! — gritó alguien.

La risa de la pastora seguía imprimiendo a veces un ligero temblor de pánico en su piel.

—¡Quietos, perros!

Y una sombra, agrandada por la luz del fogón, díjole a pocos metros de distancia:

—No tenga recelo y párese nomás.

—Muchas gracias. ¿Son bravos los perros?

—¡Qué van a ser bravos! Apenitas muerden, los pobres. Venga con confianza. Ya me han dicho que anda perdido.

Y llegaron al rancho. Era una vieja feísima, con hondas arrugas en el rostro, sombreado por una barba raleada, impresionante, que le daba aspecto hombruno. Cerca del fogón la pastora devoraba un pedazo de carne asada. La madre pasó sobre ella, ubicándose a pocos metros. De vez en cuando lo miraba sonriente, casi siempre para hacerle guiños con el ojo, como si lo invitase a intervenir en aquella escena muda. Nadie tenía ganas de hablar. Hasta la muchacha parecía contener, con grandes esfuerzos, su risa insatisfecha. Media hora después le ofreció bruscamente una ración de charqui asado y tortilla, que Lucas aceptó en silencio. La vieja, mientras tanto, revolvía sin intervalos, con una varilla retorcida, un líquido espeso que hervía dentro de una olla de hierro.

—No se acerque tanto, que nadie lo está llamando. ¿Quiere un poco de esto? Es más rico que el arrope de tuna. ¡Hace soñar y querer!

—Bueno, si es así.

Y le brindó una porción de aquel extraño líquido. Mansilla aceptó y lo iba a beber. Ya había llevado el contenido a los labios. Las dos mujeres lo miraban con ansiedad, como si sus almas, dueñas de una fuente misteriosa, aguardasen algún milagro heroico.

—Beba eso que es rico. ¡Arrope! ¡Mejor que arrope! ¡Miel! ¡Mejor que miel! — ordenó la mujer, incorporándose rápidamente y comenzando una danza salvaje.

La pastora rompió a reír, cada vez más fuerte, sin limitaciones ya, con una elevada expresión sensitiva.

Lucas estaba irremediablemente cautivo. Poseía, desde muy niño, el don espantoso del miedo. Muchas veces su alma había caído al borde del misterio y nunca había logrado su indulto. ¿Cómo librarse entonces de aquella horrible bruja?

—¡Hay que beber! ¡Hay que beber!

La miraba con ojos agrandados por el miedo. Pero de pronto, los perros comenzaron a ladrar otra vez. La danza llegaba a su término. Colocando una mano sobre los ojos, como si escrutase a través de la noche, la bruja exclamó serenamente:

—¡Quién iba a ser, pues, sino Salustiano!

—Yuchuca — dijo entonces el hombre, mientras llegaba al rancho, — algo raro está ocurriendo esta noche.

La aludida guardó silencio. Sonreía. Salustiano, al abandonar el hacha que calzaba sobre el hombro derecho, advirtió la presencia de Lucas y, sonriente también, lo saludó con un guiño estúpido de ojos y de labios retorcidos.

—Oiga, amigo — clamó Lucas, — ¿puede decirme dónde estoy?

—¡Y aquí, pues! — respondió el hombre, penetrando al interior del rancho, para salir luego con una copa de cristal azul, repleta de un contenido blanco, espeso, que le ofreció, aconsejándole: — si ha bebido algo de lo que prepara esta vieja, está perdido, amigo. Pruebe esto para curarse el daño.

—¡Pero si no he bebido nada! — gritó Lucas.

—¡Ah, entonces mejor! — exclamó gozoso el hombre, arrojando el líquido y penetrando nuevamente al rancho.

—¡Cuidado! ¡Está loco! — susurró la vieja.

—Tome esto que es más rico — ordenó otra vez Salustiano, regresando al alero y arrebatando con violencia el pocillo que sostenía Lucas en la mano.

El, extraviado, no salía de su asombro. Apenas daba crédito a lo que le ocurría.

—Tome, amigo, con toda confianza.

—¡Eso es veneno! — gritó la vieja. — ¡Pongoza de machajuay con miel de palo!

—¡Qué sabes, vieja loca! — insistió Salustiano, encarándose con la mujer. — Si vuelves a chistar te colgaré de un árbol, como el mes pasado, cuando dejaste escapar al diablo. Esta alma me pertenece. Es mía. Ha venido a buscarme desde lejos.

—¡Embustero! — replicó la Yuchuca, indignada. — Acaba de traérmela la Yuna.

—Sí..., sí... — explicó la pastora.

—¡Mienten las dos! Yo la he mandado anoche, con el pensamiento. Es mía. Tiene que ser mía. La voy a convertir en chelco, en uturungo, en tigre cebado.

Y sin contener por más tiempo su ira, abalanzóse sobre Lucas, derribándolo violentamente. La Yuchuca lo imitó, y ambos, haciendo esfuerzos extraordinarios, terminaron por maniatar al muchacho, arrojándolo cerca del fogón. La discusión se renovó de inmediato, haciéndose cada vez más violenta. Se amenazaron. Salustiano, más decidido que la Yuchuca, esgrimía un grueso bastón de tala. La vieja empuñaba otro.

—¡Acordáte bien, Salustiano!

Pero el hombre no escuchaba razones. Hasta se había olvidado de Lucas. Quería vencer ahora a la siniestra bruja que no le temía, que afrontaba sus rabias, que lo amenazaba. Mansilla hacía maniobras imposibles para librarse de las ligaduras. Salía de aquella impresión macabra y comenzaba a razonar.

Echó una mirada por la escena. La Yuna lo observaba a corta distancia.

—Silencio — díjole en voz baja, con el índice puesto sobre los labios. — Todas las noches pelean a esta misma hora, pero nunca llegan a herirse. Si se quiere salvar, sígame, arrastrándose, pero tenga cuidado. No se haga ver, porque lo matarían.

Era su última esperanza. Con toda precaución, Lucas fué rodando hacia las sombras, seguido por algunos perros. La pastora lo aguardaba detrás del rancho.

—¡Desáteme!

—Todavía no — respondió la muchacha, y explicó: — Están locos.

—¡Pobre Yuna! — pensó Lucas, mirándola con ternura. Ella se quedó seria, pero luego volvió a reír y, finalmente, fué desatando sin apuro los miembros oprimidos del muchacho.

—¡Se pasan todo el día preparando gualichos!

Lucas salía de una pesadilla horrible. ¡Con qué cordura le hablaba esa pastora salvaje, ajena en absoluto a la disputa de sus padres enfurecidos!

—¡Pobres! — prosiguió informando Yuna. — Hasta ahora nadie ha querido beber esas cosas. En cambio, yo...

—Usted no, ¿verdad?

—Yo consigo más que ellos, porque soy buena. Venga más cerquita ¡Así! ¡Qué lindo!

—¡Te quiero, Yuna! — exclamó al fin, suspirando.

—¡Y bueno, si me quiere, beba! — respondió Yuna.

Había sacado del seno una botella pequeña con un líquido espeso, repugnante y le imponía beberlo.

Lucas Mansilla se incorporó de un salto y retrocedió temblando. Ella también estaba loca. La Yuna, minúsculo y tierno relicario de la coquetería primitiva, era también una aliada de la muerte.

—¡Hay que beber, hay que beber!

Y el muchacho, horrorizado ante aquel relámpago frívolo del destino, incapaz de sobreponerse a los sortilegios y las supercherías en aquel triste episodio de su juventud, optó por arrojar lejos de sí a la adorable Yuna y huir, como un condenado, hacia la selva, cayéndose y levantándose por momentos, perseguido por una jauría embravecida, que le destrozaba la ropa y le hundía los dientes en las piernas.

Cartas de un argentino que se enoja

¡Viva la langosta!...

Señor Director:

Es necesario que se levante una voz de protesta contra los que denigran a la langosta. Y esa ha de ser mi voz. Combatirla, sí; denigrarla, nunca. Combatirla es un imperativo de la riqueza nacional. Denigrarla supone desconocer la trascendental misión que cumple en la civilización argentina. Hablo en serio, completamente en serio. Muchas cosas aparentemente malas terminan por resultar en nuestro país verdaderas instituciones benéficas. No recuerdo qué escritor hizo alguna vez el elogio del "loco lindo", desde el punto de vista del progreso rural. Tenía razón. Si en las viejas familias criollas — esas viejas familias criollas que han heredado media República en estancias, — no surgiese de pronto, entre los hijos o entre los yernos, un "loco lindo" capaz de perderse en un garito varios centenares de hectáreas en una sola noche, con mayor gravedad se presentaría ante nosotros el ya grave problema del latifundio. El "loco lindo", al atentar continuamente contra las estancias del padre o del suegro, ha hecho más por la subdivisión de la tierra que los legisladores socialistas. Para aquilatar la trascendencia social de la langosta, traslademónos a los pingües años de la guerra europea. Trigo, treinta pesos el quintal; lino, cuarenta; los novillos, trescientos pesos... En fin, todo era largarse al campo, "ligar" una buena lluvia, y la prosperidad entraba en casa. La prosperidad y luego la fortuna. Mas el campo no era entonces, como no lo es ahora, de todos y para todos. El campo argentino siempre ha sido una cosa privativa de los estancieros hereditarios y de los inmigrantes. Allí nunca ha podido sentar sus reales, nunca ha tenido nada que hacer nuestra clase media. ¿Cuál era entonces la situación, durante esos años pingües para el país, de los empleados, de los universitarios, de los profesionales, de los pequeños comerciantes, de los músicos, etc., etc.? Cuatro referencias bastarán, señor Director, para que todos la recuerden: los alquileres llegaban a adjudicarse en subasta, al mejor postor, en insólitas pujas. Los artículos alimenticios por las nubes. De la ropa no hablemos. Por algo surgió una famosa ley de alquileres, el pan integral y se habló de vestirse con trajes de papel. No es exagerado decir que la clase media argentina, durante esos años tan prósperos para el país, vivía en las ciudades en peor situación que ahora. El campo, en cambio, era Jauja. Felizmente, hubo algo que contribuyó a nivelar un poco la prosperidad campesina con la pobreza urbana. Algo que se criticó entonces mucho y que se sigue criticando ahora, pero que desempeñó una indiscutible función de justicia social. Y ese algo no podría existir sin la langosta. Me he referido, claro está, a la Defensa Agrícola. Se la denigra, ya sé, como perturbadora de la regularidad de nuestros presupuestos administrativos. Pero nadie podrá negar que esa benemérita institución constituyó el único alivio de la densa clase media en los prósperos años de miseria de la guerra. ¡Yo no sé qué hubiéramos ganado con presupuestos perfectamente equilibrados si todos nos moríamos de hambre! Es fácil decir desde cualquier tribuna: "¡No pidan puestos públicos! ¡No pretendan vivir del presupuesto nacional! ¡Váyanse al campo!" Un hombre de cultura media, un hombre de ciudad, ¿qué puede hacer en el campo? Veranear. Si el padre tiene estancia, claro, la cosa es fácil. Cuestión de que le ensillen el caballo para ver todos los días cómo engordan los novillos... Pero no todos nacemos con padres estancieros, desgraciadamente. En aquellos años la hubiésemos pasado muy mal, señor Director, si no nos refugiamos en masa en la Defensa Agrícola. La langosta fué nuestra salvadora. Ella nos trajo a los de la ciudad algo de lo mucho que la providencia concedía al campo. Perfectamente. Traslademónos ahora a estos años últimos de crisis. La tortilla se ha dado vuelta y los de la ciudad estamos mejor que los del campo. En relación, los empleados de la clase media han vivido mejor que los estancieros. ¡Y que los chacareros no digamos! Los sueldos serán iguales, o aun menores, pero todos los artículos han bajado de precio. En el campo ha habido miseria, verdadera miseria. Felizmente, la langosta, una vez más, intervino en su función niveladora. Adivinando, sin duda, los propósitos de las conferencias internacionales sobre restricción de las cosechas, se cirnió sobre nuestras sementeras en nubes densas. Fué menester combatirla. Surgió la feliz iniciativa de comprar desoves y voladora. La gente de la ciudad contribuyó con su óbolo para que hubiese el dinero suficiente para tal operación. Sabido es que el inesperado trabajo significó un alivio en las masas desocupadas de la campaña. Un débil rayo de luz en aquel triste paisaje de miseria. Eso de juntar langosta daba lo que no daba la tarea de juntar maíz o emparvar trigo. La langosta llevaba al campo empobrecido algo del bienestar de la ciudad. Volvía otra vez a cumplir una tutelar misión de justicia. Debemos agradecérselo, en broma o en serio, señor Director, porque uno de los defectos capitales de nuestra organización económica es ese: el desequilibrio constante entre la prosperidad o la miseria urbana y rural. *¡Viva la langosta!*

Argentino...

Mundo Argentino EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL H...
Dirección y Redacción: RIO DE JANEIRO 300 — U. T. 60, Caballito ...

El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO



1 REPUBLICA ARGENTINA

También fabrican buenas bombas de alquitrán los traficantes de armas.

BALANCE de la POLITICA MUNDIAL

(1) La cartas de los agentes irresponsables de traficantes de armas fueron dadas a la publicidad por la Comisión del Senado de los Estados Unidos, como si fuesen pruebas de criminal concomitancia entre éstos y ciertos oficiales de nuestra armada, **cuando, en realidad, como se ha podido comprobar, no eran más que suposiciones capciosas, pero que han tenido el efecto de salpicar calumniosamente el buen nombre de dignísimos funcionarios argentinos.**

(2) Alemania deberá enfrentar un invierno cruel que exigirá muchos sacrificios de sus habitantes debido a la mala situación económica por que atraviesa. **Los partidarios de Hitler confían en que éste podrá gobernar al país en tal forma que ahuyentará la miseria que amenaza a los hogares y los peligros que acechan a la nación.**

(3) **Los actos de violencia a que se han entregado los obreros, y la falta de cooperación de parte de los grandes industriales, son considerados por muchos observadores como las principales causas que dificultan la labor del presidente Roosevelt,** en su afán de reorganizar el sistema económico de la Unión sobre una base de mayor cooperación controlada por el Estado.

(4) Las recientes investigaciones relacionadas con el tráfico internacional de armamentos han dejado a descubierto una vasta organización de intrigas con ramificaciones en todas las naciones, que "Mundo Argentino" ya había revelado el año pasado, **cuyo objeto ha sido, no sólo el de fomentar los odios y desconfianzas entre los pueblos, sino también hacer fracasar toda tentativa de pacificación y desarme, puesto que su negocio es la guerra.**



2 ALEMANIA

Vencerás po este signo.

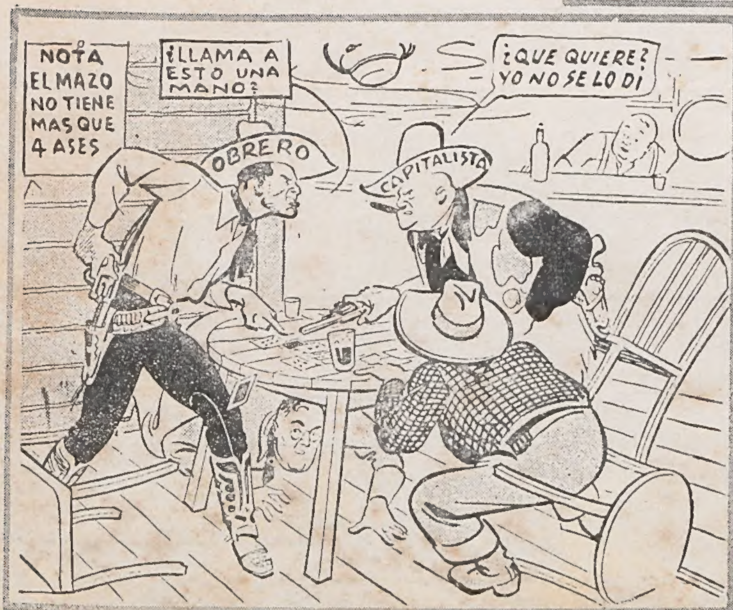
(De "Kladderadatch".)



4 LOS TRAFICANTES DE ARMAS

Cómo se hace una guerra.

(De "Age-Herald".)

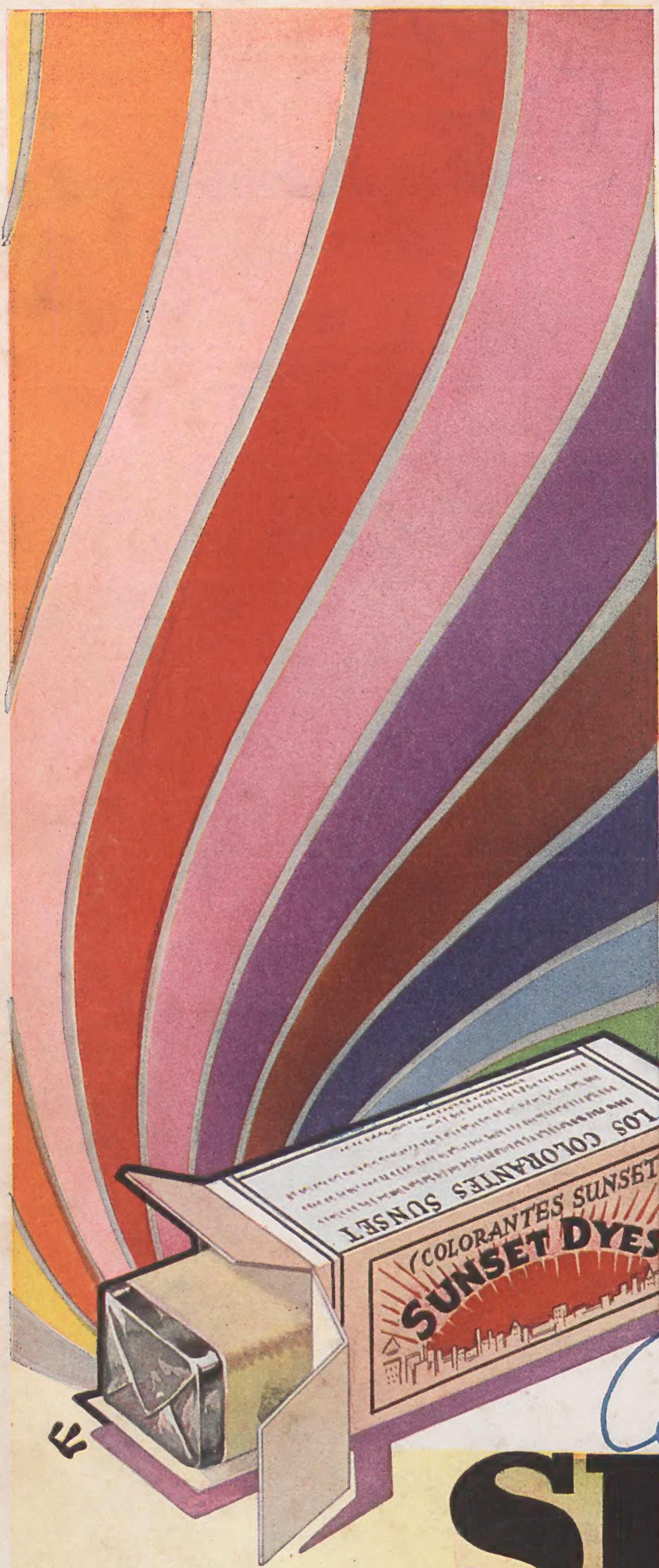


3 ESTADOS UNIDOS

Habrá que dar la mano de nuevo.

(De "Daily Record".)

EL HERALDO



Elija

USTED MISMA
EL PROXIMO COLOR

para su vestido

Una infinita gama de tonalidades obtendrá Vd. con los colorantes "SUNSET". Estudie bien el color. Por él juzgarán su gusto. Teñir un vestido con un color novedoso es cuestión de minutos. Y es tan fácil con "SUNSET". Nuestro librito "El Arte de Teñir en el Hogar" le ayudará. "SUNSET" no es una materia prima como las anilinas. Es un colorante compacto y científico. Por eso no afecta en lo más mínimo a las telas más delicadas, ya sean lanas, sedas, terciopelos, encajes, etc. "SUNSET" es el único colorante que contiene sustancias jabonosas y que lava y tiñe en una sola operación. Con "SUNSET" Vd. obtiene colores mucho más brillantes y firmes que con cualquier otro coloránte. ADEMAS, "SUNSET" TIÑE CON IGUAL EFICACIA EN AGUA DURA O BLANDA.



Colorantes
SUNSET

Para teñir a NEGRO AZABACHE de cualquier color el "SUNSET" es insustituible. Tome en cuenta el color original del vestido y guíese por las instrucciones en cada paquete de "SUNSET" o en nuestro librito "EL ARTE DE TEÑIR EN EL HOGAR" que remitiremos GRATIS a su solicitud.

VALE

WILL L. SMITH, S. A. -- Sáenz Peña 443 - Bs. Aires

Envíenme GRATIS el librito: "EL ARTE DE TEÑIR EN EL HOGAR"

M. Argentino 3-10-34

NOMBRE ....

CALLE ....

CIUDAD .... *F. C.* ....

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA., S. A.